

MUJERES que reconcilian





MUJERES QUE RECONCILIAN

HEROÍNAS

María Ruth Sanabria
Belkis Izquierdo
Daniela Konietzko
María Emma Wills
Conchita Iguarán
Josefina Klínger
Alejandra Borrero
Mariana Pajón
Leonor Esguerra
Las mujeres chaparralunas

ACADÉMICAS

Cecilia López
Ana Isabel Arenas
Nancy Prada
Florence Thomas
Vera Grabe

PERIODISTAS

Patricia Lara
Jineth Bedoya
Claudia Palacios
Marta Ruiz
Alicia Mejía
María Elvira Arango
Melba Escobar
Julia Alegre
María Jimena Duzán
Bibiana Mercado

PRÓLOGO

Lila Ochoa Palau
Belén Sanz

MENSAJE PARA LA ESPERANZA

Marie Andersson de Frutos
Embajadora de Suecia

Abril de 2017
Bogotá D.C., Colombia
ISBN: 978-958-59517-1-6

PRODUCCIÓN EDITORIAL:

Lila Ochoa Palau
Directora del proyecto

Silvia Arias
Diana Teresita Espinosa
Margarita Muñoz
María Reyero
Comité Editorial
ONU Mujeres

Bibiana Mercado
Directora editorial
Corporación Reconciliación Colombia

Charly Loufrani
Asesor editorial
Organización Consejo de Redacción

Silvia Constanza Oviedo
Correctora de estilo y colaboradora editorial

Sandra Olaya Cortés
Directora de arte

Patricia Castellanos-Burén
Directora de fotografía

Johan Beltrán, Camilo Martínez, Boris Nieto
Del Grupo F 1.1
Mabel Rivas
Asistentes fotográficos

Sandra Barrera, Catalina Campos
Carolina Galvis, Laura Lozano, Diana Méndez
Karina Terán, Marcela Zamora
Gestoras administrativas

Publicaciones SEMANA
Preprensa digital

Panamericana formas e impresos
Impresión

Agradecimientos especiales: Ximena Botero, Ángela Cerón, Paula Cucalón, Ximena Figueroa, Angélica Gallón, Carolina Naranjo, Ángela Ortiz, Diana Ramírez, Juliana Rojas, Ana María Trujillo y Catalina Vásquez

Alejandro Figueroa, Presidente del Banco de Bogotá

Nota editorial: Nuestra gratitud a las periodistas y académicas que donaron su talento para exaltar el trabajo de mujeres que aportan a la reconciliación. Por esta vía rescatan la memoria de procesos que estas heroínas, anónimas o no, lideran, los cuales difícilmente serían difundidos y reconocidos. Esta es una forma de otorgarles un lugar en la historia.

PRÓLOGO

Lila Ochoa Palau 6
Belén Sanz 10

CAPÍTULO 1 - PARTICIPACIÓN 14

Cecilia López
María Ruth Sanabria
Belkis Izquierdo

CAPÍTULO 2 - AUTONOMÍA 66

Ana Isabel Arenas
'La Paulita'
Daniela Konietzko

CAPÍTULO 3 - MEMORIA 112

Nancy Prada
María Emma Wills
Conchita Iguarán

CAPÍTULO 4 - CULTURA 168

Florence Thomas
Josefina Klinger
Alejandra Borrero
Mariana Pajón

CAPÍTULO 5 - DE LA GUERRA A LA PAZ 224

Vera Grabe
Leonor Esguerra

CONCLUSIÓN 260

Marie Andersson de Frutos

MUJERES QUE RELATAN 264



PRÓLOGO

Lila Ochoa Palau



Fundadora de la Revista Fucsia, directora fucsia.co

Muchos se preguntarán por qué FUCSIA, una revista femenina, se interesó en hacer un proyecto con ONU Mujeres y la Corporación Reconciliación Colombia. Tal vez, la respuesta sea que queríamos poner un granito de arena en este proceso de paz, que con tantas dificultades está saliendo adelante.

Quisimos contar el otro lado de la moneda: historias de las mujeres que han logrado cambiar su comunidad, que han sobrevivido a la persecución, que se han sobrepuesto a la pérdida de uno, dos, tres y ¡hasta más!, de sus seres queridos; que han dedicado su vida a construir, en medio de esta guerra inútil en la que estamos embarcados desde hace más de 50 años.

Mujeres que han tenido la fortaleza de enfrentar una sociedad machista llena de ira y de dolor, que se niega a aceptar que nosotras jugamos un papel muy importante. A pesar de los esfuerzos de muchas para detener los discursos de odio y venganza, la cultura de la maldad pareciera estar ganando. Los políticos se muestran más interesados en alimentar su ego

Todas estas mujeres me hicieron ver que tenemos una gran responsabilidad con la sociedad, sin importar la profesión u oficio que desempeñemos.

que en trabajar por la tolerancia, el entendimiento, la confianza, el respeto y la reconciliación que necesitamos para poder vivir realmente en paz.

Los reportajes que diez de nuestras mejores periodistas escribieron para este libro cuentan historias muy duras, que me conmovieron profundamente, como la de Leonor Esguerra, la monja exguerrillera, directora del antiguo colegio Marymount; o la de María Ruth Sanabria, ganadora del Premio Nacional a la Defensa de los Derechos Humanos Colombia 2016, en la categoría 'Toda una Vida'.

Otras se convirtieron en un faro, en una mujer a seguir, como Daniela Konietzko, la presidenta de la Fundación WWB Colombia, que con su devoción hacia la educación o pedagogía social lleva más de 30 años apoyando a las emprendedoras colombianas. El relato de María Emma Wills es una lección para todas las que vivimos en una burbuja que no se compeadece para nada con la realidad del noventa por ciento de este país.

La artesana Conchita Iguarán nos enseña que así como las wayuu tejen las mochilas, así mismo puede tejerse el futuro de una comunidad. Josefina Klinger, una aguerrida chocoana de ascendencia alemana, le dio a los habitantes de Nuquí una manera distinta de vivir y de verse a sí mismos, a través de su empresa de ecoturismo y gastronomía, en el Parque Nacional Natural de Utría.

Personajes como la actriz Alejandra Borrero, que le dio la oportunidad a excombatientes y víctimas del conflicto de encontrar la reconciliación en una

obra de teatro. Belkis Izquierdo, la primera abogada indígena que ha llegado a las Altas Cortes, es una defensora de la diversidad que promueve la tolerancia y el respeto de las diferentes culturas que conforman la sociedad colombiana.

El liderazgo femenino es aún más importante en las zonas donde la violencia se ha asentado, como en la vereda Alto Redondo, corregimiento de Calarma, departamento del Tolima. Aquí, la asociación de mujeres de 'La Paulita' se ha dedicado al cultivo del cacao y del café. Ya tienen un negocio sostenible con el que salvaron a su comunidad de caer en las manos de acciones ilegales, como el narcotráfico.

Por último, la paisa Mariana Pajón, nuestra bicrosista olímpica, quien no se ha contentado con sus éxitos deportivos, dedica importante parte de su tiempo a la fundación que creó. A través de ella, se ocupa de jóvenes, niños y niñas de escasos recursos, que por medio del deporte tienen la oportunidad de hacer realidad sus sueños.

Todas estas mujeres me hicieron ver que tenemos una gran responsabilidad con la sociedad, sin importar la profesión u oficio que desempeñemos, el lugar donde nacimos o el estrato económico al que pertenezcamos. Ahora que se habla de igualdad de género me gustaría hacer un alto para resaltar el valor particular del ADN femenino. Este no es el de la guerra, es el de dar vida, y por vida no me refiero exclusivamente a tener hijos, sino a nuestra poderosa energía creadora. Esa que es capaz de construir y de reconstruir en medio de la adversidad, cuando pareciera que nada puede volver a ponerse en pie.

El liderazgo femenino es aún más importante en las zonas donde la violencia se ha asentado.

PRÓLOGO

Belén Sanz



Representante ONU Mujeres Colombia

Para ONU Mujeres es un honor hacer entrega de esta publicación, que recoge historias de vida de colombianas que han hecho de su experiencia un aporte a la construcción de la paz en el país.

Nuestra apuesta con este libro es acercar a la sociedad las vidas inspiradoras de mujeres que han transformado sus realidades, superando situaciones de desigualdad o de violencia, y entender la forma en que ellas han usado su propio poder para emprender proyectos, impulsar propuestas, romper paradigmas, irrumpir con éxito en el escenario de lo académico, lo productivo, en la cultura, el deporte y el arte, en la política y en la educación, entre otras, en el contexto de más de medio siglo de guerra en que ha tenido lugar en Colombia.

Todas estas mujeres han sido creadoras y protagonistas. Algunas son sobrevivientes del conflicto armado, otras han transitado de la guerra a la paz,

otras han puesto sus esfuerzos en hacer visible, trabajar o empoderar a víctimas y otras han hecho de su quehacer un acto de resistencia, de superación, de tenacidad para cumplir con sus propios sueños y aspiraciones. Así, la riqueza de esta publicación consiste en la diversidad de voces que incluye.

Son también protagonistas en esta publicación quienes realizaron las entrevistas, reconocidas periodistas y documentadoras quienes, con su impronta personal, nos llevan a cada historia. Por supuesto, es un gusto encontrar enmarcadas sus narrativas con las brillantes introducciones de valiosas académicas que nos permiten entender más en profundidad los contextos en que transcurren estas vidas, tejiendo un lazo entre las experiencias individuales, que siempre son colectivas. A la vez, quisimos que esta fuera una apuesta sensorial y sensible, que nos fuera contada a través de imágenes vívidas, cálidas y coloridas; es grato haber logrado el objetivo. Para todas ellas un especial agradecimiento.

Constituye este un homenaje a estas mujeres y a través de ellas a muchas otras, quienes han mantenido día a día la esperanza de un país en paz y han resistido con dignidad y entereza a los horrores de la guerra, a través de acciones de liderazgo y de organización para la participación, el cuidado y sostenimiento del tejido social.

La guerra atravesó, devastó y vulneró la vida, los cuerpos y los derechos de muchas mujeres en Colombia. El país empieza a recorrer nuevos caminos, lo que supone retos para que se fortalezca la democracia y se consolide la paz. Sin la garantía de los derechos para las mujeres, sin esfuerzos para reconocer y valorar la diferencia al contrario, a las y los otros, esto no es posible. Esperamos que estas historias nos ayuden a seguir tejiendo puentes, a encontrar puntos de encuentro para la reconciliación en el país.



CAPÍTULO 1

Participación

INTRODUCCIÓN
Cecilia López

Economista y política colombiana

REPORTAJES
María Ruth Sanabria

Defensora de derechos humanos
de la Coordinación de Víctimas
y Familiares de Arauca

Por: Patricia Lara Salive

Belkis Izquierdo

Magistrada auxiliar del Consejo Superior
de la Judicatura

Por: Jineth Bedoya



Cecilia López Montaño



Economista, política e investigadora

Cecilia López es una de esas grandes personalidades que se ha destacado en campos en los que las mujeres, antaño, fueron rechazadas y excluidas: la política y la economía. A pesar de que los partícipes de estas esferas de la sociedad, indistantemente del género de quien se desempeña en ellas, son estigmatizados de corruptos y otros apelativos negativos, esta mujer le ha dado un aire de rectitud a su carrera política.

Como economista y doble magíster en demografía y economía de la educación, ha hecho parte de la creación de varias políticas públicas sociales de diferentes gobiernos, que han hecho historia en el país y en la vida de las mujeres colombianas.

Ha sido directora de varias entidades públicas y programas estatales, en los que ha dejado su toque femenino; fue ministra, embajadora, congresista y la senadora que impulsó la Ley de Economía del Cuidado. Además, cuando no está ejerciendo en un cargo público, es consultora en economía y columnista en varios de los medios más importantes de Colombia.

El trabajo destacado de esta mujer, afiliada siempre al partido liberal, la hizo merecedora del título de “Mejor Senador de 2008” y de “Mejor Congresista del año”, por sus denuncias e iniciativas, las cuales siempre son coherentes con el ejemplo que da.

Con su empuje, liderazgo, experiencia y capacidades, fundó el Centro Internacional de Pensamiento Social y Económico –CiSoe–, del cual es presidenta. Junto a su labor investigativa, continúa en defensa de los derechos de las mujeres, la infancia y la adolescencia.

Liderazgo: ¿sueño o realidad de la mujer colombiana?

La presidenta y cofundadora del Centro de Investigación Social y Económica –CiSoe– presenta en estas líneas el estado del liderazgo de la mujer en Colombia, que nos muestra, con datos en la mano, la brecha entre hombres y mujeres e indica por dónde comienza el rezago.

La mujer colombiana logró grandes avances en el siglo XX cuando rompió barreras históricamente infranqueables. Tuvo acceso a la educación sin límites obvios, gracias a los métodos anticonceptivos manejó mejor su fecundidad y entró al mercado laboral. Por ello, llegó al nuevo siglo esperando que esta tendencia positiva continuara a igual o mayor velocidad. Muchos indicadores muestran actualmente que no solo se está educando más que el hombre —especialmente las nuevas generaciones—, sino que son las mujeres quienes permanecen más tiempo en el sistema educativo. Con una reducción significativa en el número de hijos y con mejor educación era hora de alcanzar el acceso al poder. Es decir, ejercer liderazgo y tener, como los hombres, una voz en las decisiones económicas y políticas del país.

Sin embargo, basta con mirar los medios de comunicación para darse cuenta que en Colombia estamos bastante lejos de tomar decisiones de manera independiente, y menos aún, de llegar al poder. En América Latina, la región más inequitativa

del mundo, Colombia ocupa el segundo lugar, después de Honduras. Sin duda, son muchos los cambios que se requieren en estos sistemas patriarcales para que se abra realmente el camino del liderazgo femenino.

Sin embargo, entender que en Colombia el valor de la economía del cuidado equivale al 19% del Producto Interno Bruto [DANE 2014], y que distribuirlo entre el Estado, el mercado y los hombres sí son el camino para abrir las puertas al trabajo remunerado que le permitirá a las mujeres lograr su autonomía económica y empezar a derrumbar ese techo de cristal que las frena para ejercer el poder. Ese día será realidad la equidad de género.

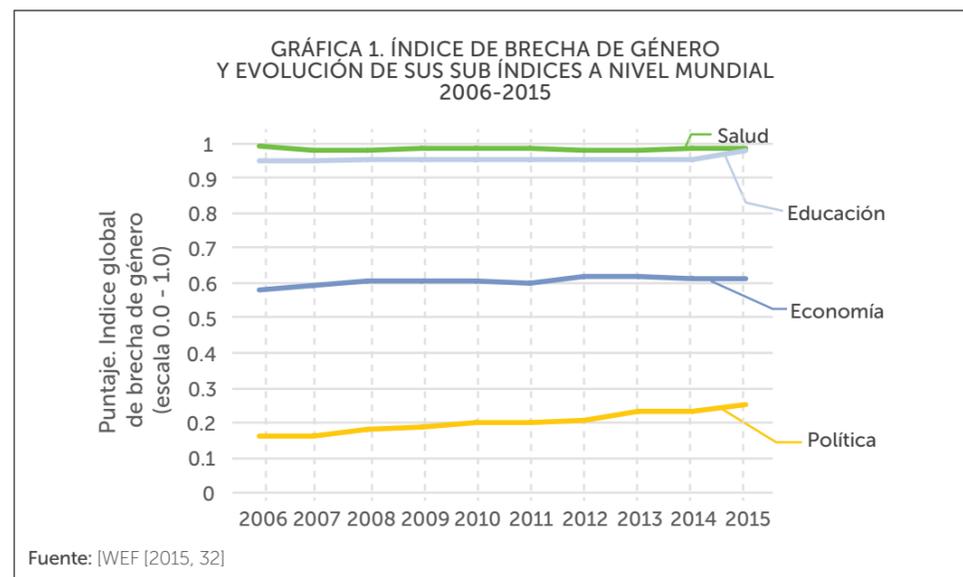
No debe sorprender entonces que la verdadera situación de la gran mayoría de sus mujeres esté disfrazada por una minoría privilegiada. La verdad es que sin importar qué tan ricas o pobres sean, en algún momento, todas se encuentran con ese techo de cristal difícil de romper; un hecho que ni las mismas mujeres reconocen y que lleva a que la solidaridad de género muera ante la solidaridad de clase.

Si bien la igualdad de género en su verdadero sentido no existe en ninguna parte del mundo, no debe ser este un simple consuelo, sino el reconocimiento de que hay barreras infranqueables hasta en las sociedades más desarrolladas. Por ello, negar los avances alcanzados en la situación de la mujer colombiana es un error, pero asegurar que alcanzamos la igualdad entre mujeres y hombres en Colombia es un exabrupto.

Sin duda alguna, un sector que requiere una visión femenina es el campo, porque la situación de la mujer rural es realmente dramática. Hoy más que nunca se reconoce su papel fundamental tanto en la producción de alimentos, como en la calidad de los mismos; componentes fundamentales de la seguridad alimentaria y de la nutrición de todos los individuos. No obstante, la sorpresa ha sido mayúscula al ver que no hubo una sola mujer candidata a la presidencia de la Sociedad

de Agricultores de Colombia (SAC), gremio cúpula de las actividades rurales. Para ir más allá, tampoco una mujer presidente de la ANDI, ni jefe de las negociaciones de paz, ni ministro de Hacienda, ni vicepresidente de la nación; y mucho menos, presidente de la República. ¿Tienen entonces las mujeres de Colombia oportunidades reales de liderazgo al más alto nivel?

Los Índices de Brechas de Género (IBG) (Cuando el índice es 1 hay igualdad entre hombres y mujeres, cuando es 0 hay desigualdad total. Son el mejor indicador para entender qué separa a nuestras mujeres de ese ideal de llegar a tener las mismas oportunidades que los hombres. Estos índices se elaboran en Harvard y se presentan todos los años en el Foro Mundial de Davos, a donde asisten todos los poderosos del mundo. No obstante, ¿han escuchado a algunos de nuestros líderes, asiduos asistentes a estos foros, mencionar dichos índices? A través de la medición de estas brechas se sabe que es en la educación donde se han dado los mayores avances de la mujer a nivel

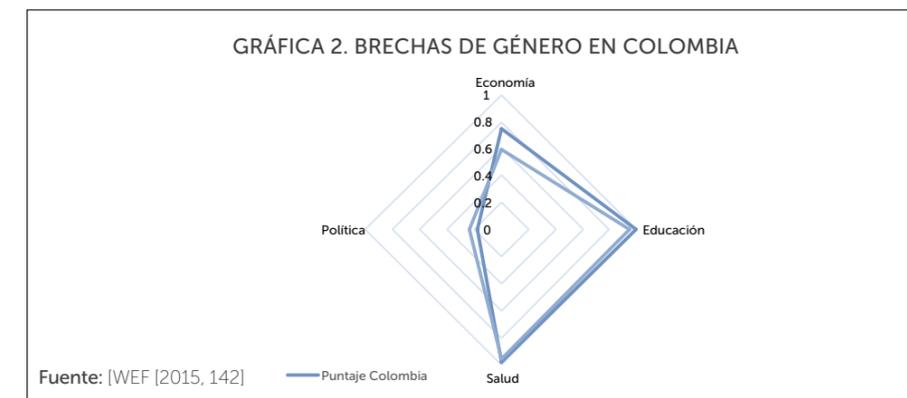


mundial, que nosotras vivimos más que los hombres y que, además, tenemos más años de vida saludable que ellos. Por ellas deducimos que la brecha de género en educación y salud se está cerrando apresuradamente; pero también vemos que persisten problemas y profundas desigualdades en economía y política donde la brecha es injustificable.

CiSoe analizó recientemente el tema partiendo de los últimos IBG disponibles (2015) [WEF [2015, 32]. Encontró que a nivel mundial (Gráfica 1), hay pocas diferencias entre hombres y mujeres en cuanto al acceso a salud y educación [López M. 2016]. Confirma también el estudio que en economía y política se concentran los problemas que las mujeres enfrentan en injusticias y desigualdades, muchas de ellas inexplicables.

Cuando del manejo del poder se trata, los hombres siguen dominando el panorama, a pesar de los esfuerzos de las mujeres por educarse, tener menos hijos y mejor salud. En palabras sencillas, los datos confirman que, ahora, la lucha entre hombres y mujeres es por el acceso al poder.

Colombia no es ajena a este patrón mundial. Las colombianas claramente se han esforzado en ganar autonomía económica al entrar dinámicamente al mercado de trabajo, y por ende, mayor igualdad en este

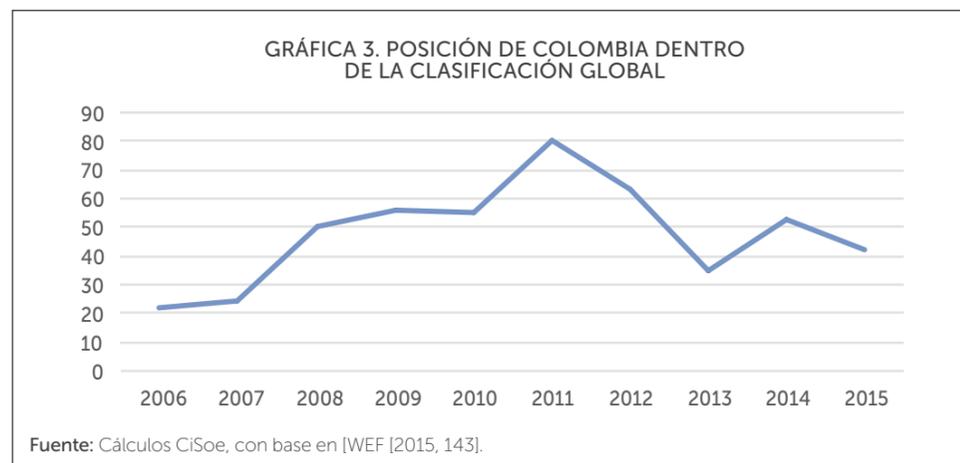


campo. Sin embargo (Gráfica 2), ese logro no les garantiza mayor acceso al poder político, donde se evidencia el mayor desequilibrio entre los géneros [Ibid., 59].

Contrario al avance que los hombres colombianos aducen, el país está por debajo del promedio mundial. Si bien se nos reconoce como una nación de ingreso medio con islas de modernidad, esa modernidad no existe cuando se trata de igualdad entre hombres y mujeres.

Según el Foro Económico Mundial (Gráfica 3), Colombia es poco consistente en su IBG. Su mejor ranking fue en 2006 con la posición 22 entre 109 países, pero en 2011 cayó a la 80 entre 135 países. Desde entonces, con una recuperación moderada entre su peor y mejor momento llega al 2015 donde "(...) Colombia se ubica en la posición 42 entre 145 países" [WEF [2015, 142].

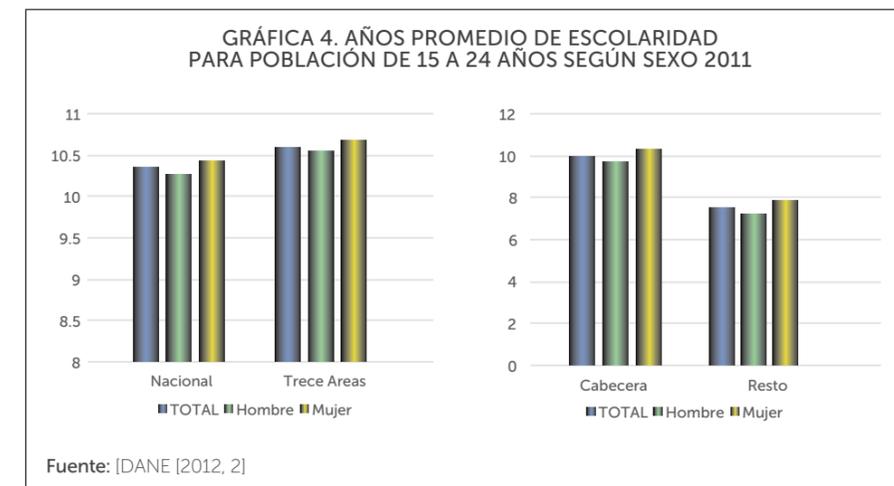
Pero no todo es negativo, las mujeres urbanas han avanzado en educación; también lo han hecho aquellas que residen en el campo. Superan a los hombres en años de escolaridad y en menor analfabetismo como lo muestran los indicadores de la población de 15 a 24 años (Gráfica 4). Es en esta brecha donde se han logrado cerrar con mayor éxito las diferencias entre hombres y mujeres.



Algo similar sucede con la asistencia escolar. De nuevo, las mujeres urbanas y rurales, especialmente las más jóvenes, registran una mayor continuidad en sus estudios que los hombres (Gráfica 5). En conclusión, "en términos de cobertura básica, la brecha de género [en Colombia] no solo se ha cerrado, sino que las mujeres superan a los hombres" [Ibid., p. 63]

En salud, las mujeres presentan los mayores niveles de afiliación tanto al régimen contributivo como al subsidiado, no porque sean ellas quienes más contribuyen al sistema de salud, sino por ser la mayoría de las beneficiarias (Gráfica 6). Un poco más del 90% de ellas tiene estos servicios, mientras los hombres alcanzan una cobertura cercana al 80%.

Es en el mercado laboral donde las mujeres tienen las mayores limitaciones frente a los hombres, con consecuencias para su autonomía económica, su principal problema, porque frena los beneficios obtenidos en salud y educación (Gráfica 7). En Colombia, la mitad de las mujeres que pueden entrar al mercado de trabajo se quedan por fuera, sin la posibilidad de generar ingresos propios, lo que crea dependencia absoluta,

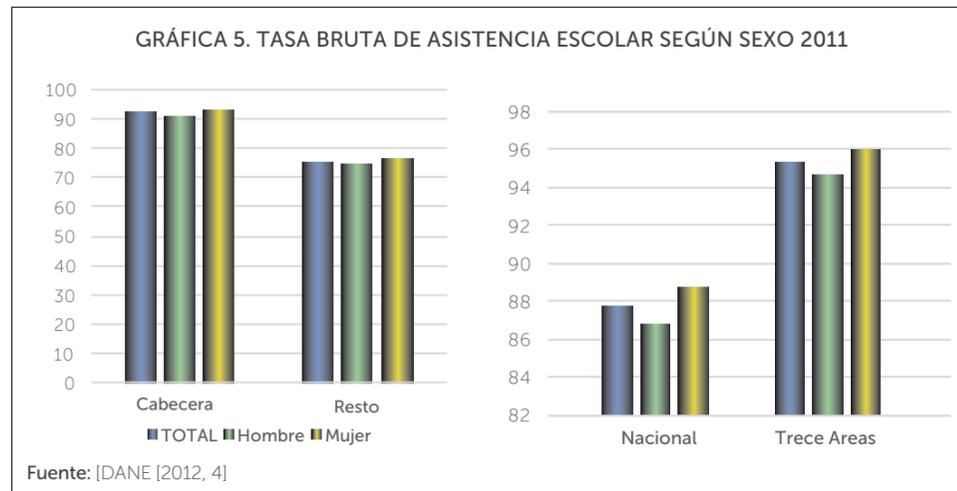


aumenta su vulnerabilidad a la violencia, la subordinación, la pérdida de libertad y la indefensión. En contraste, un poco más del 75% de los hombres en edad de trabajar lo hace o busca activamente empleo remunerado [DANE [2016].

La pregunta que con frecuencia muchas mujeres no se plantean, pero que merece una respuesta es, ¿para qué nos esforzamos educándonos contra viento y marea, de qué nos sirve vivir más y ser más saludables que los hombres, si al llegar al mercado laboral nos pagan menos, nos despiden más y ellos no comparten el liderazgo?

Sí, en términos de su vinculación a la economía, a las colombianas no les va bien y su condición es muy inferior a la de los hombres y su situación es crítica cuando de participación política se trata. A pesar de pequeños avances, gracias a unas pocas mujeres que han incursionado en este ámbito, las cifras aún están muy lejos de los niveles alcanzados por los hombres.

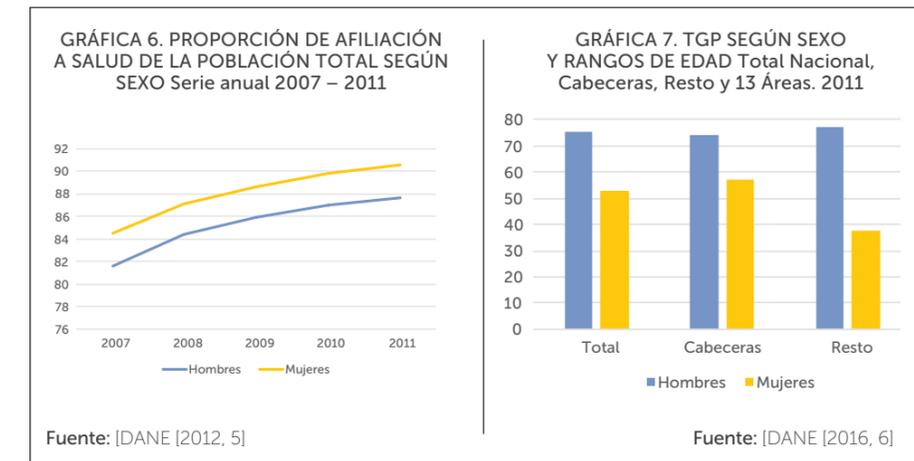
En las elecciones de 2014, en 32 Gobernaciones y 31 alcaldías en capitales departamentales solo se eligieron 4 mujeres [Colprensa 2015]. En el Congreso de la República, la Bancada de Mujeres representa el 20% del total de congresistas.



Es decir, en términos de liderazgo político, las mujeres colombianas no están lejos, sino a años luz de compartir equitativamente el poder con los hombres.

¿Dónde está el freno? El mundo vive actualmente una costosa y dolorosa situación que se asume como natural y Colombia no es la excepción. Cada día las mujeres se están preparando más para asumir todos los roles necesarios para que funcione no solo su núcleo familiar, sino el ámbito social y económico que las rodea. Pero es tal la subestimación de la contribución de la mujer a la economía que algunos hablan de pleno empleo cuando las tasas de desocupación de los hombres son bajas, como si solo ellos pudieran trabajar. Se olvida que solo el 50 % de las mujeres lo hace sin siquiera preguntarse, ¿dónde está la otra mitad de ellas, en edad productiva, entre los 14 y los 65 años?

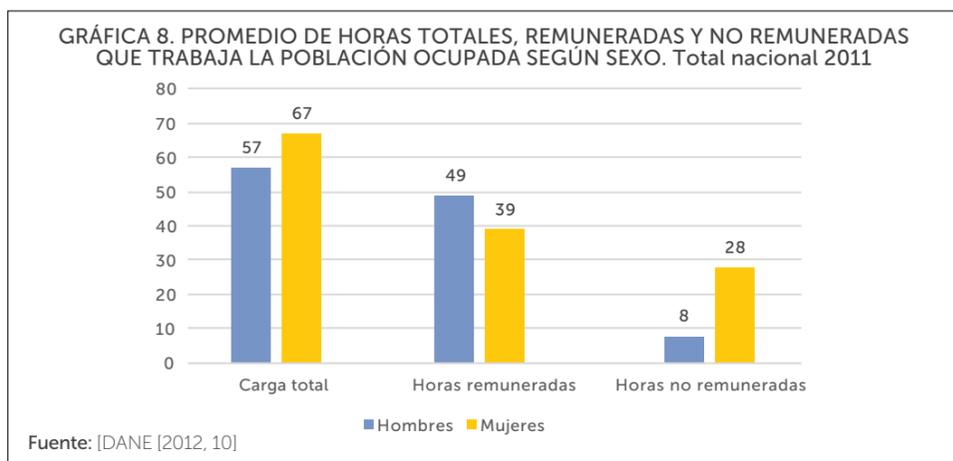
La respuesta sorprende a muchos. Estas mujeres están trabajando y probablemente más duro y largo que aquellos que reciben ingresos en sus jornadas de 8 horas; pero como su trabajo no es remunerado es como si no existiera en esta sociedad que mide solo aquello



con un valor monetario. ¿Cuál es ese, entonces? Es uno sin el cual muchos hombres no sobrevivirían, es el trabajo de cuidado; el cuidado de sus hogares, sus hijos, sus parejas, los adultos mayores, sus enfermos y de aquellos con limitaciones físicas. Un trabajo sin reconocimiento, sin salario y sin horario, uno que fácilmente duplica el de los hombres trabajadores (Gráfica 8).

Para ser justo, el término adecuado es carga laboral; es decir, la suma del trabajo remunerado más el no remunerado. Esta carga está distribuida de manera muy inequitativa entre hombres y mujeres, porque es en ellas mayoritariamente en quienes recae el trabajo no remunerado. Uno que podría ser realizado por terceros y que recibe el nombre de economía del cuidado. Solo cuando la economía del cuidado sea asumida por el Estado, el mercado y otros miembros de la familia, se acabará esta enfermedad creciente en las mujeres: la pobreza de tiempo [López M. et al. 2015].

Entendido lo anterior, es claro entonces que el cuidado es una expresión de los roles tradicionales asignados a las mujeres. Es uno de los valores patriarcales más fuertes y uno de los grandes frenos al liderazgo femenino. Mientras siga predominando la división entre hombre proveedor



y mujer cuidadora, la llegada de las colombianas al poder seguirá siendo más un sueño que una realidad. Y lo más triste es que muchas mujeres aun perpetúan esas barreras que impiden que en este país, y en el mundo en general, ellas participen en igualdad de condiciones en las grandes decisiones que marcan el presente y el futuro de las sociedades.

¿Se necesita más para entender que ejercer liderazgo y el cuidado no son mutuamente excluyentes, ni mucho menos, incompatibles? La capacidad de tomar decisiones en lo económico y lo político ya es parte de la vida diaria de la mujer colombiana. Solo cuando la economía del cuidado se reconozca como productiva y la ejecute el Estado, el mercado y otros miembros de la familia, se abrirán las puertas al trabajo remunerado, lo que le permitirá a las mujeres lograr su autonomía económica y derrumbar ese techo de cristal que las frena para ejercer el poder. Ese día será realidad la equidad de género.

REFERENCIAS

- Colprensa. 2015. "Estos son los Nuevos Gobernadores y Alcaldes de las Capitales del País." El Universal. En Política. 25 de octubre, [Cartagena]. Accesado El Universal. En URL: <http://www.eluniversal.com.co/politica/estos-son-los-nuevos-gobernadores-y-alcaldes-de-las-capitales-del-pais-209477>.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística. Colombia. 2012. Género 2011. Boletín de prensa. [Noviembre 21]: 1-21. Bogotá D.C: Gobierno de la República.
- -----, 2014. Fase 1: Valoración Económica del Trabajo Doméstico y de Cuidados no Remunerado. Cuenta Satélite de Economía del Cuidado: 1-30. Bogotá: Gobierno de Colombia.
- -----, Colombia. 2016. Tercer Censo Nacional Agropecuario 2014. Séptima Entrega. 7. Boletín. [Marzo]: 1-49. Bogotá: Gobierno de la República. En URL: <http://bit.ly/2IVEVZs>.
- López M., Cecilia, Corina Rodríguez E., Nohra Rey de Marulanda y José Antonio Ocampo. 2015. Bases para un Nuevo Modelo de Desarrollo con Igualdad de Género. 1-131. Bogotá: CiSoe, ONU Mujeres.
- López M., Cecilia. 2016. Determinantes de la Seguridad Alimentaria (SAN) en Colombia. [Julio 22]: 1-93. Policy Brief for UN World Food Organization. Unpublished Report: CiSoe.
- World Economic Forum. 2015. The Global Gender Gap Report 2015. 10th Anniversary Edition. Insight Report: 1-387: The World Economic Forum.

María Ruth Sanabria

UN APOSTOLADO EN MEDIO DE LA MUERTE

Ganadora en el 2016 del Premio de Derechos Humanos en la categoría Toda Una Vida. Su juego constante de gambetas con la muerte en su lucha por ayudar a los perseguidos y a las víctimas del conflicto constituye un testimonio espeluznante de lo que fue el atroz genocidio contra la Unión Patriótica.

Por: Patricia Lara Salive



María Ruth Sanabria luce una pava que mujeres campesinas de Tame escogieron como símbolo de unión y protección



Festean el reencuentro. que el conflicto armado había pospuesto por años.

«Mi papá se robó a mi mamá... Mi abuelo era de familia acomodada y se oponía al matrimonio porque mi papá era arriero. Yo nací en 1961 en una finca en La Dorada, Caldas; pero me crié en Puerto Salgar. Íbamos a la finca, montábamos a caballo. Para entonces mi abuelo ya había aceptado a mi papá: él se acercó al Partido Comunista y cambió.

Me acuerdo del miedo que sentía en esa época. Me parece oír que a mi abuelo le gritaban desde una loma: ¡don Jorge, los chulos! Eso quería decir que teníamos que correr. Recuerdo que nos paraban en la noche y mi abuelo nos ponía una mano en la boca. Era la señal de que no podíamos hacer ruido.

Yo estaba chiquita cuando mis padres se separaron. Mi papá volvió a visitarnos tres años después: me dio tres palmadas de cariño y se fue. Sólo lo vi de nuevo dieciocho años más tarde. Mi mamá se puso a trabajar como cocinera para los obreros en la finca de los abuelos maternos. Yo lloraba todas las noches porque ella no estaba conmigo.

A los seis años mi tío Gilberto ya me había enseñado a leer, escribir, sumar y restar. Cuando yo tenía nueve se murieron los abuelos. No me quise quedar con mi tío, dije que me iba para donde mi mamá; tomé un bus y llegué a Neiva. Ella me recogió en el terminal. Vivíamos con mis hermanos en una pieza arrendada

“Mi papá se robó a mi mamá... Mi abuelo era de familia acomodada y se oponía al matrimonio porque mi papá era arriero.”

que tenía cinco camitas cubiertas con retazos de colores. Mi mamá cosía y cuando no le salía trabajo se empleaba como doméstica.

A los ocho días de haber llegado, me metió como cocinera interna en una casa. ¡Yo no sabía cocinar y esa vieja bendita me pegaba! Luego trabajé donde doña Beatriz, le ayudaba en una venta de hilos y botones; visitaba a mi mamá cada ocho días. Doña Beatriz sí fue muy buena conmigo, me permitió estudiar. Ahí terminé quinto de primaria.

Volví a la casa e ingresé a un colegio femenino de bachillerato que había en Neiva. Estudiaba y trabajaba en un almacén de calzado. Mi mamá era empleada interna y sólo llegaba a dormir los sábados. Ella pagaba el arriendo y con lo que nos ganábamos mis hermanos y yo, pagábamos la comida y la ropa.

Mi mamá quería casarme con un ‘hombre de bien’, como ella decía. Yo no quería, entonces una profesora me dijo: “mija, le tocó rebelarse”. Pero cuando no le hice caso de casarme, se dañó la relación con mi mamá.

Perdí segundo de bachillerato porque me la pasaba en el Concejo de Neiva escuchando los debates. Ingresé a La Unión Nacional de Oposición, UNO. Conocí a Raúl Reyes. Ya entonces cargaba propaganda subversiva.

Mi mamá me mandó donde mi hermana Nelly a Bogotá, pero su marido me echó porque regué un jugo de guayaba. Entonces me fui donde una vecina y acabé empleándome de niñera. Cuando estaba con doña Isabel apareció mi papá: mi tía Chavita me llamó para decirme que él nos estaba buscando y que había contratado dos detectives para que dieran



con nosotros. Entonces, con mi mamá y mis hermanos nos fuimos en tren a San Alberto, Cesar. Mi papá trabajaba en Indupalma. En el pueblo vi a unos trabajadores de esa empresa y les pregunté si conocían a Jesús María Sanabria. “¿Y ustedes quiénes son?”, preguntó uno de ellos. “Los hijos”, respondimos. “Don Jesús es mi patrón”, contestó uno. De pronto mi mamá dijo: “¡miren a su papá!” Era alto, de cabello oscuro, piel canela; sus ojos pequeños le brillaban como si se fueran a derretir; era grande, hermoso... Me dio tanta emoción».

Entonces María Ruth Sanabria, quien a base de haberle jugado gambetas a la muerte, no obstante su talla menuda y su estatura pequeña, parece haberse vuelto de hierro; irrumpe en un llanto incontenible.

«Yo amaba mucho a mi papá. Nos abrazamos y me dijo que nos fuéramos a un hotel mientras terminaba la casa que estaba en obra negra. Le dijimos que no. Entonces llevó camas, un televisor

En febrero de 2017, las mujeres de Anmucic encienden una vela como símbolo.

“Me echaron del colegio porque ayudé a organizar un paro. Mi papá me dijo que no me pagaba más estudio y me fui de la casa”.

y volvimos a saber lo que era tener un hogar. Mi papá nos buscó colegio. Nos consentía, pero tomaba mucho. Era como si algo no lo dejara tranquilo... Y le daban esas rabias... Y se iba... Y se ponía a tomar... Y regresaba agresivo...

Viví con ellos hasta los 22 años, pero no pude terminar décimo porque me echaron del colegio por organizar un paro. Entonces mi papá dijo que no me pagaba más estudio, por lo que me fui y terminé el bachillerato con la ayuda del Partido Comunista y del MOIR. Yo había entrado al partido desde los trece años, cuando estaba en Neiva.

En mí influyó mi tío Edilberto, quien decía que no nos podíamos dejar, que teníamos que luchar. En mi familia había muchos gaitanistas. En cambio nadie quería a Rojas Pinilla ni al Frente Nacional. Así que entré a la Unión

Patriótica. Un año antes, cuando estaba en once, había conocido a Pedro y me había casado con él; para la época, mi marido manejaba tractor en una finca».

Ruth ingresó a trabajar en la alcaldía de San Alberto como administradora de la Plaza de Mercado y aprovechó para realizar un trabajo de inteligencia. Resulta que una familia había contratado a una banda de sicarios para matar a los sindicalistas de Indupalma y ella tenía que averiguar si la alcaldía tenía algún compromiso con ellos.

Descubrió que el personero era paramilitar, porque en su oficina los había escuchado diciendo que iban a matar a Lázaro Hernández, presidente del sindicato. Gracias al aviso de María, Lázaro se salvó.

«El jefe de inteligencia de ese grupo paramilitar se enteró de mi labor y me declaró objetivo

Pancarta en entrada de Arauquita, sobre debate de crear un nuevo municipio.



militar. Para mi marido fue muy duro enterarse de quién era el jefe que había dado la orden, ya que eran muy amigos. Un día le dijo: “nos enteramos de que a su mujer la están utilizando para pasarle información a la guerrilla y la van a matar”.

Después, pusieron una bomba en una perfumería que era nuestra y acabaron con las vitrinas. Luego, cuando salía de visitar la tumba de mi papá que había muerto de un infarto, uno de los sicarios paró el carro y me dijo: “súbete, negra”. Le dije que no. Entonces me mostró la metra que le asomaba del poncho y me dijo: “agradezca perra que aquí hay mucha gente, porque si no, aquí mismo la dejaba». Este hecho fue el detonante para que Sanabria empacara dos

mudas y se fuera para Bucaramanga. «Mi marido me visitaba cada quince días. Quedé embarazada. El niño nació en diciembre. Después, la UP me mandó a decir que ya podía regresar a San Alberto porque el Ejército había matado a casi todos los paramilitares.

Para entonces, ya me habían amenazado varias veces. Una noche que iba para cine llegó uno de los sicarios, Gildardo, me apuntó con un revólver y me dijo: “María Ruth, usted da un paso más y la mato.” Y le contesté: ¿Usted se embobó o qué? Recuerdo que caminé y, del susto, me vino el período. Yo creí que me habían matado. Después cogieron la puerta a tiros.

Poco antes, en la alcaldía, uno de ellos había comentado que “esta

MUJERES QUE RECONCILIAN

vieja está buena para hacerle un poco de maldades”. Otro día que me había encontrado nuevamente con Gildardo, él me tapó la boca y empezó a pasarme la pistola por el cuerpo. Cuando me la fue a meter entre las piernas, yo le di un trancazo; él gritó y salió corriendo. Ese Gildardo había estudiado con nosotros.

A mi marido no le gustaba que yo estuviera en la UP: decía que me señalaban como guerrillera y que me iban a matar. Pero cómo le parece que un día, cuando ya había vuelto a San Alberto, me dijo: “amorcito, ya vengo que voy a una reunión.” ¿Reunión de qué?, le pregunté. “De la UP”, me dijo. ¿No dizque eras apolítico?, le comenté. Él se rió. Yo no sabía que Pedro andaba organizando las tomas de tierras, que tenía tantos alcances; me resultó general.

El día en que lo mataron recién habíamos sacado al niño del hospital porque tenía bronquitis.

MUJERES QUE RECONCILIAN



La comunidad indígena de la tribu guahiba del resguardo El Vigía se mantiene activa en el municipio de Arauquita.



Socorro Acero Bautista, defensora de DD. HH. y sobreviviente del genocidio de la Unión Patriótica.

“Tenía mucha rabia por la muerte de Pedro —María Ruth llora y esta vez la ira se le refleja en la mirada—. Por eso cambié las zapatillas por las botas de caucho y me metí en el proceso de recuperación de tierras.”

A las tres de la tarde Pedro dijo que iba a jugar billar y que regresaba como a las siete; pero no llegó. A las diez apareció un muchacho y nos dijo que Pedro estaba herido en el hospital. Lo vi, no me reconoció. Tenía los ojos desorbitados, se agarraba la cabeza y gritaba ¿qué me pasó?”.

Según Pacho, un amigo, lo que pasó fue que cuando Pedro regresaba a la casa se detuvo en una heladería donde estaba otro amigo. Ahí cerca había unos militares con otros vestidos de civil. Cuando salieron, los militares les gritaron ‘guerrilleros’, ‘farianos’, ‘hp’ y los cogieron a golpes. Mi marido les dijo que no los golpearan.

Cuando mi esposo vio que el compañero estaba casi muerto —irrumpe María Ruth en llanto—, se le tiró encima a un tipo que lo levantó y le cogió la cabeza a golpes contra el muro. Dicen que el cerebro de

Pedro estalló y sonó como una bomba. Cuando regresé al hospital estaba en posición fetal. Lo mandaron para Bucaramanga con un diagnóstico de muerte cerebral. A los seis días, con tan sólo 32 años, Pedro murió.

La Fiscalía me manifestó que había sido un homicidio premeditado y que quien le había dado el golpe tenía entrenamiento militar porque sabía que esa era una llave de defensa personal y que era mortal. En la segunda citación al juzgado en Aguachica, un hombre que se había subido en la misma buseta en la que yo iba desde San Alberto se me acercó y me dijo que lo de Pedro había sido un accidente y que no me quería volver a ver en el juzgado. Luego se bajó ahí en la base militar de Mórrison.

Tenía mucha rabia por la muerte de Pedro —María Ruth llora y esta vez la ira se le refleja en la mirada—.



Casa de derechos humanos ubicada en la vereda Filipinas, municipio de Arauquita.

Por eso cambié las zapatillas por las botas de caucho y me metí en el proceso de recuperación de tierras.

Me convertí en secretaria ejecutiva del Sindicato del Sur del Cesar. Habían despedido a mucha gente de Indupalma. Los campesinos sin tierra hacían tomas de fincas. Hicimos tres recuperaciones: la de la Parcelación Los Cedros, la de La Fragua y la de Tokio-La Paz.

El Incora siempre respondía a las solicitudes de los campesinos sin tierra, a quienes les adjudicaban las parcelas cuando tenían la posesión y luego de entrar a negociar con los dueños. Yo me fui a vivir con 145 familias a la Parcelación de Los Cedros. A veces llevaba al niño conmigo, pero cuando sabíamos que podía entrar el Ejército

lo dejaba con mi mamá. Una noche llegaron los militares a ‘darnos plomo’. Aumentó la persecución.

Recuerdo cuando se metieron a Santa Helena Pelayo, incendiaron los cambuches y quemaron a una niña. Nosotros acompañábamos al campesinado y trabajábamos en coordinación con la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos.

Por esa época me organicé con un buen líder de la ANUC, quien es el papá de mi segundo hijo. Un día, los compañeros se lo llevaron para protegerlo porque lo iban a matar. A los dos días llegó un carro con gente del ELN a llevarme a mí. Pero Uber Saldarriaga, el único sobreviviente de la Junta Patriótica de



María Ruth Sanabria tiene una memoria prodigiosa. Su crudo relato permite reconstruir una historia poco contada.

San Alberto, les dijo: “¡No!, María Ruth es de la Unión Patriótica, no es ninguna infiltrada”. Habían recibido una mala información, les habían dicho que yo había hecho unos comentarios sobre ellos y por eso me querían matar. Se aclararon las cosas y volvimos a la parcelación.

Yo no sabía que estaba embarazada... Saberlo me sorprendió. Mi marido tenía un año de muerto, mi mamá y muchos compañeros no me volvieron a hablar y, algunos de ellos,

le dijeron a la organización que yo era una infiltrada. Eso me valió un castigo de tres meses. Después, me llegó una carta de las FARC en la que me pedían disculpas, que habían investigado y que nada de lo que les habían dicho era cierto. Como a los dos meses el papá de mi segundo hijo mandó por mí y me llevó a Aguachica.

En el embarazo me la pasé tirando cercas, hacienda huecos, perifoneo... Cuando fue a nacer mi hijo me fui al hospital de San Alberto.

“Ya el Ejército no nos echaba plomo por las noches. Pero los paramilitares andaban por ahí y me perseguían”.

Con mis dos hijos y con mi mamá, que había cambiado a raíz de que se había deteriorado la salud de mi segundo hijo, regresé a la parcela. Ya teníamos los títulos, ya el Ejército no nos echaba plomo por las noches. Pero los paramilitares andaban por ahí y me perseguían.

Por la persecución contra mí, la UP le dijo al alcalde, que también era de la UP, que querían sacarme del trabajo de campo para protegerme. Como la alcaldía de San Alberto había creado la Promotora Municipal de Juntas Comunales me nombraron en la secretaría de esa dependencia. Ahí duré desde enero de 1993 hasta junio de 1994.

Pero la persecución no merió: las matanzas de los de la UP eran muy seguidas en San Alberto. Allí no solo el alcalde, sino también la mayoría de los del Concejo pertenecían a ese movimiento.

Resolvimos recolectar firmas para pedir que investigaran a paramilitares que colaboraban con el Ejército; pero en lugar de investigar a los militares que trabajaban con los paramilitares, enviaron a un juez penal militar para que nos investigara a nosotros. El tipo me agarró de los hombros, me levantó, me dijo que yo era guerrillera y me puso presa durante veinticuatro horas.

La persecución continuó. Nos mataron muchos dirigentes. Pero seguimos denunciando. El 21 de febrero de 1994, a cien metros de mi casa, tres hombres me saludaron a nombre de las AUC y me dijeron que el comandante Jorge 40 me mandaba un saludo. Me preguntaron que si no quería disfrutar la plata de mi parcela. Contesté que no. Entonces me dijeron que si no me iba en 24 horas,

“La persecución continuó. Nos mataron muchos dirigentes. Pero seguimos denunciando”.

me atuviera a las consecuencias de lo que les pasaría a mis niños. Puse la denuncia en la Personería, pedí una licencia no remunerada de tres meses y me fui para Bucaramanga. Arrendé una casa y me llevé a los niños. Vivíamos del arriendo de las cinco hectáreas de la parcela. Luego volví a San Alberto. Quería ir a una reunión de la junta comunal, pero los compañeros me dijeron que no fuera porque había ‘mucho barro y de pronto no podía salir’. Y esa noche llegaron allá los paras, preguntaron por tres compañeros y por mí. A ellos se los llevaron y los mataron.

Regresamos a Bucaramanga, a la misma casa. El Incora nos autorizó a vender las mejoras. Montamos un restaurante que ya estaba posicionado, pero sólo duramos cuatro meses porque nos avisaron que nos iban a matar. Perdimos todo, salvo el televisor.

Con los dos niños, vivía tres meses en un barrio, tres en otro, El

16 de diciembre de 1995 me fui para Bogotá, porque llamé a la casa y el niño me dijo: “Mamita, no venga que afuera está Celino esperándola”. Celino trabajaba primero con las FARC y luego con el Ejército.

Mi mamá se quedó en San Alberto y no volví a verla... Me llevaron los niños de cinco y dos años y medio a Bogotá. Vendí todo y montamos un autoservicio. Al año empezamos a ver seguimientos. Cerca, habían matado a una pareja.

Un día Celino fue a buscarme al negocio. Yo había salido. El niño vio un mazda y afuera estaba Celino. Me avisaron, corrí... Los saqué por la puerta de atrás. Nunca volvimos al negocio. Entonces nos fuimos para Arauca. Allá estaban el Partido Comunista y la UP.

Me enamoré de un sindicalista del Valle. Él me visitaba cada quince días, pagaba el arriendo, estaba pendiente de mí. Decidimos

Las banderas saludan los acuerdos de La Habana. Casa de la vereda Filipinas, Arauquita, donde fue instalada una zona veredal transitoria de normalización.





Cocina de Lucenith Claro Suárez, defensora de derechos humanos.

“Mi mamá se quedó en San Alberto y no volví a verla... Me llevaron los niños de cinco y dos años y medio a Bogotá. Vendí todo y montamos un autoservicio. Al año empezaron los seguimientos”.

tener un hijo. Todo marchaba muy bien hasta que la mamá se enteró... Tuve a las gemelas. Nacieron de siete meses. Regresé a Arauca.

En octubre de 1997 llegué a Arauquita con mis cuatro hijos, cuatro cajas y diez mil pesos. Allá yo conocía gente: me ayudaron.

El secretario de Gobierno arrendó una heladería para que yo la administrara. Pero no era heladería sino cantina. Ahí me tocó aguantarme seis meses, hasta que conseguí unas canchas de minitejo para administrar.

Entonces conocí a mi actual compañero, Armando Gómez, con

quien llevo diecisiete años y tengo dos hijos. Él era concejal de la UP.

En 1998 llegué a la dirección local del Partido Comunista y luego pasé a la regional. Era la única mujer de la dirección regional del Partido, el que me nombró en la Funcionaría de las Mujeres. El presidente de la junta del barrio Rivera en Arauca me dio un lote. Construimos una casita y fundamos el barrio Los Guadales. Allá tuve a mi última hija.

Seguí en la dirección del partido y en el 2002 ingresé al Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos,

que se encarga de los presos políticos, capítulo Arauca.

Era la época más difícil del gobierno de Álvaro Uribe. Hacían capturas masivas de miles de personas; sitiaban pueblos. Nosotros nos enfrentábamos a los militares. En el 2002 nos quitaron la personería jurídica de la UP. En el 2006 creamos la Coordinación de Familiares y Sobrevivientes del Genocidio de la UP en Arauca.

Entonces teníamos una tienda pequeña en la casa. Criábamos pollos, ponedoras, cultivábamos hortalizas. Cuando Armando salió del Concejo trabajaba en construcción y yo trabajaba en un supermercado. Mi hijo mayor me ayudaba con los niños. También trabajé en la cocina del ancianato. En el 2005 comenzó la guerra entre las guerrillas. Un año después,

cuando estaba dándole el almuerzo a los niños, sentí un tiro y el ELN nos mandó a decir que teníamos 24 horas para irnos. Al otro día nos fuimos para Bogotá, junto con otros compañeros que habían sido amenazados, y mi familia se quedó en Arauca. Duramos un mes.

En el 2006, un tal Nixon de las FARC, me mandó un papelito en el que me declaraba objetivo militar porque no había querido ir a una reunión. El partido nos sacó ocho días de la casa. Luego volvimos. En el 2007 fui candidata al Concejo. Esa época fue terrible por las amenazas —María Ruth llora otra vez—: el ELN se encarnizó con toda mi familia; mataron a muchos amigos.

Una noche un compañero me dijo que habían dicho que yo era del corazón de las FARC y que el objetivo era darme a mí.

“En 1998 llegué a la dirección local del Partido Comunista y luego pasé a la regional. Era la única mujer”.

Las organizaciones de base han tejido su historia en medio de los señalamientos y la estigmatización



En ese tiempo detuvieron a mucha gente del Comité. En octubre del 2008, cuando salía del Comité, un hombre en bicicleta me abordó y me dijo que Armando y yo teníamos que pasar la frontera para ir a hablar con el comandante 'Pata'echicle'. Dije que no.

A los tres días un hombre nos dijo que nos iban a matar porque éramos de las FARC y reclutábamos niños para la guerra. ¡Cómo así, si yo tengo seis hijos!, contesté.

En noviembre mataron a Carlos Cabrera, secretario de la asociación de desplazados. Nos dijeron que el ELN se había llevado a Carlitos

—María Ruth llora—. Lo llamé, pero ya no me contestó. Supimos que figurábamos en la lista de seis personas que tenían para matar. El partido nos dijo que nos fuéramos, pero no teníamos plata. Poco después, una muchacha que vendía minutos me llamó y me dijo que había visto a unos hombres armados que habían dicho mi nombre e iban para mi casa.

Nos encerramos en el baño con los niños. Sentimos que llegaron. Nos quedamos encerrados todo el día. La niña de siete añitos se acostó con el dedito en la boca y se orinó.

Yo llamé al Comité de Derechos Humanos. El doctor Bustamante,

de Protección, nos consiguió tiquetes para viajar en avión a Arauca. Luego fuimos a Bogotá, donde mi hermana Marlene. Nos acomodamos catorce personas en dos piecitas.

En enero volví a Arauquita. Mi marido consiguió trabajo en construcción, pero lo llamaron y le dijeron que lo iban a matar.

En efecto, llegó un sicario del ELN. Mi marido se quedó encerrado hasta abril. El partido decidió que debía salir y lo mandó para una parcela en Viotá. Yo me quedé con mi hijo mayor. Pero en noviembre el ELN trató de llevárselo. Nos protegió la Policía. Lo saqué de la región.

En abril del 2010 apareció muerta la niña Ingrid Paola

Landazábal, de trece años. Ella se había criado con mis niños. El ELN amenazó a mis hijas. Citaron a la mamá de la niña y me mandaron razón de que me callara, que la niña se había suicidado.

En julio me avisaron que me fuera porque me iban a matar. Me sacaron una tarde para protegerme y me llevaron a Arauca. En la esquina estaban los tipos. Los niños se quedaron encerraditos. Yo decidí volver a Arauquita.

A partir de ese día, todos nos encerrábamos a las tres de la tarde. Un día me llamó un amigo y me dijo que frente a la ventana donde yo dormía había dos sicarios del ELN.

En esa semana cogieron a golpes la ventana de mis niñas. Me dio pánico y el 19 de julio del 2010

“Un tal Nixon, de las FARC, me mandó un papelito en el que me declaraba objetivo militar porque no había querido ir a una reunión”.

Sede principal del CPDH, Capítulo Arauca, barrio San Martín, Arauquita. Donada por la Federación Luterana Mundial en el 2009.



las saqué. No tenían ni once años. Desde entonces me quedé sola en Arauca —María Ruth llora otra vez—.

En el 2011 no salí elegida concejal, pero asumí la presidencia del Comité de Derechos Humanos. Las amenazas continuaron. Esta vez venían de las AUC.

En el 2012, durante el lanzamiento de la Marcha Patriótica, en el teatro Jorge Eliécer Gaitán, entraron las amenazas a mi celular. Hicimos la denuncia. La Corte Interamericana nos concedió medidas cautelares a las seccionales de Cali, Huila y Arauca. Nos asignaron dos escoltas y un carro no blindado. En cambio al vicepresidente del Comité, que tenía menos amenazas que yo, como era hombre, le dieron uno blindado. En el 2014, en un panfleto de las Águilas Negras, me amenazaron también.

En ese año, la Federación Luterana me postuló al Premio de Derechos Humanos. Pero no acepté la postulación porque estaba enferma de estrés y me hospitalizaron por ocho días.

Renuncié a la presidencia del Comité. Tampoco quería seguir en la junta, pues mi familia se oponía y la situación económica y de seguridad estaba muy difícil. Pero los niños de Flor Amarillo, municipio de Tame, me hicieron un homenaje, lloraron y me pidieron que no los abandonara. Me comprometí a seguir. Entonces asumí la responsabilidad en el área de la mujer.

La Pastoral Social y Reiniciar me postularon para que fuera a un programa de mujeres amenazadas que había en Argentina. Llegué enferma. Pero me reencontré: hice estudios de derecho internacional



José Yiver Ortiz Pinzón (derecha) y Horison Palomino Castillo (izquierda), protegen la vida de María Ruth

humanitario, de panadería y pastelería. Volví a los tres meses a Bogotá. En septiembre, Reiniciar me pidió que regresara a Arauca; estoy allá desde enero del 2016.

Ahora soy oficial de campo del Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos y coordinadora de Rutas de Paz. Nos acompaña la Federación Luterana Mundial.

Esa organización fue la que me postuló al Premio Nacional de Defensora de los Derechos Humanos, en la categoría Toda Una Vida. En agosto me anunciaron que era finalista y que debía estar en Bogotá el 7 de septiembre. La ceremonia tuvo lugar en el auditorio de la Universidad Javeriana. Nunca creí que me lo iba a ganar. En el

Comité nos la pasamos haciendo denuncias y acompañando a la gente: por ejemplo, los niños Torres Jaime, de tres, seis, nueve y catorce años, quienes vivían con su papá, desaparecieron un día. Cuatro días después los encontraron muertos. A una de las niñas, además, la violaron.

Acompañamos al papá a poner la denuncia en la Fiscalía. Se descubrió que el autor había sido un subteniente y lo condenaron a 60 años de cárcel. También capacitamos a la comunidad en derechos humanos. Les hacemos visitas semanales. Acompañamos a los que están asediados por los bombardeos y por los enfrentamientos entre la guerrilla y el Ejército, a los niños y a todos los que sufren

“Pero el trabajo no lo hace uno porque le dé recursos... Uno lo hace por convicción.

Trabajamos en esto para que lo que a nosotros nos pasó, no se repita”.

por situaciones derivadas del conflicto. Denunciamos el asesinato cometido por las FARC en Arauca contra once soldados bachilleres.

Lo mismo el bombardeo que en marzo del 2012 hizo el Ejército contra un campamento con 60 combatientes de las FARC, en el que había niños. Se encontraron 36 cuerpos, piernas, cráneos.

Instruimos a las mujeres sobre los acuerdos de paz. Hacemos lo que llamamos ‘conversaciones de fogón’ y tocamos todos esos temas. Buscamos que las mujeres rurales se empoderen y conozcan su derecho a ser propietarias de tierras, a la educación, a la salud, a votar, a ser elegidas, a decidir sobre su cuerpo y a perderle el temor a los hombres.

El Comité trabaja en Arauca, Arauquita, Tame, Fortul y Saravena. Nos hemos ganado la confianza

de los jóvenes. Hemos escuchado a los niños que nos dicen que los quieren reclutar para la guerra o que los papás los maltratan.

Ayudamos a sacar las niñas que quedan embarazadas de los soldados, para que no las maten los guerrilleros. Al haber hecho visibles las situaciones que se presentaban con los bombardeos, hemos salvado vidas de comunidades completas.

En Arauca hemos logrado bajar la intensidad del conflicto gracias a las denuncias y al acompañamiento internacional que hemos tenido.

Después del Acuerdo de Paz, el conflicto ha bajado mucho más. La gente tiene esperanza en las conversaciones con el ELN y pide que no se levanten de la mesa. De verdad que en Arauca hemos logrado construir una red muy fuerte de derechos humanos. Mi tarea principal, ahora, es conseguir que



“No Es Hora De Callar, campaña liderada por Jineth Bedoya contra de la violencia de género. Mochila donada por la artista colombiana Rakel”.

en las próximas elecciones salgan elegidas muchas mujeres. Hay que hacer que haya mujeres empoderadas, que no sigan cerrándonos las puertas por nuestro género; que nos crean lo que decimos en las discusiones políticas y que permitan nuestra participación en los cargos públicos, no a manera de relleno.

Tenemos que dejar de ser cargaladrillos. Las mujeres debemos educarnos, organizarnos, dejar los celos, ser solidarias, trabajar en equipo. La verdad que yo le perdí el miedo a la muerte. El miedo me impulsa, me fortalece, me empuja a defenderme. Me daba tanta rabia

despedirme de los compañeros en la mañana y tener que ir a recogerlos muertos en la tarde. Yo no sé por qué he insistido tanto en quedarme en Arauca. Tal vez porque me ha brindado el espacio, porque he podido hacer lo que me gusta, porque siento que me necesitan.

Este trabajo me ha creado problemas de seguridad, me ha empobrecido, me ha generado conflictos con mi familia —María Ruth vuelve a llorar—. Pero el trabajo no lo hace uno porque le dé recursos... Uno lo hace por convicción. Trabajamos en esto para que lo que a nosotros nos pasó, no se repita».

Belkis Izquierdo

LA PRIMERA MAGISTRADA INDÍGENA DE COLOMBIA

Siempre soñó con ser abogada. Pero para una mujer wayuu poder asistir a la universidad era un milagro y que fuera de eso haya logrado entrar al Consejo Superior de la Judicatura, supera las expectativas. El hecho de venir de una casta dialogante le ha permitido a Belkis entablar un diálogo con otras culturas y, aunque al principio le costó adaptarse, tiene como meta la interculturalización en las universidades, una convivencia verdadera con aprendizajes mutuos para que los líderes del futuro entiendan la necesidad de escuchar, de respetar su cultura y de entender mejor los planteamientos de los indígenas.

Por: Jineth Bedoya





Edificio del Consejo Superior de la Judicatura, en el complejo judicial de las altas cortes, centro de Bogotá.

En Seminario No. 16: 'Sociedades inclusivas, pueblos indígenas y afrodescendientes: no dejar a nadie atrás'.



¿Qué soñaste anoche? Belkis miraba a su madre y reconstruía en su cabeza de niña lo último que recordaba de esas visiones que llegaban mientras dormía. Si el sueño no había sido tan bueno, el paso siguiente era agarrar su mochila, tomar un café y coger camino rumbo a la maloca del guía espiritual para despejar cualquier duda sobre lo malo. Pero a ella, a la octava hija de 7 hombres y 4 mujeres, el guía siempre le dijo que iba a volar.

Y así fue. Casi 35 años después de recorrer la Sierra Nevada de Santa Marta, esta mujer arhuaca, de

no más de 1,60 metros de estatura y una profunda y transparente mirada, logró volar tan alto como lo han soñado las mujeres en Colombia.

Se convirtió en la primera indígena en ostentar un cargo de magistrada en la Rama Judicial y ayudó a diseñar todo el modelo de salud para las comunidades étnicas colombianas, pero además es madre de cuatro hijos que, gracias a ella y a su esposo, hoy viven en una ciudad de cemento, lejos de la sierra, pero con las costumbres y el amor intacto por sus ancestros.

“No me gustaba estar en la cocina. Mi hermano mayor tenía la tarea de cuidar los terneros, echarlos hacia los potreros y traer en las cargas los bastimentos, así que me gustaba estar con él”.

Los recuerdos de Belkis regresan al resguardo arhuaco de Pueblo Bello, en Cesar. Por un momento se desprende de su oficina en el Consejo Superior de la Judicatura en Bogotá y se para frente a los verdes pastizales donde pasó su infancia. “No me gustaba estar en la cocina —recalca la magistrada—. Mi hermano mayor tenía la tarea de cuidar los terneros, echarlos hacia los potreros y traer en las cargas los bastimentos¹, así que me gustaba estar con él”.

Y como en sus sueños, las buenas cosas se materializaron, empezando con un burro que llegó para alejarla de los quehaceres

¹ Provisión para sustento de una ciudad, de un ejército // Acompañamiento, generalmente de pan, tortillas de maíz, plátano, etc., que se sirve con las comidas.

domésticos. Se subía en él y salía rumbo a ordeñar las vacas y cargar el alimento para la familia. Pero había algo que hacía mucho mejor: preguntarle a la gente.

Su padre, un mamo² y botánico tradicional de la sierra, y su madre, una arhuaca consagrada a su familia, siempre le decían que seguro sería abogada porque quería saberlo todo, argumentaba sus preguntas y defendía sus respuestas. Pero no solo lo hacía en casa, sino que era parte fundamental de su perfil de buena estudiante en la escuelita de Yeura, donde para los años 80 todavía quedaban profesoras españolas de la misión capuchina.

² El mamo o *mamu* es la máxima expresión de sabiduría de la cultura arhuaca.

“Siempre he creído profundamente en la familia. La familia tradicional nos permite afianzar muchas cosas y se necesita sabiduría para tomar decisiones”.

Pero vino la revolución contra los capuchinos y la comunidad indígena se ganó el derecho de tener profesores nativos de la región. Para ese momento, Belkis y una de sus hermanas empezaban el bachillerato y fueron enviadas a Bogotá. “Nuestra hermana mayor se había casado y vivía en el barrio Quiroga, así que nos consiguió cupo en el colegio Clemencia Caicedo y yo obtuve el primer puesto. Pero en mi comunidad lograron que se abriera un colegio de educación secundaria y nos devolvieron para la sierra”, relata.

Ella y sus hermanos entraron al Centro Indígena de Educación Diversificada, un internado que quedaba a tres horas de casa. Salían todos los domingos de regreso al colegio con un atado de panela para

la semana. La situación económica no era fácil, pero los padres de Belkis hacían hasta lo imposible para que todos estudiaran. Y fue precisamente el primer amor el que la envió de regreso a Bogotá. “Mi mamá me decía que primero estudiara y yo tenía este enamorado... ya ni me acuerdo de su nombre, pero terminamos nuevamente en la ciudad y allí concluimos el bachillerato”.

Como lo predecían sus sueños, le apostó a ser profesional y se presentó a la Universidad Nacional para estudiar zootecnia. No pasó, afortunadamente, pero para ella fue toda una tragedia. “No podía creerlo. Era una muy buena estudiante y pensé que la zootecnia estaba relacionada con lo que hacía en mi infancia y era la carrera que podía ayudar a mi



Belkis siempre busca que haya un diálogo entre saberes desde lo que comparten las culturas. Cartagena, diciembre de 2016.

comunidad. El golpe fue tan duro que regresé a la sierra”, recuerda.

Se inclinó por una licenciatura para ser maestra y alcanzó a cursar un semestre, pero su conciencia la jalaba y por tercera vez regresó a Bogotá. Nuevamente se inscribió y presentó examen en la Nacional y, por segunda vez, no la admitieron. Fue cuando su

madre le dijo, con tono muy serio, que no iba a dejar que regresara a la sierra: “Si vuelves vas a terminar casándote y ya”, le insistió. Belkis, obedeciéndole, se inscribió en la Universidad Pedagógica para estudiar matemáticas. Pero ese tampoco era su vuelo.

La cuarta fue la vencida. Cansada del ‘paseo’ diario en un

“La tutora de mi tesis de grado de maestría me enseñó metodología para interiorizar y afianzar los conocimientos”.

bus de transporte público desde el barrio Quiroga hasta la calle 72, en el norte de Bogotá, volvió a presentarse a la Universidad Nacional, esta vez para la carrera de derecho, donde fue admitida. Se encaminó en lo que la convirtió en la magistrada que es hoy; pero su vida personal también daría un giro de 180 grados.

“Mi hermana Blacina y yo ubicamos a una señora que vivía cerca de la Universidad Nacional y decidimos ir a vivir en una pieza que ella nos prestó, pero ella nos cuidaba mucho y estábamos todo el tiempo encerradas; justo en ese momento abrieron la Corporación de Residencias Universitarias, nos postulamos para un apartamento y lo logramos. Nos fuimos a vivir con otra compañera”, relata Belkis con el suspenso de que algo más va a pasar. Y efectivamente.

En medio de las rumbas que hacían los estudiantes indígenas, la magistrada conoció a Kindi, un joven del pueblo inga del Putumayo que estudiaba artes plásticas. “Él me parecía chévere porque no era una persona pasada. Siempre me respetó”, apunta mientras suelta una risa cómplice. Para ella no fue amor a primera vista, pero empezaron a conocerse y, como ella misma lo dice, terminó embarazada. Apenas cursaba tercer semestre.

Cuando le contó a su padre esperaba un llamado de atención, pero su respuesta fue un aliciente: “Cumpla su sueño. Usted puede ir solo con un par de zapatos o un saco de maleta, pero lo importante es que esté bien alimentada, porque solo así tendrá la energía para que la cabeza pueda pensar”.



Desde su oficina, esta magistrada auxiliar ha buscado que haya aprendizajes mutuos entre mundos culturales diversos.

“Uno siempre piensa que esos cargos son políticos y que la hoja de vida no es suficiente para lograrlo. No lo podía creer”.

“Las mujeres en Colombia necesitamos oportunidades de educación, de tener confianza y autoestima”.

Con dos meses de embarazo, Belkis llegó junto a Kindi hasta la sierra para hacer el ritual de matrimonio. Ofrecieron sus plegarias por Guaira Ati, la primogénita que marcaría sus caminos y que, junto con sus hermanos, hoy es la columna vertebral de una ejemplar familia que ha sabido sortear todos los obstáculos. Kindi y sus hijos son el soporte de la abogada, la magistrada, la amiga, la mamá amorosa y comprensiva. En su época de estudiantes, con una bebé a bordo, Belkis y Kindi se las arreglaron para terminar sus carreras y ser profesionales. A ella le dieron la oportunidad de participar en el proceso de acompañamiento del sistema de salud indígena en el Cesar y decidió regresar, embarazada de su segundo hijo. Su trabajo consistía en orientar sobre derechos colectivos, legislación

indígena, contrato de prestación de servicios, adecuación sociocultural y política pública. Era el trabajo ideal.

En el 2004 crearon la Coordinación Nacional de Empresas de Salud indígena y le dieron la oportunidad de coordinar ese espacio. Sin embargo, la arremetida paramilitar en el departamento tenía en ascuas a todos los funcionarios. La mitad de ellos estaban amenazados y era muy difícil poder hacer un trabajo tranquilo. A eso se sumaba la distancia con su esposo, pues el trabajo de Kindi estaba en Bogotá. “Siempre he creído profundamente en la familia. La familia tradicional nos permite afianzar muchas cosas y se necesita sabiduría para tomar decisiones. La mía fue regresar con él a la capital”, dice.

Después de sortear la reubicación, en el 2008 nació la tercera hija.

“Siempre quise tener cuatro hijos que significaran el aire, el agua, la tierra y el fuego, y así fue. Kindi me decía ‘estás decidiendo sola’ y yo le contestaba ‘no es que decida sola, es lo que he pensado, nada más’. Pero eso fue lo que ocurrió”. Belkis no quiso estancarse académicamente y se postuló para la maestría en administración pública con énfasis en política pública. Eso le permitió aprender muchas cosas para su vida y su trabajo con la Mesa Permanente de Concertación (mesas técnicas para la consulta previa en las regiones sobre la Ley de Víctimas).

“La tutora de mi tesis de grado de maestría me enseñó metodología para interiorizar y afianzar los conocimientos. Así empecé

a trabajar sobre salud intercultural y política pública de los pueblos indígenas de Colombia, así como el sistema de salud de los pueblos indígenas. Fue de los mayores aprendizajes que he tenido”, asegura, recordando que esto le sirvió mucho cuando trabajó en el Programa de Minas Antipersonales, porque se cuestionaba si lo que le decían a la gente como funcionarios en verdad lo iban a cumplir.

Lo que vino después ya tenía un nivel de maduración mayor; la vida misma la ponía en el lugar que era, en el momento que era. “Un día, en mayo del 2014, revisando los correos me encontré con que tenía varios mensajes que se habían devuelto y empecé a mirarlos todos.

“Tenemos mecanismos de prevención, de protección y sanción en delitos contra las mujeres, pero en la estructura de autoridad y decisión están los hombres y es un gran vacío”.



Festival de
Arte de
Mujeres
Indígenas

Eran del magistrado Néstor Raúl Correa que me estaba buscando; me citaron y llegué a la Judicatura a hablar con él. Me preguntó que qué hacía, que cómo veía el país, que a dónde había viajado... varias preguntas. Luego, al rato me

dijo: ¿Usted sabe que está presentando una entrevista de trabajo?”.

Belkis no salía del asombro y hasta llegó a pensar que era una broma. El magistrado le explicó que estaba entrevistando a mujeres indígenas abogadas y le pidió su hoja

“Siempre quise tener cuatro hijos que significaran el aire, el agua, la tierra y el fuego, y así fue”.

de vida para el concurso que la Rama Judicial había abierto para el cargo de magistrada auxiliar.

“A las dos semanas, el doctor Correa me llamó y me dijo que había sido seleccionada —el rostro de Belkis se ilumina mientras relata el momento—. Uno siempre piensa que esos cargos son políticos y que la hoja de vida no es suficiente para lograrlo. No lo podía creer”.

Y como en esos años de niña, cuando su mamá le preguntaba ¿qué soñaste anoche?, echó mano de sus sueños, recordó todas las veces que aparecía el sol y la naturaleza mientras dormía. Ya lo había soñado. Había soñado que iba a alzar el vuelo, pero llevaba una carga pesada encima y tenía que elevarse así... Lo hizo y a su mejor

estilo. En la semana de transición que tuvo entre salir del cargo que dejaba y asumir su despacho en la Judicatura, quedó embarazada por cuarta vez. Completó su ciclo de madre y sus cuatro elementos: aire, agua, tierra y fuego.

El día de la posesión su padre estuvo ahí con ella, hizo el ritual para que la justicia fluya en su cargo. Ahora ella lo recuerda con admiración y cariño. Él se fue del mundo terrenal en diciembre del 2016, a los 87 años.

“En mi oficina se habla de perspectiva de género, de perspectiva étnica y de los derechos humanos. Las mujeres en Colombia necesitamos oportunidades de educación, de tener confianza y autoestima.



Belkis Izquierdo en los pasillos del edificio del Consejo Superior de la Judicatura. Está muy orgullosa de las prendas de su sierra.

“Hay mujeres más machistas que los mismos hombres, lo cual es muy triste”.

Ese espacio me lo permitió el magistrado Correa. Tenemos mecanismos de prevención, de protección y sanción en delitos contra las mujeres, pero en la estructura de autoridad y decisión están los hombres y es un gran vacío”, recalca Belkis, haciendo énfasis en que lamentablemente a veces hay mujeres más machistas que los mismos hombres, lo cual es muy triste.

Desde el edificio de la Judicatura, en el marco de la plaza de Bolívar, que para ella representa la búsqueda de la justicia social, a veces se conecta con los sitios sagrados que están cerca, como el cerro de Monserrate, porque así puede enlazarse con su tierra ancestral en la hermosa sierra nevada. El

hecho de que esté en Bogotá no quiere decir que pierda sus raíces o abandone sus costumbres.

Belkis Izquierdo Torres ahora tiene el vuelo pausado pero seguro. Vigila a sus hijos para que cuando sus sueños no sean tan agradables, los hilos de colores que amarran lo malo lo condenen para que no vuelva. “En mi casa están muy orgullosos. Somos de la Sierra Nevada de Santa Marta [por mi familia] y somos ingas [por la de mi esposo]”, dice para concluir.

Para las mujeres colombianas y para Colombia, ella ya forma parte de la historia. Su aplicación y sabiduría nos enseñan que los seres humanos tenemos una fuerza interior inmensa que permite hacerlo todo, que nos permiten volar alto.

CAPÍTULO 2

Autonomía

INTRODUCCIÓN

Ana Isabel Arenas

Economista feminista

REPORTAJES

‘La Paulita’

Grupo de mujeres campesinas del
corregimiento de Calarma, Tolima.

Por: **Bibiana Mercado**

Daniela Konietzko

Directora de la Fundación WWB Colombia

Por: **Claudia Palacios**

Vereda Alto Redondo,
observada desde Buena Vista,
Corregimiento de Calarma,
Chaparral-Tolima.





Ana Isabel Arenas

Uno de los costados de la casa donde funciona la Red de Mujeres Chaparralunas por la Paz destaca la bella imagen del símbolo que la identifica.



Promotora de participación comunitaria y ciudadana

Ana Isabel es una economista que se ha enfocado en la planeación para el desarrollo. Ha decantado sus habilidades en la promoción de oportunidades integrales para mujeres, sectores vulnerables, personas desplazadas e iniciativas empresariales.

La consolidación de sus conocimientos le ha enseñado a estructurar y coordinar equipos de trabajo, a través de los cuáles ha logrado diseñar, negociar y captar recursos para distintos proyectos sociales, conocimientos que comparte constantemente.

Arenas también ha dedicado tiempo al estudio de información sobre la violencia contra la mujer en América Latina y el Caribe, lo que le ha permitido tener un mapa mental bastante claro sobre el rol de la mujer y la violencia en la economía nacional.

Su bagage académico y cultural la ha convertido en promotora de la participación comunitaria y ciudadana, facilitadora de microcréditos, experta en formación para el trabajo y defensora de derechos humanos y poblacionales, con enfoque en equidad de género, derechos de las mujeres, de la infancia y étnicos.

Las mujeres colombianas en la economía del cuidado y de mercado

La autora analiza el impacto económico de las mujeres en el país para llegar a la conclusión de que, aunque las colombianas han logrado importantes avances en el campo laboral, todavía quedan brechas entre los géneros que se deben conquistar. Los índices del desempleo femenino siguen siendo los más altos, por lo tanto, las dificultades para acceder a la autosuficiencia económica son mayores para ellas.

EL TRABAJO MÁS ALLÁ DEL EMPLEO Y DEL MERCADO

Las colombianas han logrado importantes avances en el acceso al mercado laboral, en especial desde la segunda mitad del siglo pasado, lo cual es un resultado de las movilizaciones y demandas de las mujeres. Es evidente que estos logros aún distan bastante de alcanzar la igualdad de condiciones entre mujeres y hombres, lo cual demuestran las persistentes brechas observadas según los indicadores establecidos para la medición del mercado laboral, que entre otras, exponen que las mujeres suelen acceder a trabajos informales, precarios y que obedecen a la segmentación del empleo.

Este es el tipo de análisis que se realiza cuando se aborda la temática del 'trabajo', entendido como toda actividad que se intercambia por dinero y que se asocia al empleo —aunque existen unas pocas excepciones como el 'trabajador familiar sin remuneración', persona que trabaja en un negocio familiar sin recibir ningún pago, DANE—; como lo afirma C. Carrasco 2011: "todos los trabajos que caigan fuera de la órbita mercantil quedarán excluidos de esta definición" (citando a Picchio 1996, Mayordomo 2004).

Sin embargo, esta es una concepción limitada y patriarcal acerca de lo que significa la actividad que se hace de manera permanente, la cual requiere tiempo, energía, incluso especialización. Porque también es trabajo la labor que día a día realizan numerosas mujeres en sus propios hogares, expresado en el quehacer doméstico y de cuidado de sus integrantes, que no es pagado y no se transa en el mercado. Es decir, el modelo económico dominante reconoce y valora el trabajo vinculado a la esfera del mercado y desconoce el trabajo vinculado a la esfera del cuidado y del bienestar de los seres humanos.

LA ECONOMÍA DEL CUIDADO, AUNQUE NO SE REMUNERE, SUMA A LA RIQUEZA NACIONAL

El concepto es aún novedoso y fue aportado por la economía feminista. En términos generales, hace referencia a la reproducción y mantenimiento de la fuerza de trabajo, comprende la realización de tareas domésticas en el hogar y la atención a quienes integran la familia (como cocinar, lavar, planchar, asear, atender personas enfermas, orientar las tareas de los niños), con dedicación especial a las personas no autónomas que requieren cuidados especiales, sean menores de edad, personas enfermas, en situación de discapacidad o mayores dependientes.

Elsa Pira enseñó con su ejemplo el valor de trabajar el campo y crear unidades de negocio que han salido adelante de forma empírica



Bajo condiciones similares se desarrolla también en otros espacios comunitarios y sociales. Asociarle al término 'cuidado' el concepto de 'economía', afirma Rodríguez (2007), implica concentrarse en aquellos aspectos de este espacio que generan o contribuyen a generar valor económico. Es decir, continúa la autora, lo que particularmente interesa a esta disciplina es la relación entre la manera en que las sociedades organizan la atención de sus miembros y el funcionamiento del sistema.

Es también la economía feminista la que evidencia el aporte de las mujeres, desde su hogar, a la construcción de riqueza nacional. Aunque las actividades de tipo doméstico y de atención a las personas no se incluyan en la contabilidad del país, estas se requieren para que las personas de los hogares acudan a laborar. Si se pagaran, estas horas se sumarían al Producto Interno Bruto —PIB—. Por lo tanto, este quehacer es una contribución cotidiana gratuita de las mujeres a la sociedad. Por lo anterior, la articulación entre el trabajo de mercado y el trabajo del cuidado no remunerado no es una opción; como se ha demostrado, este último es indispensable para el funcionamiento de la sociedad y de la economía, es decir del sistema. No genera prestaciones sociales, vacaciones, pensión o algún tipo de protección social directa, pero son pagos que los sectores público y privado se ahorran, a costa de las mujeres.

LA SOSTENIBILIDAD DE LA VIDA: LA PROPUESTA DE LA ECONOMÍA FEMINISTA

Desde el surgimiento de la teoría económica clásica algunas voces femeninas han reivindicado la ausencia de la situación e intereses de las mujeres en los análisis económicos. De acuerdo con el análisis histórico desarrollado por Carrasco (2006), se registran antecedentes de lo que actualmente se denomina Economía Feminista, que van desde los primeros planteamientos de la teoría económica a finales del siglo XVIII, retomadas con mayor énfasis en el siglo XIX, bajo demandas como el derecho de las mujeres a tener un empleo, las denuncias sobre las desigualdades laborales y salariales entre los sexos, la igualdad ante la legislación e incluso empiezan a emerger temas como la pobreza de las mujeres y el reconocimiento del trabajo doméstico.

En la primera mitad del siglo XX se destaca el debate sobre equidad de salario, que se fortalece a raíz de la Primera Guerra Mundial, puesto que las mujeres se ven en la obligación de asumir trabajos de hombres y logran realizarlos exitosamente. Critican entonces la tesis según la cual el salario de las mujeres es complementario en el hogar, pues el género femenino también tiene necesidades de subsistencia.

Si bien las mujeres siempre han participado de la fuerza laboral como obreras, trabajadoras domésticas, campesinas productoras, entre otras, es a partir de la década de los años 60 que se observa su incorporación progresiva y masiva en el mercado de trabajo, período que a nivel mundial y desde los planteamientos marxistas, cuestiona la visión de la economía y el funcionamiento tradicional de las sociedad en su conjunto.

A partir de los años 70 y 80 se editan trabajos pioneros de mujeres sobre la Economía Feminista, destacándose autoras como Marianne Ferber, Julie A. Nelson, Marilyn Waring, Nancy Folbre, Diane

Elson y Ailsa McKay (J. Nelson 1995, 2014 y otras). En este período se reconoce el surgimiento sostenido, si bien aún débil, de la economía feminista como una corriente crítica a la teoría económica capitalista dominante.

Esta corriente comienza a consolidarse en la década de los 90, siendo un hito la creación de la Asociación Internacional para la Economía Feminista —IAFFE— que realiza una conferencia anual, propiciadora de debates y avances sobre el tema. También en este período se inicia la edición de la revista *Feminist Economics*.

Este nuevo enfoque de la economía, influenciado por los análisis desde la categoría analítica de género, se nutre de otras disciplinas más avanzadas en el asunto como la sociología, la antropología, la filosofía, la historia, entre otras. Es así como a las temáticas económicas se les incorpora el análisis sobre desigualdades en las relaciones entre las mujeres y los hombres. Esto hace de la economía feminista “una corriente de pensamiento económico heterodoxo que ha hecho énfasis en la necesidad de incorporar las relaciones de género, como una variable relevante en la explicación del funcionamiento de la economía y de la diferente posición de los hombres y las mujeres como agentes económicos y sujetos de las políticas económicas” (Berger, 2008).

Se propone entonces que la sostenibilidad de la vida humana, el cuidado de las personas, debe ser el tema central de la economía. Este es el principio que sustenta esta perspectiva feminista, frente a los planteamientos de las teorías económicas más reconocidas, entre ellas la neoclásica y su actual versión, el neoliberalismo, cuyo eje es el mercado y su propósito es el crecimiento y la acumulación individual, lo cual hace imposible armonizar crecimiento y desarrollo humano sostenible, equitativo y justo. Esta centralidad del cuidado de la vida ha sido posible establecerlo a partir de incorporar en el análisis económico las experiencias de las mujeres, como menciona María Jesús Vara (2006). Las asimetrías de género, tanto en el mercado laboral como en



la economía del cuidado, según lo demuestra la economía feminista, se reflejan en obstáculos para las autonomías de las mujeres. En este sentido, limitan su independencia económica, porque el tiempo no es infinito y las mujeres, al dedicarse a la economía del cuidado, deben dejar de hacer actividades que les permitan generar o mejorar sus ingresos propios o, si lo hacen, es a costa de establecer extenuantes jornadas de trabajo.

Limitan su participación política de elegir y ser elegidas para representar los intereses de la población femenina, puesto que, por similares razones, las mujeres no cuentan con el tiempo disponible para prepararse y participar en actividades públicas y políticas; cuando lo hacen, su mayor participación es en acciones de bienestar comunitario no remuneradas. Estas inequidades las hacen también más vulnerables a las violencias de género, debido a la falta de recursos para tomar decisiones libremente, que les permitan enfrentar la violación a sus derechos.

Y si el tiempo es un indicador de bienestar, la pobreza de este es una constante en gran parte de las mujeres colombianas que no cuentan con los recursos para contratar a otra mujer que realice el trabajo doméstico o que no pueden pagar un jardín infantil, una guardería o una persona cuidadora que atienda a quienes en la familia necesitan

Mujeres de La Paulita en cultivos de café



apoyo y supervisión en el hogar. Para un gran número de habitantes urbanas y campesinas el tiempo para el descanso, el ocio, la formación y otras actividades dedicadas a sí mismas son una carencia permanente, quizá una utopía.

LA MEDICIÓN DE LA ECONOMÍA DEL CUIDADO: LAS MUJERES APORTAN EL MAYOR TIEMPO DE TRABAJO A LA SOCIEDAD Y LAS LLAMAN “INACTIVAS”

Las mujeres aportan gratuitamente una gran porción de tiempo de trabajo no remunerado que sostiene el sistema de mercado capitalista. De acuerdo con la medición del DANE, el trabajo no remunerado en los hogares equivale al 20 % del PIB. De ese porcentaje, el 16 % es trabajo gratuito de las mujeres y el restante 4 % de los hombres. Ninguno de los sectores económicos que son medidos para el PIB contribuye con este porcentaje.

El uso del tiempo de mujeres y hombres es una medida adoptada en diversos países del mundo para conocer el tiempo de trabajo no remunerado y remunerado de mujeres y hombres en un tiempo determinado. En Colombia esto fue posible debido a la iniciativa de las congresistas Cecilia López y Gloria Inés Ramírez que lograron la emisión de la Ley 1413 de 2010, que regula la inclusión de la economía del cuidado no remunerada en el sistema de cuentas nacionales. Según los resultados obtenidos en la Encuesta Nacional de Uso del Tiempo (ENUT 2012-2013), en tiempo total, las mujeres destinan el doble del tiempo que los hombres al trabajo no remunerado y menos tiempo que

ellos al trabajo que recibe un pago. Esta medición permite reconocer y evidenciar que es el trabajo de las mujeres en el hogar el que permite consolidar el trabajo total en el mercado que aportan mujeres y hombres a la sociedad. Además, cuestiona de manera contundente la categoría utilizada en el mercado laboral sobre población ‘inactiva’, que se define como personas en edad de trabajar que decidieron no participar en el mercado laboral. En esta categoría se ubican las mujeres denominadas ‘amas de casa’, que representan según mediciones del DANE (2016) cerca del 59 % de las mujeres inactivas (además de estudiantes, rentistas, personas pensionadas, en condición de discapacidad, entre otros), quienes trabajan casi el equivalente a la jornada laboral diaria o más en su hogar.

LAS MUJERES PROMUEVEN LA IGUALDAD EN LA ECONOMÍA DEL CUIDADO Y EN EL ACCESO A LA ECONOMÍA DEL MERCADO

Reconocer, reducir y redistribuir, es la estrategia de las 3R que economistas feministas han diseñado y propuesto frente a las desigualdades que genera el actual sistema de organización social del cuidado (D. Elson, 2008 y V. Esquivel, 2015), y esto conlleva a reestructurar las responsabilidades actuales de este sistema. Medir el trabajo no remunerado, visibilizar las personas que están detrás de estas actividades, las formas en que lo hacen y las implicaciones en sus vidas, es parte fundamental del necesario proceso sobre el reconocimiento de la economía del cuidado.

Reducirlo, significa buscar las alternativas que permitan aligerar las cargas (facilitar el uso de lavadoras en todos los hogares, sustituir la estufa de leña diaria en el campo, etc.). Redistribuirlo, plantea establecer y asumir la provisión de cuidado por parte de la sociedad en su conjunto. Los sectores comprometidos en brindar la atención del cuidado son: el Estado, responsable

Las hijas e hijos de las asociadas a AMOCAL han aprendido el amor por sus entornos próximos: la familia y la tierra



de establecer las políticas públicas y provisión de servicios de cuidado; el mercado o sector privado, que debe contribuir al acceso a estos servicios; las familias, pero no con la sobreasignación a las mujeres, sino asumirlo entre todos los miembros del hogar; y las organizaciones de la sociedad civil que intervienen en el tema.

LA AUTONOMÍA ECONÓMICA DE LAS MUJERES COMO DETERMINANTE PARA LA LIBRE PARTICIPACIÓN SOCIAL

A pesar de ser las mujeres quienes en mayor medida proveen el cuidado de la vida desde sus hogares, las colombianas están presentes en todos los sectores económicos. Sin embargo, es evidente que la alta responsabilidad que les ha sido delegada, y que puede ser asumida por terceros efectivamente, obstaculiza el desarrollo de todo su potencial económico y político. La reducción del tiempo y la cantidad de trabajo de cuidado no remunerado delegado a las mujeres y la promoción de cambios en las políticas de desarrollo de acuerdo con sus demandas y necesidades es un impostergable para el logro de la autonomía económica de más de la mitad de la sociedad colombiana. Las mujeres estamos en eso. Pero se requiere la movilización social para que las leyes se apliquen y la redistribución, reducción y reconocimiento sean una realidad e impliquen las transformaciones requeridas en beneficio de una mayor justicia social, equidad de género y ejercicio de derechos.

REFERENCIAS

- Berger S. "Desarrollo y Economía Feminista". Citando a (Ferber y Nelson, 2003; Ferber y Nelson, 1993). CIDES-UMSA. Bolivia, 2008
- Carrasco C. "La Economía Feminista: Una apuesta por la otra economía". Estudios sobre género y economía. Coord. María Jesús Vara. España. 2006
- Carrasco C. "La Economía del cuidado: planteamiento actual y desafíos pendientes". Revista Economía Crítica, vol. 11.. Barcelona. España. 2011
- DANE. Medición trimestre octubre-diciembre 2016. Mercado laboral inactividad. Tomado de: <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/mercado-laboral/inactividad>
- DANE. Tomado de: https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/cuentas/ec/11_informe_semestral_Ley_1413.pdf
- Elson, D. "The three R's of unpaid work: recognition, reduction and redistribution". PNUD. 2008.
- Esquivel, V. "El cuidado: de concepto analítico a la agenda política". Nueva Sociedad No.256. Buenos Aires. 2015.
- Nelson A. J., "Feminismo y Economía" 1.995. Traducido por J. Nelson y Helena Ocampo. Foreword, (2014)
- Rodríguez E. Corina. "Economía del cuidado, equidad de género y nuevo orden económico Internacional". En publicación: Del Sur hacia el Norte: Economía política del orden económico internacional emergente. Giron, Alicia; Correa, Eugenia. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. Octubre. 2007.
- Vara María Jesús. Estudios sobre género y economía. Ediciones AKAL, Madrid, 2006.

‘La Paulita’

VALENTÍA Y ASOCIATIVIDAD, LAS CLAVES DE LA ESPERANZA

Esta no es la historia de una mujer, sino de cientos de ellas; de un colectivo, empujado por otras miles, muchas de estas indígenas, otras muchas afrodescendientes y muchísimas más campesinas que durante décadas han resistido al señalamiento de su territorio como zona de guerra. Este texto es apenas un asomo de la sabiduría popular, templanza y resistencia que caracterizan a la mujer rural colombiana.

Por: Bibiana Mercado

MUJERES QUE RECONCILIAN



1. Marcela Prieto Ospina. 2. Anggy Paola Mendoza Pira. 3. Anyd Cedeño Gutiérrez. 4. Angélica Rocío Mendoza Pira. 5. Marelyn Martínez. 6. Lizeth Mendoza Pira. 7. Lina Sorani Mendoza Pira. 8. Astrid Cortés. 9. Esnedý Mendoza Palomino. 10. Yanira Pira. 11. María Fanny Pérez Oyuela. 12. Amelia Mendoza. 13. Rubi Mendoza. 14. Melba Castro Palomino. 15. Solangel Cárdenas. 16. Viviana Aldana. 17. Miralba Pira. 18. Alcira Castro. 19. Elena Méndez Rodríguez. Mujeres asociadas en AMOCAL.



Desde el casco urbano de Chaparral, se avista el cerro de Calarma.

Muy metida en las montañas de Colombia, en uno de esos lugares a donde se llega desde Bogotá luego de media hora de avión, tres horas de camino en vehículo particular, otra más en campero adecuado para la trocha y 40 minutos finales a lomo de caballo, se encuentra la sede de la Asociación de Mujeres Organizadas de Calarma —AMOCAL—, una casa de un hogar campesino que reúne ocasionalmente a un grupo de 42 mujeres entre los 18 y los 60 años de edad que se organizaron para sembrar café y cacao en parcelas de entre media fanegada (3200 metros

cuadrados) y dos hectáreas (20 000 metros cuadrados) arrendadas o cedidas por sus maridos, quienes han visto cómo ellas se la rebuscan para sembrar, recoger, tostar y moler el grano, aportando al negocio familiar. Así se llega a la vereda Alto Redondo, del corregimiento de Calarma, en el municipio de Chaparral, al sur del Tolima; territorio emblemático porque estuvo atravesado por el conflicto armado desde sus orígenes, lo que cionó la templanza de aquellas mujeres que por décadas resistieron la adversidad. Es el caso de doña Elsa Pira Pérez, representante legal

Doña Elsa es de esas mujeres discretas que organizan, alientan, empujan y, a la hora de hablar, ceden la palabra a otras.

de la organización y mamá de seis asociadas y de Eduard, que a sus 16 años es el integrante más joven y el único hombre de la organización. Doña Elsa es de esas mujeres discretas que organizan, alientan, empujan y, a la hora de hablar, ceden la palabra a otras.

La sede provisional de AMOCAL es la casa de una de sus hijas, Yury Marcela, de 31 años; una de las más entusiastas con la idea de hacer más para salir adelante. “¿Quién es Yury Mendoza Pira?”, pregunta a las jóvenes mujeres que han acudido a la cita que ella ha convocado para ese 31 de enero, con el fin de que las conozca el equipo periodístico que alcanzó la montaña. Muchas de ellas han caminado cuatro horas y, aunque no tienen cuerpos atléticos, se les ve muy dinámicas y dispuestas a participar.

“Pues Yury —responde ella misma— es una mujer que se levanta a las 4:30 de la mañana para despachar a sus hijos. Les hace el desayuno, les empaca algo que comer para la escuela, les echa la bendición y a las seis de la mañana comienza su otra jornada”.

Tras despedir a sus dos hijos mayores, quienes hacen grupo con otros chicos de la vereda para comenzar una caminata de dos horas y media que los pondrá en la Institución Educativa La Risalda, la escuela que se halla en mejor estado, a las 8:30 a.m. para iniciar una jornada que va hasta la una de la tarde, sin otro refrigerio o almuerzo más que el fiambre que llevan en la maleta, esta mamá, esposa, hija y hoy caficultora y cacaoquera, se baja a ver su cultivo de 7000 palos de café y 1000 matas de cacao. Junto a su marido han aprendido

Así se ven los espectaculares cultivos de café. Aquí, los de la Finca La Palmera, en la vereda Alto Redondo, Chaparral-Tolima.



las técnicas para mantener los cultivos lejos de las plagas, pero para esto deben estar alerta.

A la par que les echa un vistazo a sus maticas, sembradas en poco más de dos hectáreas de tierra que su papá y su marido le titularon, prepara la comida para los jornaleros que vienen a su casa a trabajar en los cultivos de su cónyuge, que son en extensión más grandes. Al fin y al cabo ella es mujer y, por eso mismo, se da por descontado que las tierras las trabaja y le pertenecen al hombre.

Pero aquí las cosas son a otro precio, a un precio que las mujeres campesinas han guarecido 'charlando a los maridos', como dicen varias de las

asociadas en el ocasional encuentro, donde dos o tres de ellos se asoman tímidamente, más para curiosear que para participar.

Ellas 'los charlan' para que les cedan un pedacito de tierra, lo que les permite acceder a la cédula cafetera y como consecuencia de esto, a créditos y beneficios independientes de los obtenidos por sus maridos, que van desde fertilizantes, hasta asesoría para injertar y adecuar el espacio para secar el grano.

A ellos les gusta la idea porque la han visto provechosa para la economía familiar. Varios, legalmente, han registrado parte de la propiedad a nombre de sus esposas. Pero esto es una

“Las mujeres no somos de la casa porque no somos un objeto”.

minoría. La mayoría prefiere acudir a la figura del arriendo para que ellas, como arrendatarias por un lote a cinco años, acrediten cultivos propios con un mínimo de 1000 palos de café, cuya siembra viene a verificar el extensionista.

Los hombres de estas tierras son todavía muy desconfiados y celosos de ceder la propiedad y se escucha muy bajito un ‘yo ni loco’, en este sitio de encuentro que de seguro debe intimidarlos, pues se trata de una reunión de más de 40 mujeres ocupadas de temas de los que antes solo hablaban los hombres. “Las mujeres ya se salieron del fogón, aunque sigan encargadas de este. Y entienden de matas de café, de cuánto vale jornallear en la cosecha y de cuánto cuesta poner el producto en el mercado”, dice Marinela Sánchez Castro, que viene de otro proceso organizativo de mujeres de la vereda vecina de Risalda, Aprovocal. Sus 53 integrantes están dedicadas al café especial.

Según la Federación Nacional de Cafeteros las mujeres que hoy tiene la cédula del gremio son 108 798, que equivalen al 28 % del total de los productores así acreditados. Ha sido largo el camino que las mujeres campesinas colombianas han tenido que andar para llegar hasta este punto donde ya hablan de matas sembradas y de la producción que les dan.

A Marinela se le quiebra la voz al recordar que su papá gritaba a su mamá, doña Rosalba Castro, cada vez que ella le insistía en instalar una estufa de leña de tres fogones, que en 1987 obsequiaron a las asociadas para facilitar las labores de cocina y reemplazar el brasero de tulpas apostado en las afueras de la casa. Resignados, sus siete hijos y ella tuvieron que ver cómo la estufa fue amontonada en un rincón de la finca junto con otros chécheres. El papá de Marinela era del parecer de que si permitía que la estufa entrara a la casa, él ya no sería el dueño y señor de la misma. A pesar

El 28 % de los productores con cédula cafetera son mujeres. En Alto Redondo las mujeres están accediendo a este beneficio.



del carácter recio de su marido o quizá por esto mismo, doña Rosalba se las arregló para promover la asociatividad de las mujeres en los años 90. No fue fácil. Comenzaron 13 bajo el motete de Asociación de Amas de Casa, en una época en la que no llegaban las ayudas por ser 'zona roja'.

Hasta bien metidos estos años, la mujer ha estado reservada para las labores del hogar, por lo que depende del bolsillo de su marido hasta para comprar una gaseosa. "Las mujeres no somos de la casa porque no somos un objeto", dice una lideresa de otra asociación, la Asociación de Productores Mixtos, Asopromix.

Pero hay 'la esperanza' de que para las generaciones futuras esto cambie. No es gratuito que así se llame el café que Amocal invita a degustar y saborear. De camino por la trocha que conduce a la tienda donde esperaba el campero que llevaría de vuelta a este equipo periodístico, José Elkin, el hijo de 13 años de Yury, dice que está contento por lo que su mamá está haciendo, pues "la ve feliz



Ceidy Alejandra González Mendoza tiene 15 años de edad y, como su mamá y su abuela, ya sabe aperar un caballo, cocinar y recoger café.

Elsa Pira con tres de sus hijas. De izquierda a derecha: Lina, Angélica Rocío, Elsa y Yury Marcela. Todas son asociadas de AMOCAL.



y siente que les sirve lo que hace”, así que puede ser que cuando crezca no solo le cumpla la promesa de llevarla a conocer el mar, sino que trabaje con su mamá, su hermana Ceidy Alejandra y cualquier otra mujer como coequipera y socia, como su papá y otros hombres, que tienen a sus parejas en Amocal, lo están haciendo. “Los hombres hoy en día nos apoyan demasiado”, dice Yury Marcela con su dejo tolimense que le da fuerza a la palabra ‘demasiado’.

Y así como La Esperanza es la marca del café de la vereda Alto Redondo, La Paulita es la marca comercial con la que estas mujeres

están procesando el cacao y lo llevan al mercado en forma de pastillaje y en un empaque de 250 gramos. Tomaron su nombre de uno de los arroyos que pasan por esta región rica en fuentes hídricas, vecina del imponente cañón de Las Hermosas, cuya descripción queda recogida en este, su nombre.

En el empaque del chocolate de mesa, el riachuelo toma la forma de una mujer con los brazos extendidos que asemeja la forma de un árbol, de cuyas manos se extiende una espectacular frondosidad.

Aunque esta es una asociación muy joven —cumplirá 5 años de



La Paulita es la marca comercial del cacao y La Esperanza es la del café.

“Las cosas que hacemos las mujeres no son de cemento, son más cosas que se ven a lo largo del tiempo”.

fundada el 29 de julio de 2017—su proyección y claridad como organización de base se la ha dado también su entorno. Desde su inicio, Amocal ha sido apoyada e impulsada por redes más amplias que vienen abriéndoles camino a las mujeres desde hace décadas.

Es el caso de la Red de Mujeres Chaparralunas, integrada por indígenas, afrodescendientes, campesinas y lideresas con vocación política, quienes han encontrado en los temas de género una ruta de trabajo y de fortalecimiento.

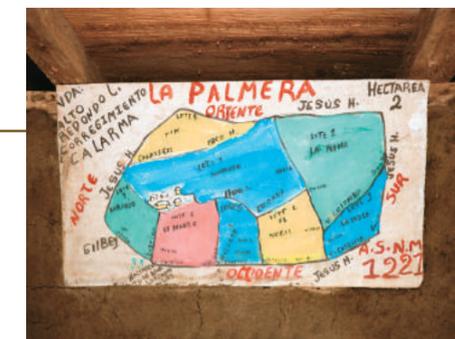
Esta Red está conformada por 21 organizaciones, que integran cada una a 25 mujeres aproximadamente, dedicadas

además del café y del cacao, al aguacate, el arroz, la caña, la apicultura y a la elaboración de productos cárnicos. Varios de los proyectos están siendo apoyados por el programa Mujer Rural del Ministerio de Agricultura.

Doña Dagmar Lucía Hernández recuerda cómo comenzó su historia con la Red. “Él me dio permiso —dice refiriéndose a la conversación que una década atrás tuvo con su marido—. Me advirtió que eso podía ser un problema; me recomendó no tomar trago con los hombres y no meter la pata, porque eso me podía marcar”. Eran momentos en que su municipio, así como Natagaima,



Finca Las Palmas,
vereda Alto Redondo,
Chaparral-Tolima



Mapa de Finca
Las Palmas,
vereda Alto
Redondo,
Chaparral-Tolima

Coyaima, Ortega y Planadas eran azotados por asesinatos, secuestros y extorsiones —que venían principalmente de la guerrilla— y capturas masivas y señalamientos realizados por el Estado, en una práctica indiscriminada de cacería de brujas.

Luego de escuchar la opinión de su marido, Dagmar Lucía entró a hacer parte de la Red de Mujeres Chaparralunas y hoy también preside la Junta de Acción Comunal de Las Tapias, corregimiento de Amoyá, tras haber cursado el grado noveno por Radio Sutatenza y validado los dos últimos años de bachillerato de forma presencial, ya viuda, con tres hijas y un hijo a cargo.

Fue cuando dio el salto a las escuelas de liderazgo que promovieron en ese entonces las autoridades regionales. A la par, hizo parte de las mujeres que capacitó la Alianza de Iniciativa de Mujeres por la Paz —IMP— y recibió el apoyo de otras organizaciones para trabajar en huertas orgánicas, pues IMP promueve

“Las mujeres ya se salieron del fogón, aunque sigan encargadas de este. Y entienden de matas de café, de cuánto vale jornalear en la cosecha y de cuánto cuesta poner el producto en el mercado”.

Marinela Sánchez,
representante legal
de la Asociación
de Productoras de
Mujeres de Calarma
(APROVOCAL)



Yury Marcela
Mendoza Pira
está impulsando
a su hija Ceidy
Alejandra
González
Mendoza a
estudiar, antes que
pensar en formar
un hogar

más las líneas de la incidencia y participación. “Las cosas que hacemos las mujeres no son de cemento, son más cosas que se ven a lo largo del tiempo”, dice María del Pilar Figueroa, de la Asociación de Mujeres Indígenas del Tolima —ASMINT—, tecnóloga del SENA y administradora pública de la ESAP. Su hermana gemela, administradora de negocios internacionales de la Universidad del Tolima,

María Ximena Figueroa, también es asociada de la Red y representa a las indígenas en el Consejo Departamental de la Mujer.

Desde los 15 años —hoy tienen 36— María del Pilar y María Ximena fueron formadas por los *mohanes*, que representan los ancestros pijaos, para labores distintas a las domésticas. El papel de ambas dentro y fuera de la comunidad ha sido en torno

Estas dos gemelas fantásticas son indígenas pijao: María del Pilar (izquierda) y María Ximena (derecha) Figueroa Olaya son profesionales especializadas y lideresas de procesos sociales



MUJERES QUE RECONCILIAN



La Casa Indígena de Chaparral, Tolima, se sostiene en pie a pesar de la poca inversión que recibe

a la defensa de los procesos sociales, no solo indígenas, también campesinos. Por eso, son de las más activas dentro de la Red de Mujeres Chaparralunas y dentro de la organización ASMINT como parte de la comunidad indígena Matora de Maito. Chaparral goza de diez comunidades ancestrales.

Los orígenes del departamento del Tolima indican que su nombre proviene de la Cacica Dulima, una de las tres lideresas indígenas que defendieron su territorio del avasallamiento español. Es esa ascendencia del territorio pijao la que quizás explica la berraquera de la mujer de estas tierras. Aunque muchas no se reconocen ya como indígenas,

la resistencia puede venir de una cultura milenaria que estaba asentada desde tiempos inmemoriales en estas montañas. De ahí es de donde están tomando su fuerza vital para hacer sus empresas cafeteras y cacaoteras, una forma concreta de romper la forma patriarcal de la sociedad que 'amarrará' a las mujeres a sus maridos. Con estas asociatividades, ellas se hacen autónomas económicamente y participativas en lo social y político. "Queremos una mujer que trascienda de las puertas para afuera de la casa", dice Marinela y concluye: "ese era el sueño de mi mamá". Y todo indica que, aunque falta mucho, se está cumpliendo y doña Rosalba, con todos los años encima, lo está viendo realizado.

MUJERES QUE RECONCILIAN

Paisaje desde el filo de Buena Vista, en la vereda Alto Redondo. Se ven las veredas de Yaguará, Lemayá, Tetuán y Calarcá de Chaparral



Daniela Konietzko

EMPODERAR MUJERES CAMBIA LA VIDA

La reconocida periodista Claudia Palacios indaga en la vida de esta mujer que, teniéndolo todo, quiso radicarse en el país para compartir su conocimiento y habilidades empresariales con mujeres con menos oportunidades que ella. El artículo evidencia cómo Daniela, radicada en su natal Cali, lidera la Fundación para la Mujer que ha logrado graduar a más de 1000 mujeres como grandes emprendedoras, sentando así un precedente de la importancia de que todos nos involucremos en los procesos de reconciliación y de su visibilización desde el periodismo, como lo hace Palacios.

Por: Claudia Palacios





Este es el Centro de Eventos Valle del Pacífico, donde el 30 de noviembre y el 1 de diciembre de 2016 tuvo lugar la Macrorrueda para la Reconciliación. Allí se entrevistaron Claudia y Daniela



Foto: Cortesía Fundación WWB Colombia

Graduada de la Fundación de la Mujer, WWB Colombia, junto a Daniela

Daniela Konietzko pertenece al grupo más privilegiado de la sociedad colombiana. Sus abuelos, inmigrantes alemanes, encontraron en Cali la paz que no tenían en su país. Allí forjaron para su descendencia unas condiciones de vida con altos estándares de educación y diversidad cultural.

No obstante, o quizá por ver permanentemente el contraste entre lo que ella tenía y tantos otros no, Daniela tenía un vacío. Contaba con 17 años cuando vivió por primera vez fuera de Colombia. Permaneció un año en Alemania y al regresar estudió Finanzas y Relaciones Internacionales. Con ello, obtuvo un muy buen trabajo en Baxter; aún así, no se sentía llena.

Pensó entonces que para encontrar lo que le hacía falta debía volver a irse. Estudió más y terminó trabajando en el Instituto para las Relaciones Europeo Latinoamericanas en Madrid, donde conoció a su esposo y tuvo su primer hijo. Este importante acontecimiento de su vida la llevó a renunciar a su cargo, pues “no quería vivir eso que le toca a muchas de darle su hijo a una desconocida para que lo cuidara”. Un tiempo después empezó a trabajar para FRIDE, la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior.

Así fue como, en sus propias palabras, le cambió la vida. Uno de los proyectos que coordinó fue sobre fortalecimiento participativo de

Más de 1000 mujeres en Cali han sido beneficiadas por el programa "Mujeres Emprendedoras"



Foto: Cortesía Fundación WWB Colombia



Equipo de trabajo de la Fundación de la Mujer, WWB por sus siglas inglesas. Colombia, 2016

mujeres en estados frágiles. “Vi la importancia de empoderar a las mujeres y de que estas ejercieran su ciudadanía”, dice.

Entonces armó todo para volver a Colombia. Le recordó a su marido lo que en ocasiones habían hablado, que a ella le dolía mucho su patria, que no quería ser siempre migrante, que además quería tener otro hijo pero no lejos de la familia y que cuando eso pasara no iba a volver a dejar de trabajar. “Yo lo había acompañado con sus negocios en España y le dije: ahora me toca mí”. A los pocos meses estaban los tres en Colombia y ella al frente de la Fundación Alvarallice, que ayuda a familias del Distrito de Aguablanca en

Cali y de otras zonas vulnerables. Su buen desempeño en ese cargo la llevó a ser elegida para dirigir la Fundación WWB Colombia, que lleva 34 años otorgando microcréditos, especialmente, a mujeres de bajos recursos.

Desde 2011 la Fundación había dado un importante giro. Había dividido sus funciones, creando el Banco WWB del cual es accionista y que cuenta con 230 mil clientes a las que les hace préstamos pequeños, solo con mostrar la cédula y hacerles un riguroso estudio. Por otro lado, la Fundación se dedicó a la capacitación de mujeres microempresarias de escasos recursos Daniela lleva solo tres años al frente de

Esta caleña cambió el término ‘microempresarias por ‘emprendedoras’: “Es que eso de decirles ‘micro’ no me parece”.

la fundación y ya tiene muchos resultados para mostrar. Ha enfocado el trabajo en varias ramas haciendo uso de diversas técnicas como la andragogía —pedagogía para adultos—, gamificación —educación con lúdica— y *edutainment* —educación con entretenimiento—. Además, cambió el término microempresarias por emprendedoras: “Es que eso de decirles micro no me parece”.

Y tiene razón. Por eso emplea estrategias didácticas para explicarle a las beneficiarias de sus programas lo que es el punto de equilibrio de su negocio y cómo se deben manejar las finanzas del hogar y de su proyecto económico. La idea es que al final de sus cursos ellas puedan ser autónomas en la toma de decisiones. Los cambios se notan rápidamente. Bien lo dice el Business

of Social Responsibility: las mujeres invierten sus utilidades en educación y salud para sus hijos en una cantidad tres veces superior a la que lo hacen los hombres. Por eso, Daniela está convencida de que enseñar a las mujeres a generar recursos y a manejar bien su dinero es la ruta para crear un mejor país.

Pronto tendrá resultados científicos al respecto, ya que uno de sus proyectos para el 2017 es, además de construir una nueva sede para atender la demanda de cursos, crear un Centro de Investigación. El primer estudio será para evaluar el impacto de prestar servicios a las poblaciones de menores ingresos.

Ella ya tiene la hipótesis de lo que será el resultado: “quien es beneficiado por programas de ayuda, apenas puede, busca a otros

Esta es la proyección arquitectónica de la nueva sede con el diseño de Paola Lago



Foto: Cortesía Fundación WWB Colombia/Paola Lago

que se puedan beneficiar y los trae o monta sus propios programas sociales de manera voluntaria". Para ella es claro que entre menor poder adquisitivo tengan las mujeres, más solidarias son: "ellas solitas generan cadenas de valor y sus redes a través de la empatía."

Tan solo el 16 % de los beneficiarios de la Fundación WWB son hombres. Daniela dice que es importante ser incluyentes pero que piensa limitar su participación al veinte por ciento, ya que el foco son las mujeres, gracias a su impacto social. "Estamos observando el cambio en la relación de un hombre con una mujer cuando esta ha logrado crear una microempresa sostenible", expone. En este sentido, su fundación, junto a la Universidad de Princeton, adelanta una investigación sobre el impacto en la disminución de violencia de género cuando la mujer se empodera económicamente. Alrededor del 80 % de las mujeres que reciben

sus servicios han sufrido algún tipo de violencia intrafamiliar. Con ello han podido evidenciar que las microempresas creadas por parejas en las que no existe esta violencia, aumentan las ventas significativamente.

Sus ganas de impulsar el desarrollo de estas mujeres no halla límites. Como sabe que no todas las que necesitan la ayuda de la fundación logran asistir presencialmente a los cursos que ofrece la fundación, creó un programa de una hora en radio, que emite de lunes a viernes a las cinco de la tarde, en el dial 1200 AM, llamado "Mujeres que inspiran mujeres".

En 2016 la fundación tuvo un presupuesto de 4 mil millones de pesos y el de 2017 lo supera por 2 mil. El 20 % de este dinero se va en gastos de operación. Porque además de ello, en su empresa, Daniela paga bien; pero lo más importante para ella es que en su fundación no haya ambición ni ego, sino el deseo de hacer un trabajo que tenga sentido.

Daniela Konietzko en la III Cumbre Internacional de la Mujer Empresaria. Septiembre, 2016



Foto: Cortesía Fundación WWB Colombia

“Estamos observando el cambio en la relación de un hombre con una mujer cuando esta ha logrado crear una microempresa sostenible”.

Su equipo se mantiene contento con el trabajo. Para ellos, que cada día deben conocer y ayudar a resolver las dificultades de tantas mujeres vulnerables, Daniela dispuso cursos que les ayudan a desfogar las cargas emocionales, que van desde la meditación hasta las salidas recreativas. “Es que hay que revisarse, hay que sacar tiempo para uno. Hoy en día —las mujeres especialmente— desempeñamos muchos roles, nos exigimos más y más; eso termina por agotarnos, hay que sacar tiempo para disfrutar”, aconseja.

Los retos están a la orden del día. El más claro que ha debido afrontar hasta el momento es el de la deserción de mujeres en sus cursos, la cual llegó al 45 % y logró reducir al 10 % con un programa de fidelización, que no obstante el buen resultado, decidió terminar. Se llamaba ‘Emprende y Aspira’ y estimulaba a las más cumplidas con un capital semilla de dos millones de pesos (unos 650 dólares).

Lamentablemente, la mayoría lo hacía solo por la plata, razón por la cual lo cancelaron para crear uno



La Fundación WWB identifica oportunidades para cada emprendedora según sus intereses y talentos

distinto. En el resto de sus programas ofrecen refrigerios saludables, que las asistentes suelen guardar para sus hijos. Además de ello, dispusieron del programa “Voy de La Mano”, para conectar a estas emprendedoras con altos ejecutivos ya pensionados de grandes compañías, que les hacen las veces de asesores. A esto se suma una serie de incentivos, como entradas al cine.

Los programas, en su mayoría, son creados por el equipo que trabaja en la fundación. Pero uno, el de liderazgo, lo importaron de la Red WWB, lo adaptaron a las necesidades del país y, con esas modificaciones, lo van a exportar. “Ahora lo quieren implementar en Filipinas y en unos países africanos. Claro que ellos tendrán que adaptarlo porque nosotros le incluimos unos

ejercicios que podrían ser mal vistos en otras culturas”, cuenta.

Daniela sabe que un día su esposo, quien es el más entusiasta con el trabajo que ella hace en la fundación, y hasta se le salen las lágrimas cada vez que ella gradúa a un nuevo grupo de mujeres, le dirá “me toca a mí” y ella lo seguirá con gusto a donde él quiera realizar sus sueños. “No creo en el feminismo que dice que los hombres son malos y las mujeres somos mejores. En términos de igualdad entre hombres y mujeres, el debate ya no es si esto es bueno o no, ya es claro que sí, lo que pasa es que el empoderamiento no es un producto sino un proceso y a lo que hay que apuntar es a la humanización de la pareja”, concluye.

CAPÍTULO 3

Memoria

INTRODUCCIÓN

Nancy Prada

Investigadora social
Escuela de Estudios de Género
Universidad Nacional de Colombia

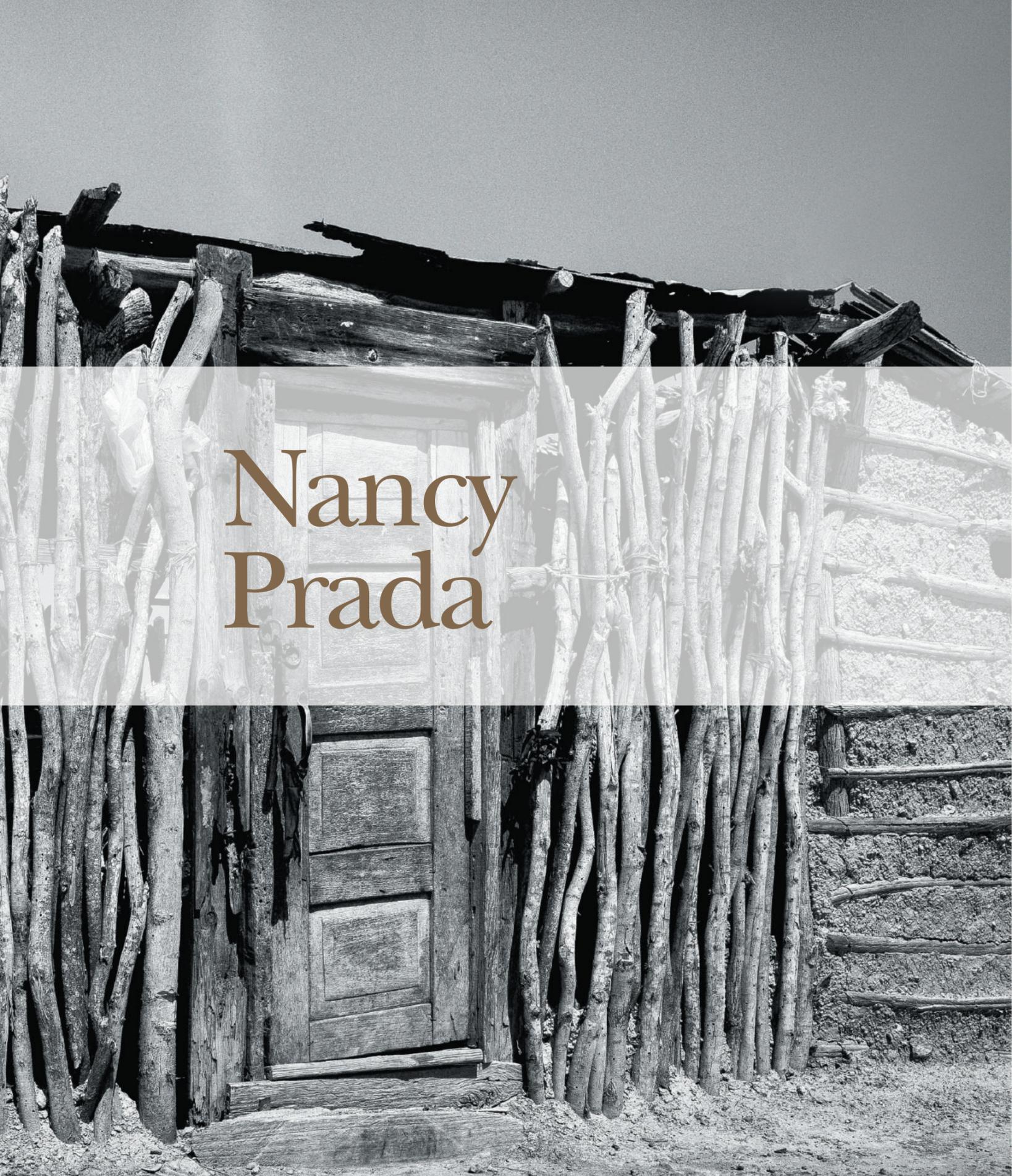
REPORTAJES

María Emma Wills

Asesora de la Dirección General
Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH)
Por: Marta Ruiz

Conchita Iguarán

Líder de una comunidad artesanal wayuu
Por: Alicia Mejía



Nancy Prada



Catedrática de la Universidad Nacional

Filósofa de profesión, la fuerza femenina de Nancy emerge en toda su producción académica y de investigación social, mediante la cual ha esbozado la realidad de miles de mujeres colombianas y ha dado pautas para los debates de feminismo y género en Colombia.

Como escritora y miembro de la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia, ha participado en diversos proyectos que abarcan las líneas investigativas de sexualidades, biopolítica, memoria e identidades de género.

La calidad de sus investigaciones la ha llevado a merecer varios reconocimientos, becas y el Premio León Zuleta, en dos oportunidades, por sus aportes intelectuales.

Su dedicación y compromiso con los sectores LGTBI, las mujeres víctimas de la violencia y la necesidad de rescatar la memoria histórica del país, ha convertido su trabajo en un referente de análisis para tiempos de reconciliación y construcción de paz.

Las mujeres como protagonistas de la historia

“La mujer continuó sacudiendo la toalla con violencia y se preguntó a quién podría contarle lo que había sucedido, pero no encontró a nadie que entendiera lo que ella no podía explicar”.

Clarice Lispector

Cada vez, con mayor fuerza, las mujeres logramos ocupar el lugar de sujetos protagonistas del devenir histórico, ese lugar que durante siglos se ha pretendido negar, llenándose de obstáculos y de violencia.

Uno de esos caminos en los que las mujeres se han destacado por sus inmensos aportes a la construcción de país es el campo de la memoria. Hacer memoria resulta fundamental para la construcción de paz en Colombia, porque el camino contrario, el del olvido, nos ha conducido demasiadas veces a la repetición; porque la memoria favorece el debate crítico, en lugar de la confrontación; porque abona el camino de la sanación del dolor que ha dejado la violencia; porque ayuda a entender la raíz de los problemas, más allá de su superficie.

En este campo de la memoria debemos mucho, como sociedad, a las mujeres víctimas, sobrevivientes y resistentes, así como a las mujeres que desde sus saberes

profesionales y calidades humanas trabajan con ellas para reconstruir la historia. Las páginas siguientes proponen una aproximación a esos aportes, a esos logros de las mujeres que, desde el campo de la memoria y guiadas por el sueño de un país distinto, se alzan como agentes del cambio social.

HACER MEMORIA

La memoria, en tanto facultad humana de codificar, almacenar y recordar información del pasado, opera de acuerdo a mecanismos que, *a priori*, pasan desapercibidos. Se tiende a pensar que se trata de una ecuación simple y lineal: ocurre un hecho y luego todas las personas implicadas en él guardan su recuerdo, como una foto idéntica.

En realidad, no es así como funciona. Para entendernos recurriré a un refrán popular que resulta oportuno para comprender los vericuetos de la memoria: “cada quien habla del baile según como le fue”, lo que habría que completar diciendo que “a cada quien le va en el baile, según quién es”. En efecto, un mismo evento puede ser recordado de distintas maneras por distintas personas. Esas diferencias de las memorias tienen que ver con las diferencias —y con las desigualdades— de quienes recuerdan, es decir, con los sujetos del recuerdo.

La memoria, entonces, está marcada por el lugar identitario, relacional y contextual de quien la ejerce. Así, la memoria tiene marcas de raza, de clase, etarias, de contexto y, por supuesto, de género. En muchos casos, mujeres y hombres recuerdan de manera distinta una situación compartida y es también singular el recuerdo de una persona, en la misma situación, que tiene experiencias de tránsito por el género (una persona travesti o transexual, por ejemplo). Antes de continuar es preciso hacer una aclaración fundamental: los distintos contenidos de la memoria, según el lugar



que ocupa quien recuerda en el orden social, no tienen ningún fundamento biológico. No se trata de que las personas indígenas tengan algún cromosoma particular, que las personas adineradas posean una glándula distinta o que las mujeres generemos una hormona exclusiva que configura nuestras memorias. La legitimidad de la frenología y las pseudociencias del mismo talante son cosas del siglo XIX, cuya validez ha quedado totalmente descartada con el transcurrir del tiempo.

Esta aclaración es importante porque constituye un punto común de equívoco que da lugar a apreciaciones como las siguientes: "las mujeres recuerdan asuntos sobre sus hijos porque tienen un instinto materno", "la memoria de las mujeres se concentra en el dolor provocado por el asesinato de sus familiares porque ellas son más sensibles" o "ellas trabajan los temas de la memoria porque tienen una predisposición innata al cuidado". Todas estas son afirmaciones falsas.

No quiero decir que la memoria de las mujeres no se ocupe, en muchos casos, de estos asuntos. Lo que quiero enfatizar es que la persistencia de estos contenidos de la memoria tiene explicaciones sociales y culturales, no biológicas. La acción de recordar está mediada por los aprendizajes —conscientes e inconscientes— previos, aprendizajes que moldean el contenido de la memoria para hacerlo inteligible y están determinados por los marcos interpretativos de los que dispone quien recuerda.

Estas estructuras nos permiten apropiarnos del pasado, interpretarlo desde el presente y prefigurar el horizonte que llamamos futuro. De esta manera, la memoria no es solo una colección de fotos estáticas del pasado, sino el campo en el que las personas construyen hilos explicativos de ese pasado que sirven para dar forma al presente y a los momentos que vendrán.

HACER MEMORIA HISTÓRICA

La escritura de la historia no ha sido, ciertamente, un campo democrático en el que tengan cabida todas las voces que componen el entramado social. La historiografía clásica ha privilegiado lo sucedido con algunas personas, que normalmente ostentan privilegios de clase, de raza, de género, y ha hundido en el silencio las vivencias singulares del resto, cuyas vidas y acciones, en efecto, no son consideradas como significativas a la hora de construir la historia.

Frente a este modelo surge, en los años sesenta del siglo pasado, una historiografía social que descentra el relato histórico de las gestas heroicas adelantadas por sujetos con privilegios sociales, para dar lugar a la vida diaria de quienes habitan un territorio y un tiempo determinados a su cotidianidad, a sus intereses, a sus formas de entender y construir el mundo. Esta nueva perspectiva reconoce que no existe un razonamiento

universal, sino que las formas de pensar, de sentir y de actuar de los colectivos humanos están determinadas por los contextos específicos que viven: su tiempo, su cultura, sus relaciones. En esa medida, la escritura de la historia comienza a diversificar sus voces y sus fuentes, a incluir otras perspectivas de los hechos, haciendo con ello contrapeso a la tendencia tan extendida de pensar que las élites son los únicos actores con capacidad de dejar huella.

Cuando hablamos de memoria histórica (no solamente de memoria) estamos mucho más cerca de este segundo paradigma, pues este ejercicio implica tomar distancia de la pretensión de construir la historia, en singular, para dar cabida a las memorias de los múltiples sujetos que participan de las circunstancias. Así, los esfuerzos por construir esta memoria parten de los relatos de sujetos individuales y colectivos, cuyas voces no han tenido suficiente resonancia en la historia canónica, para enriquecerlas con otras fuentes, valiéndose para ello de herramientas propias de las ciencias sociales.

HACER MEMORIA HISTÓRICA DE LA GUERRA

El devenir reciente de Colombia está marcado por una guerra que alcanzó a sumar cerca de seis décadas de duración, un conflicto heterogéneo en todas sus dimensiones que ha dejado más de 8 300 000 víctimas civiles registradas, entre las que se cuentan cerca de 267 000 personas asesinadas, alrededor de 60 000 desaparecidas y un poco más de 18 500 víctimas de violencia sexual.

En ese contexto, la forma de hacer memoria a la que nos referimos implica tomar partido por una forma de construir historia que no se limite a la narración de las gestas guerreras de los ejércitos implicados en el conflicto, a sus acciones y razones para desarrollarlas, sino que parta de la experiencia y los saberes de quienes han vivido las consecuencias de esa violencia, que ponga en el centro las memorias de las víctimas, cuyas voces, de otra manera, quedarían excluidas de la historia.



Bases de mochilas guajiras

Como he dicho, la memoria está marcada por el lugar que ocupa en el entramado social quien la ejerce. De manera que el relato de las víctimas nos cuenta una historia particular sobre el país, a la que sólo puede accederse a través de sus voces. Ahora bien, hacer memoria histórica no se reduce a la acción de enlistar los recuerdos de las víctimas. Se trata más bien de entender que las memorias son fuente, objeto y método de reconstrucción histórica.

Fuente, en tanto los contenidos de esas memorias pueden convertirse en los contenidos de la historia (la narración de una masacre tomando como punto de partida la experiencia de sus víctimas, por ejemplo); objeto, en tanto podemos estudiar la memoria en sí misma —¿qué recordamos? ¿cómo se seleccionan los contenidos del recuerdo? ¿por qué se recuerdan unos eventos y no otros?—; método, en tanto existen formas particulares de hacer aflorar el recuerdo que pasan, pero no se reducen, a la narración oral de los sucesos (construcción de líneas de tiempo, de mapas del cuerpo, de recorridos por el territorio, etc.). Siguiendo este camino, el de la construcción de la historia tomando las memorias como fuente, objeto



y método, es posible avanzar en una comprensión más profunda (opuesta a la mera descripción) de lo que ha sido la guerra en Colombia, de las lógicas y engranajes que le dieron lugar y que la han mantenido durante tanto tiempo.

HACER MEMORIA HISTÓRICA CON ENFOQUE DE GÉNERO

Para que la memoria histórica atienda a la pluralidad de las memorias, es necesario incluir en su construcción, entre otras miradas diferenciales, la perspectiva de género. Esto significa construir interpretaciones de lo que ha sucedido en el marco del conflicto armado en el país, indagando, desde las voces de las víctimas, por las condiciones políticas, económicas, sociales y culturales que permitieron y determinaron la ocurrencia de los hechos, haciendo énfasis en las construcciones específicas de masculinidad y feminidad que se producen y reproducen en la guerra, así como las desigualdades estructurales entre los géneros, a partir de las cuales se han producido repertorios de violencia específicos, daños diferenciados y particulares formas de resistencia.

Hacer memoria histórica con enfoque de género permite, por ejemplo, entender que existe un *continuum* de violencia para las mujeres (y para otras personas que ocupan lugares de no privilegio en la matriz sexo-género, como los sectores sociales LGBTI); es decir, que la guerra no se inventa la violencia contra

ellas, sino que la exagera. Haciendo memoria histórica con enfoque de género aprendemos también que la garantía de no repetición, pilar fundamental de la justicia transicional, no puede cumplirse si asumimos la guerra como un universo aislado del resto del funcionamiento de nuestra sociedad.

Necesitamos, en cambio, mantener la comprensión amplia que permite ver las continuidades y discontinuidades del conflicto armado respecto a los arreglos de género imperantes, pues el riesgo enorme es que, finalizada la guerra, sobreviva la continuidad de las violencias contra las mujeres, esa violencia de siempre que se vive en el hogar, en las escuelas, en el trabajo, en los barrios, en los caminos, en las calles; en cuyo caso, la promesa de no repetición para las mujeres víctimas se quedaría en eso: en una promesa vacía.

LA RESISTENCIA DE LAS MUJERES

Examinar la relación guerra-mujeres pasa, por supuesto, por comprender que su lugar en el género (el hecho de ser mujeres) ha determinado una serie de repertorios de violencia específicos sobre ellas y unos impactos también diferenciados. Desde su lugar, las mujeres han generado, además, unas formas muy potentes de resistencia individual y colectiva. Si bien en esta ocasión quiero hacer énfasis en la resistencia de las mujeres,



para comprender su envergadura es importante decir algo sobre la particularidad de la violencia que nos ha traído la guerra. Las investigaciones que exploran este asunto señalan que existen significativas diferencias entre la victimización de hombres y de mujeres en el marco del conflicto armado, producto de una representación degradante del cuerpo de ellas y de sus roles en las comunidades.

La violencia sexual (dentro y fuera del conflicto) es el ejemplo paradigmático de cómo las lógicas para administrar violencia están determinadas por criterios de género. El hecho de que la inmensa mayoría de perpetradores de violencia sexual sean hombres, mientras que la mayoría de víctimas sean mujeres, habla de la forma misógina y violenta en que se ha construido la masculinidad hegemónica.

Además de violencias diferenciadas por género existen también daños diferenciados bajo este criterio, es decir, la misma forma de violencia impacta de manera distinta a hombres y a mujeres. El desplazamiento forzado

ilustra con claridad esta experiencia de afectación diferencial. No significa lo mismo llegar a una ciudad sin nada cuando se es hombre o mujer.

Las mujeres, tradicionalmente ligadas a roles de cuidado en el espacio privado, no cuentan con los mismos capitales sociales que los hombres (quienes suelen tener roles más asociados a la participación en el espacio público) para desempeñar trabajos asalariados o hacer interlocución con la institucionalidad para reclamar sus derechos. En la mayoría de casos, las mujeres víctimas de desplazamiento adquieren estas habilidades a partir de esa experiencia.

Finalmente, las consecuencias de la violencia armada sobre la comunidad son, en muchos casos, distintas según el género de la víctima. Por ejemplo, en algunos contextos, especialmente en pueblos indígenas o comunidades negras, cuando una mujer es asesinada se ven particularmente afectados aspectos centrales de la vida familiar y comunitaria, dado el papel que ellas desempeñaban en ese contexto cultural: líderes comunitarias o espirituales, parteras, cantaoras, etc.

Ahora bien, las mujeres no han sido sujetos pasivos frente a la crudeza de la violencia que ha recaído sobre ellas. Las sobrevivientes han ofrecido con valentía sus testimonios para que el país conozca lo que ha ocurrido y ellas mismas, junto con otras mujeres que hacen parte de sus redes de apoyo —investigadoras y profesionales aliadas—, han emprendido caminos de construcción de memoria histórica para que sus experiencias resuenen en el oído de una nación que no ha estado dispuesta a escuchar sus voces y para que la realidad de estas mujeres impugne los relatos hegemónicos y unívocos de la historia nacional.

Aquellas que sobreviven y resisten a la guerra encarnan una fuerza que realmente impresiona cuando se conoce la sevicia con que los armados las han golpeado. Es frecuente escuchar a quienes conocen sus



Mujeres wayuu hablando de sus tejidos

historias —y reconocerse una misma muchas veces— preguntándose: “¿cómo es capaz de hacerlo?”. Pero ellas lo hacen, son capaces, logran atravesar el sufrimiento que otros, sin derecho, sin vergüenza y sin razón, les infligieron. Y no solo eso, que ya es sorprendente, sino que muchas logran convertirse en el soporte de otras y juntas emprenden la exigencia incansable de sus derechos a la reparación, a la justicia, a la no repetición y, por supuesto, a la verdad.

Pienso, por ejemplo, en María Zabala y las mujeres de Valle Encantado, en Córdoba, que han defendido sus tierras en medio de la confrontación armada, que caminaron juntas en procesión hasta donde estaban afincados los paramilitares para exigirles que les devolvieran a sus hijos reclutados y no regresaron hasta conseguirlo.

Pienso en las Madres de La Candelaria, en Medellín, que desde hace 18 años se plantan cada viernes frente a la Iglesia que les da su nombre, en el centro de la ciudad, para exigirle al país: “Vivos se los llevaron, vivos los queremos”, adelantando un trabajo diario, sin tregua, de búsqueda de sus familiares desaparecidos.

Pienso en los colectivos de mujeres jóvenes que florecen por todo el país, hijas de su tiempo y de la violencia que las marcó, a la que responden con inmensa creatividad juntándose, organizándose, creando propuestas artísticas, digitales, multimediales, que también son los lenguajes de su tiempo.

Pienso en las mujeres de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), en el Magdalena, que reclamaron la tierra, arrebatándosela a pulso al terrateniente, e iniciaron una defensa frontal de sus derechos que no se detiene.

Pienso en la Red Comunitaria Trans, desde la cual mujeres transgeneristas, que cargan a cuesta una historia atravesada por las violencias estructurales, desde las armas y sin ellas, se adentran en las zonas veredales para hablar con la guerrilla de las FARC sobre los círculos de exclusión que viven; porque entienden que la paz pasa por reconocer que otros pueden sentir, verse y desear distinto.

Pienso en las cerca de mil participantes de la Comisión de Verdad y Memoria de las Mujeres Colombianas, impulsada por la Ruta Pacífica de las Mujeres, que alzaron sus voces, rompieron el silencio y contaron su verdad para aportar a la construcción de la paz y la reconciliación en el país. Y los ejemplos para la esperanza de esta nación se multiplican.

Cuando las mujeres cuentan su historia aparecen cosas que otros relatos no recogen. Esas formas particulares de rememorar obedecen en buena medida al modo en que ellas han sido socializadas. Así, cuando las mujeres hacen memoria de sus experiencias en el marco del conflicto armado, lo hacen en consonancia con el lugar que ocupan en sus entramados culturales.

Muchas de ellas campesinas, que de acuerdo a los arreglos de género imperantes han trabajado incansablemente en las labores de la casa, la tierra, la crianza de las hijas y los hijos, y que por lo mismo tienen

un vínculo fuerte con esas esferas del mundo, tejen memorias cargadas con la suerte que corrieron sus descendientes, con el doloroso camino que han emprendido para reclamar los cuerpos de sus familiares asesinados o desaparecidos, con formas de violencia que sólo ellas conocen, como la esclavitud doméstica que en muchos casos incluye esclavitud sexual, o con las huellas y fracturas que la violencia dejó en sus familias y comunidades.

Las memorias de las mujeres nos hablan de estas cosas de maneras en que no lo hacen las memorias de los hombres, porque los roles que la cultura les ha asignado a unas y otros están diferenciados por género; y es desde ese lugar, propiciador de aprendizajes y relaciones distintas, que cada quien puede hablar.

Las memorias de las mujeres y la memoria histórica de la guerra colombiana de la que ellas se han hecho partícipes orientan el camino a seguir para que la palabra 'paz' tenga sentido en sus vidas. Sus memorias nos enseñan que su modelo de reparación y de justicia no puede ser restaurativo (devolver a las mujeres a la situación en la que se encontraban antes de la victimización, que ya era violenta), sino transformador.

Esto es, que intervenga en esas representaciones de la femineidad que dieron origen a la violencia sufrida, antes y durante la guerra. Lo anterior implica transformar los estereotipos que las reducen a los espacios privados, a lugares apolíticos y a la subordinación.

Escuchándolas, sabemos que las voces de las víctimas masculinas no recogen la experiencia femenina de la guerra, pues las historias de las mujeres dejan ver aristas de la problemática profunda que le subyace, que otras historias no señalan. Así, sus voces contribuyen a materializar el derecho a la verdad, no sólo de las víctimas, sino de la sociedad en su conjunto, impugnando constantemente las representaciones de la femineidad que circulan en narrativas históricas que no incorporan su mirada.



Niños wayuu
en el desierto
de La Guajira

Partiendo de su lugar en el mundo, íntimamente relacionado con los ámbitos de la crianza y los afectos, logran urdir la relación que estos espacios tienen con la política y lo público, aportando reflexiones que llenan de contenido aquello que hoy está en tantas bocas: la construcción de paz que, como han insistido incansablemente las mujeres, no se reduce al silenciamiento de los fusiles. Ellas, nosotras, sabemos que el porvenir —y la historia que le da sustento— se construye a pulso, que será un eco de las palabras de Gioconda Belli: “Es lo único de nosotros, Yarince, que permaneció: la resistencia”.

María Emma Wills

DESENREDA LOS HILOS DE LA MEMORIA

A través de esta semblanza de una de las académicas e investigadoras más reconocidas y queridas del país, la periodista Marta Ruiz pone en evidencia que el valor del conocimiento no solo está en lo sesudos que pueden ser los estudios e informes académicos, sino en la capacidad que se tenga para entretrejerlos con la vida de las personas y de las naciones, como lo encontró en María Emma Wills. Aquí, la voz y perspectiva de esta destacada mujer que con su trabajo ha contribuido a construir y esclarecer la verdad histórica.

Por: Marta Ruiz





Fotos: Cortesía CNIMH/Jesús Abad Colorado



Talleres de memoria y género en Cartagena y Magdalena 2010-2011

Cuando en el 2014 la Mesa de Conversaciones de La Habana invitó a una docena de intelectuales a escribir sobre el origen y la persistencia del conflicto armado en Colombia, solo había una mujer entre ellos: María Emma Wills. Una vez más, en ese documento, ella demostraba que no basta con ser inteligente y disciplinado para recabar en las grietas de un país desgarrado por la violencia. La sensibilidad fue en esa ocasión, y lo ha sido desde siempre, una especie de tercer ojo que asoma en su trabajo intelectual y lo hace tan especial.

A María Emma Wills los caminos de la ciencia política y el feminismo se le fueron bifurcando con los de la guerra y la memoria a lo largo de los últimos 30 años. Nada en su vida ha sido lineal ni obvio. Nació en un hogar que bien puede llamarse burgués o aristócrata, bogotánísimo, pero la experiencia de vida la llevó por el camino del pensamiento crítico.

En su niñez tuvo una fuerte influencia de su padre, un ingeniero librepensante, gran lector, que despertó su curiosidad cosmopolita. Su madre era también una mujer emancipada, de quien aprendió la independencia y la tenacidad. Sobre todo alimentó su sensibilidad social y la filantropía. Posiblemente la experiencia que más la marcó en su juventud fue cuando su padre la envió a estudiar a Londres la secundaria.

Eran los tiempos en los que el Estado de Bienestar prodigaba oportunidades a todos en la Gran Bretaña y, por eso, la deslumbró aquella sociedad liberal y democrática donde las barreras de clase no eran tan fuertes como las que ella había conocido en Colombia, ni existía la discriminación. Era así, aunque ahora, en tiempos del Brexit, cueste creerlo.

“Me parecía increíble que después de medio siglo de derecho al voto, la participación de las mujeres fuera tan pírrica y que los partidos fueran tan cavernarios en esa materia”.



Caja de herramientas para maestros, maestras y estudiantes



Foto: Cortesía CNMH/Laura Giraldo

Lanzamiento de la Caja de Herramientas, 2016

Se sintió extranjera, pero solo por un tiempo. Poco a poco encontró su nicho al lado de un grupo de jóvenes cristianos. Cuando ya se sentía cómoda en medio del frío, la niebla y la flema británica, tuvo sin embargo que tomar una decisión definitiva: echar raíces en Europa o volver a Colombia, un país cuyos hilos de violencia y desigualdad seguían entretejiéndose en nudos ciegos. Optó por lo segundo.

A su regreso, el país estaba en ebullición. Eran los tiempos del Estatuto de Seguridad del entonces presidente Julio César Turbay Ayala. Se hablaba de torturados, desaparecidos y una izquierda radical se levantaba contra la modorra que había dejado el Frente Nacional.

María Emma ingresó a la Universidad de los Andes a estudiar Ciencia Política, una facultad en la que los estudiantes se contaban con los dedos de las manos y donde, a pesar de ser un centro de élite, había coletazos de lo que se vivía afuera. En el campus había estallado una huelga de trabajadores y, sin demasiada vacilación, ella terminó en la tarima pública con los huelguistas. Empezaba la sed de los intelectuales por salir de las aulas a vivir el país real, a acompañar a los campesinos en sus luchas, a visitar comunidades marginales. María Emma salía de su cascarón.

A la vez, en su vida personal ponía a prueba su capacidad de transgredir los prejuicios que rodeaban a las mujeres. Se



“La guerra lo que hizo fue exagerar esa violencia cotidiana y ponerle rituales. Hacerla más terrible. Pero la violencia contra las mujeres ya estaba allí”.

Maria Emma Wills en su oficina del CNMH



enamorado de un arquitecto mucho mayor que ella y se fueron a vivir juntos a Inglaterra. Fue en este tiempo que ingresó a la Universidad de Essex, lugar en el que empezaría una etapa decisiva de su vida, cuando tomó un curso que combinaba marxismo, psicoanálisis y feminismo.

Escuchó a maestros como Ernesto Laclau y comenzó a dimensionar las clases subalternas de una manera más compleja: desde el deseo, lo simbólico y la cultura. Particularmente, el tema de género ya hacía parte de todo el canon académico, no como una especialidad, sino como una anchura transversal para analizar la sociedad. En Colombia ese tema estaba aún en pañales.

Estos años significaron una gran expansión intelectual que ocurría mientras su relación se derrumbaba. Pero el feminismo le había dado una manera de nombrar y dar sentido a sus emociones. Ese acercamiento al feminismo también le dio legitimidad a su tendencia innata de no aislar los sentimientos de la reflexión académica.

“Cuando regresé a Colombia en 1984 tenía otro mundo en la cabeza”, dice. Y como si fuera poco, arrancaba un proceso de paz lleno de esperanzas. “Ni un muerto más por la guerra”, dijo el presidente Belisario Bentancur al decretar una tregua, sin imaginar que Colombia iba a conocer su peores años de violencia en las dos décadas siguientes.

María Emma empezó a trabajar en el Centro de Investigaciones y Educación Popular, CINEP. Su tarea era sencilla pero fascinante: asistir a las sesiones del llamado Diálogo Nacional en el Congreso y llevar una bitácora de lo que allí se discutía. Era su primer contacto con la política. Era un tiempo raro. Se hablaba de paz, pero todos se armaban para seguir en guerra. Los conflictos sociales estaban al rojo vivo y el país hervía ansioso de reformas.

Una de ellas era la descentralización. Un tema apasionante que iba directo al corazón de los problemas históricos del país. El CINEP envió a María Emma a trabajar en tres regiones: los departamentos

ANIQUILAR LA DIFERENCIA

LESBIANAS, GAYS, BISEXUALES Y TRANSGENERISTAS EN EL MARCO DEL CONFLICTO ARMADO COLOMBIANO



INFORME DEL CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA



BOJAYÁ

LA GUERRA SIN LÍMITES



INFORME DEL CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

PUEBLOS ARRASADOS

MEMORIAS DEL DESPLAZAMIENTO FORZADO EN EL CASTILLO (META)

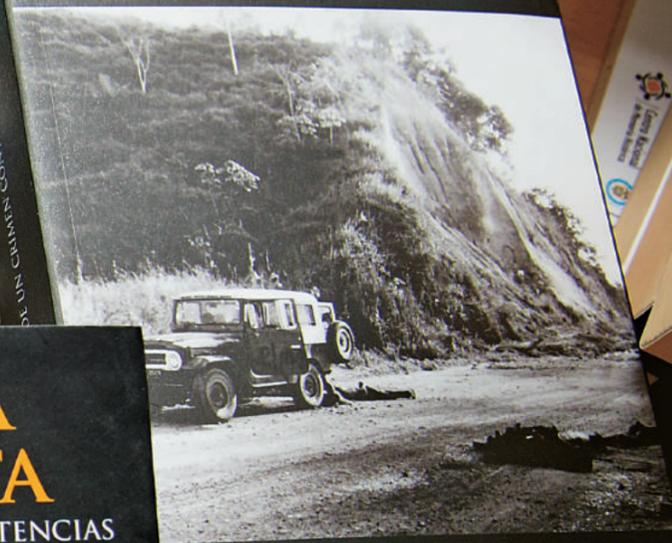


INFORME DEL CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA



LA ROCHELA

MEMORIAS DE UN CRIMEN CONTRA LA JUSTICIA

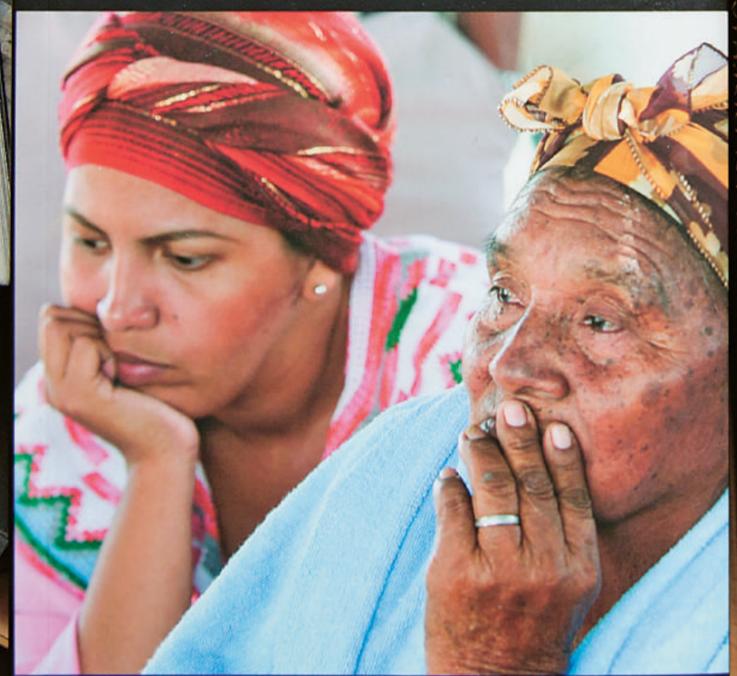


INFORME DEL CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA



LA MASACRE DE BAHÍA PORTETE

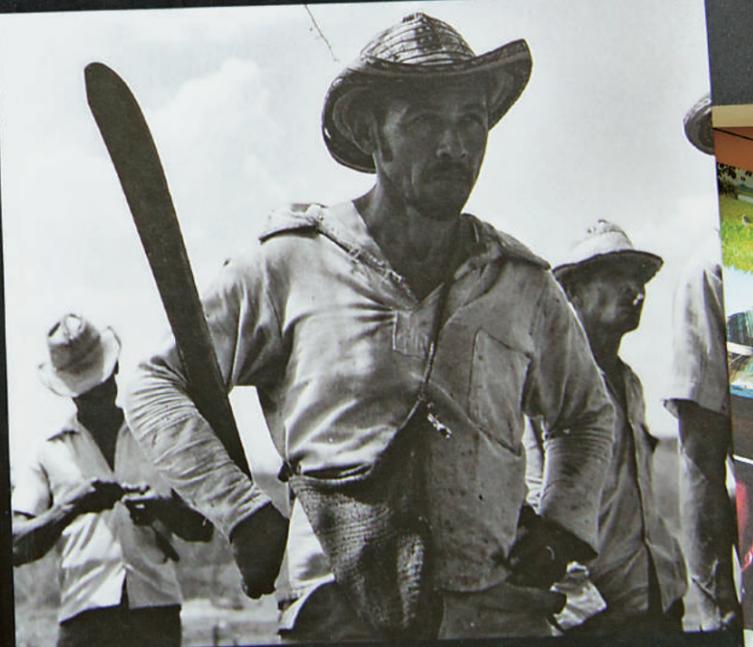
MUJERES WAYUU EN LA MIRA



INFORME DEL CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

LA TIERRA EN DISPUTA

MEMORIAS DEL DESPOJO Y RESISTENCIAS CAMPESINAS EN LA COSTA CARIBE 1960-2010



INFORME DEL CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA



Algunos de los informes producidos por el CNMH

**“Las mujeres siempre han estado allí,
en los procesos de cambio.
Lo importante es reconocerlo”.**

de Córdoba, Meta y el municipio de Barrancabermeja, en Santander. Este viaje a la Colombia profunda le permitió empezar a ver en terreno las limitaciones de la democracia, la frágil relación del centro con las regiones y el precario pluralismo. Se dio cuenta que estos factores se engarzaban con otro obstáculo, que ella identificaría años después como parte de “los nudos del conflicto colombiano”, en su relatoría para la Mesa de La Habana: el militarismo.

Fue en Barrancabermeja, cuando al final de los años 80 se dio cuenta que, tal y como iban las cosas, Colombia podía caer en un abismo profundo. Allí había un clima social ardiente; todos los grupos armados mostraban los dientes y se disputaban el liderazgo a dentelladas. Fue allí también cuando por primera vez entendió cuán invisibles y subyugadas estaban las mujeres.

Obreros que posaban de insignes líderes sindicales, cuyas esposas no podían ni salir a comer un helado sin el visto bueno de

ellos. Mujeres líderes que con frecuencia eran opacadas. Los movimientos sociales las ignoraban y reducían su representación, al igual que los partidos tradicionales. “Sin embargo ellas estaban allí jugando un papel político importantísimo, como el caso de la Organización Femenina Popular, que tenía unas líderes impresionantes”, remarca ella.

El trabajo de Wills en estas regiones tuvo un precio. Empezó a recibir llamadas amenazantes; vino la zozobra y la mirada de un porvenir sombrío. Y María Emma quería ser madre, justo en ese momento de la vida quería tener un hijo. Por eso, volvió a salir del país; esta vez, para estudiar una maestría en Montreal, con una beca que le permitiría combinar los estudios con la maternidad.

Recién casada con un fotógrafo, se dedicó a estudiar la experiencia populista de América Latina, como si presintiera que pronto vendría otra ola de caudillos



“Yo no sabía lo que era la guerra. Uno lee a los violentólogos y, sí, sabe sobre las causas y las explicaciones de la guerra. Pero de sus horrores...”.

en el continente. En medio del frío y la nieve de Canadá, sacó adelante su tesis mientras amamentaba a su hija Camila. Al regresar a Colombia se dedicó a la docencia. Luego vendría un divorcio difícil. Un año amargo. Sin embargo, “los hijos dan un impulso inesperado”, reconoce, y esto la ayudó a emprender la fuga hacia adelante.

Sus inquietudes intelectuales estaban fuertemente inclinadas a preguntarse por qué las mujeres estaban tan subrepresentadas en el sistema político colombiano. “Me parecía increíble que después de medio siglo de derecho al voto, la participación de las mujeres fuera tan pírrica y que los partidos fueran tan cavernarios en esa materia”, señala Wills.

Es entonces cuando viaja a la Universidad de Texas, en Austin, para estudiar un doctorado. Su trabajo de tesis es pionero, porque indaga sobre la participación política de las mujeres desde los años 70, al final del Frente Nacional, hasta

el año 2000. Si Essex le había enseñado que el feminismo era una perspectiva transversal, una mirada, más que un tema delegado a las mujeres, su trabajo *Inclusión sin Representación* le enseñaría a valorar el legado de las fundadoras del feminismo en Colombia, a través de decenas de entrevistas y conversaciones, que le permitieron concluir que ellas “son mujeres graciosas, libres, transgresoras”.

Esta mirada de los 70 le dio pistas para lo que sería su documento presentado a la Mesa de La Habana, entre las que se destaca la afirmación de que el Frente Nacional no había significado solo exclusión política. Durante el tiempo que duró ese pacto hubo cambios culturales muy significativos, desde el *boom* literario, hasta la irrupción de los movimientos identitarios; especialmente los de género. La tesis de fondo de su trabajo, publicado como libro, es que no basta con que haya muchas mujeres en el Gobierno, sino que hay que construir una verdadera

dimensión política del género, tal como lo había aprendido en Essex.

El nudo de la guerra apenas había asomado en su vida de manera superficial; pero ahora la esperaba una experiencia demoledora. En 2007, Gonzalo Sánchez la llamó para hacer parte del Grupo de Memoria Histórica que tendría la labor de construir el gran relato de la violencia en Colombia. Ella asumió la tarea y empezó a trabajar en un informe dedicado a las mujeres.

Lo que encontró en este proceso cambió su vida para siempre. “Yo no sabía lo que era la guerra. Uno lee a los violentólogos y, sí, sabe sobre las causas y las explicaciones de la guerra. Pero de sus horrores...”, dice. Tenía claro que no quería despolitizar a las mujeres. Quería verlas como víctimas, pero también como combatientes y resistentes.

La investigación se hizo en La Guajira, con las mujeres wayuu; en Córdoba; en los Montes de María, entre Sucre y Bolívar; y en la zona bananera del Magdalena. Esta última fue la zona que más impacto emocional tuvo en María Emma. “En uno de los talleres que se hicieron para escuchar a las mujeres, una madeja de hilo corría de mano en mano para que cada una se presentara. Cuando la madeja le llegó a una viejita arrugadita... no pudo hablar. Solo lloraba. Le habían desaparecido a tres hijos y nunca había hablado de eso con nadie. Jamás había sido escuchada. ¡Qué desamparo!”, expresaba acongojada. Una tras otra, las historias eran desgarradoras. Una joven narró entre lágrimas cómo fue arrastrada y violada por un trabajador de una finca bananera. También era

“Las feministas son mujeres graciosas, libres, transgresoras”.

“Yo venía de estudiar los movimientos sociales que son la fiesta de la política, son el lugar luminoso donde la gente expresa sus sueños. **Pero la guerra es como una especie de mancha de petróleo negra, oscura, viscosa... que te quita el aire**”.

la primera vez que hablaba de ello. Las mujeres habían mordido el polvo en silencio, invisibles, no solo frente a la violencia política, sino frente a la violencia cotidiana. “La guerra lo que hizo fue exagerar esa violencia cotidiana y ponerle rituales. Hacerla más terrible. Pero la violencia contra las mujeres ya estaba allí”, apunta Wills.

En cada región se vivió lo mismo. El panorama era desolador, pero también lleno de enseñanzas. Las mujeres querían hablar, ser escuchadas. Escuchar también es demolidor cuando se genera empatía con el dolor ajeno. Y para una mujer como María Emma, que asume posturas humanas, más allá de las intelectuales, la investigación fue una experiencia dura, muy dura.

“Yo venía de estudiar los movimientos sociales que son la fiesta

de la política, son el lugar luminoso donde la gente expresa sus sueños. Pero la guerra es como una especie de mancha de petróleo negra, oscura, viscosa... que te quita el aire”.

En 2013, cuando se publicaron los informes, María Emma pesaba apenas 45 kilos. Habían hecho un trabajo cuidadoso en lo simbólico, de largo plazo, donde lo más importante era el respeto a las personas que estaban hablando sobre experiencias extremadamente dolorosas.

El trabajo del Grupo de Memoria Histórica, que lideró María Emma Wills, sacó de las sombras el sufrimiento de las mujeres y también sus luchas. La enorme dignidad de las víctimas y su potencialidad para cambiar sus realidades contribuyó de manera enorme a que la violencia contra las mujeres en la guerra tuviera una narrativa que



“En uno de los talleres que se hicieron para escuchar a las mujeres, una madeja de hilo corría de mano en mano para que cada una se presentara. **Cuando la madeja le llegó a una viejita arrugadita... no pudo hablar. Solo lloraba. Le habían desaparecido a tres hijos y nunca había hablado de eso con nadie. Jamás había sido escuchada. ¡Qué desamparo!**”.

dejara claro que las violencias son múltiples y que están arraigadas en el imaginario de una sociedad patriarcal y machista. Una violencia que ocurre aún sin guerra. María Emma cree firmemente que el hilo de la memoria será determinante para que se consolide la paz en Colombia. Pero que esa paz

tendrá que construirse desde los territorios, desde la política y con las mujeres, pues “ellas siempre han estado allí, en los procesos de cambio. Lo importante es reconocerlo”. El feminismo, en últimas, tiene mucho que aportar a la democracia y a la pacificación de un país, cuyo conflicto ha sido patriarcal hasta la médula.



Conchita Iguarán

LA APUESTA POR LAS MUJERES WAYUU

Las artesanías han empoderado a muchas mujeres en condición de vulnerabilidad que han encontrado en este oficio una forma de ganarse la vida. A la par, ellas han rescatado una tradición ancestral que hoy es expuesta con orgullo en las mejores tiendas nacionales e internacionales, convirtiendo esta práctica en un renglón de la economía del país; aunque todavía falta mucho por recorrer. Con gran sensibilidad, la destacada creativa y ejecutiva Alicia Mejía, a través de un relato sobre la emblemática indígena guajira, exalta el valor de miles de mujeres artesanas de las regiones más recónditas de Colombia.

Por: Alicia Mejía





Lorenza Epieyú,
estudiante
de Conchita
Iguarán,
Rancharía de
Kayushiwarralu,
Los Cocos

MUJERES QUE RECONCILIAN



Alicia Mejía
(izquierda)
y Conchita
Iguarán
(derecha)

La primera vez que oí hablar de la Gran Nación Wayuu fue en el 2003, cuando la entonces primera dama de la nación, Lina Moreno, y la gerente de Artesanías de Colombia, Cecilia Duque, me contactaron para contarme sobre una idea que tenían y que sentían que podríamos hacer realidad juntas a través de Colombiamoda.

Su sueño era de gran trascendencia, pues querían unir el talento y la creatividad de los diseñadores con los saberes y los oficios de los artesanos de diferentes etnias del país. Querían que con este proyecto pusiéramos en evidencia la maestría del trabajo de los artesanos. Querían

que con este proyecto el país empezara a rescatar la memoria.

Así nació Identidad Colombia. De la mano, seis diseñadores y seis artesanos se presentaron en Colombiamoda ese año. El éxito fue rotundo. Los asistentes se sintieron identificados con sus raíces y se emocionaron. Ahí estaba sentado Mario Boselli, presidente de la Cámara Nacional de la Moda Italiana. Fue tal el entusiasmo, que el señor Boselli nos invitó a participar en la feria de moda de Milán, Milano Moda Donna.

El primero de marzo del año 2004 presentamos la pasarela. Con nosotros estaban los seis artesanos que habían trabajado

MUJERES QUE RECONCILIAN



Katy Epieyú aprende tejido de chinchorro, de doble cara, en un telar vertical



Carmen Dayana (derecha) es hija de Conchita y una de sus aliadas en la preservación de la cultura wayuu

con los diseñadores. Aplausos, llantos y abrazos. Y entre estos abrazos, uno muy estrecho: el de Conchita Iguarán, artesana wayuu.

Por los relatos que me hacía Conchita empecé a conocer la historia de este pueblo que habita en la árida e inhóspita península de La Guajira, bañada por el mar Caribe del norte colombiano. Entendí por ella que La Guajira es un territorio con una gran paradoja. De gran belleza y exuberancia

y, a la vez, lleno de todas las carencias que permiten a un ser humano tener una vida digna: escaso de agua, de luz, de alimento, de educación... ¡de atención!

La sociedad wayuu se estructura de forma matrilineal y clánica. Cuenta con alrededor de 30 clanes y cada uno tiene su territorio, en el que construyen sus rancharías —casas rectangulares de dos habitaciones, hechas con barro y techo de yotoporo, madera que

“Las mujeres wayuu que estamos más cerca de lo urbano **tenemos que enseñarles a las que viven más lejos a valorarse en su identidad, a reconocerse, a ser dignas**”.



Mercedes, artesana de la ranchería de Paliyen, hace parte del grupo de tejedoras del taller de Conchita Iguarán en Uribí, La Guajira.

les sirve también para hacer puertas y ventanas—. Los miembros de la familia duermen en chinchorros y, usualmente, te sorprende ver tantas niñas y niños en cada ranchería. En todas hay un cementerio, donde necesariamente descansan todas las almas del clan.

Es extraño, bello y agobiante mirarlos cuando visitas varios territorios. Tumbas en medio de un desierto donde no ves una flor, un árbol, un pájaro; nada que tenga vida en el lugar a donde llegan los que ya están sin vida. El palabrero, *pütchipü'ü*, es el mediador en los conflictos entre clanes; él es la figura que siempre debe lograr un acuerdo equitativo entre las partes. El idioma de este pueblo es el wayuunaiki. En las rancherías, los

mayores lo hablan todo el tiempo, pero luego empiezas a ver niños que se acercan a tu carro y te hablan en perfecto español.

Los wayuu viven del pastoreo de ovejas, de la pesca, de la extracción de sal y del cultivo de maíz, frijol, yuca, ahuyama, patilla y melón, que siembran en una huerta que llaman *yuyaa*. Cuando visitas sus rancherías se hace obvio que solo pueden cultivar en época de lluvias, que son realmente escasas.

El vestuario típico del hombre wayuu son sus guaireñas, que son parecidas a las alpargatas; el guayuco, que lo elaboran a mano y representa las castas; y la keratzat, una corona utilizada en ocasiones especiales y reservada para los caciques, únicos que

La sensación que vives al llegar a una ranchería es que cuando sale una mujer wayuu ves una figura de manta guajira empoderada de su papel.



Su casa parece una escuela: llegan permanentemente niñas wayuu, a quienes sus padres dejan ir a vivir con ella para que les transfiera los conocimientos de sus ancestros. Como le preocupa que se pierda la memoria, pone mucho empeño en enseñar.

Artesanas wayuu de la zona rural. Son ellas las que menos oportunidades tienen, por eso Conchita concentra su trabajo en esta población de la ranchería Paliyen.

la pueden llevar. La mujer wayuu es muy orgullosa de su identidad, la cual expresa a través de su vestimenta: la manta. Así, pueden llevar la manta sencilla, la del diario y la elegante.

La mujer wayuu tiene un papel vital dentro de su clan. Es el centro de todo. Su pueblo sabe que es ella quien da la descendencia: los hijos llevan siempre el apellido materno. La mujer guajira siente que tiene conexión con los espíritus y es a través de la interpretación de los sueños que ellas pueden ver el futuro. Aprenden de sus abuelas todo lo relacionado con el tejido, la gastronomía y la educación de sus hijos.

La sensación que vives al llegar a una ranchería es que cuando sales a una mujer wayuu ves una figura de manta guajira empoderada de su papel. Sus maridos lo saben y han ido entendiendo que ellas no solo cuidan a la familia, sino que se están convirtiendo en proveedoras de su hogar. La maestría de sus manos al tejer sus mochilas



Niños de Kayushiwarralu, sector Los Cocos, con Conchita. Ellos son la esperanza de su pueblo.

o chinchorros está teniendo un valor comercial importante.

La mujer wayuu es la que está liderando los procesos de cambio y de emprendimiento. Cuando hay reuniones en las que se abordan los temas de los resguardos, son ellas quienes acuden y participan.

Todo esto que relato aquí lo aprendí de Conchita y tuve la oportunidad de vivirlo cuando fui contactada por Reconciliación Colombia para ir a La Guajira a vivir con ella, durante seis días y sus cinco noches, la experiencia de estar con una familia wayuu.

Conchita Iguarán Epieyú nació en 1958 en Kayushiwarralu, que significa 'boca de caimán', en un hogar de diez hijos formado por un padre mestizo, Julio Iguarán, y una madre wayuu, Tulia Epieyú. De ese hogar, Conchita es la primera mujer y la cuarta entre sus hermanos. Ella me dice que tiene de su padre y de su madre el ejemplo del trabajo duro y disciplinado. Sin importar que tenía personas a cargo y trabajaba como pescador, su padre siempre contaba con qué darles de comer. Su madre le enseñó todos los secretos

“Me rijo por el poder de la palabra. Esta es sagrada para un wayuu”.

y las técnicas de la tejeduría; así, con esta educación, Conchita y todos sus hermanos heredaron el afán por estar presentes en el circuito económico de los wayuu.

Conchita vive en Uribia. Ella tiene cuatro hijos: Carmen Dayana, Jasay, María Angélica y Nelson David. Las dos primeras ya graduadas, la una como chef y la otra como diseñadora; Angie y Nelson David están en la universidad. Su casa parece una escuela: llegan permanentemente niñas wayuu, a quienes sus padres dejan ir a vivir con ella para que les transfiera los conocimientos de sus ancestros. Como le preocupa que se pierda la memoria, pone mucho empeño en enseñar.

En nuestro recorrido en carro, vi cómo se sentaba en las



Familias wayuu se reúnen y dialogan sobre temas esenciales para su cultura



Hermana e hija de Conchita Iguarán en Kayushiwarralu



Cada producto elaborado en el taller es etiquetado

“Cuando uno ama a su familia y a su tierra, todo lo bueno que uno tiene lo vuelve un activo para el país”.

rancherías a conversar con las niñas y les hablaba de la importancia de aprender a tejer, como un medio de mantener intacta la tradición, pero también como un medio de supervivencia económica. Ella sabe que puede indicar un camino, ayudar a trasegar ese camino, incluso acompañarlas en su andar un ratico, pero es muy clara cuando me dice que debe soltarlas para que caminen solas.

Conchita Iguarán acaba de ser revestida del rango de autoridad tradicional de su territorio. Esto le da la responsabilidad de ayudarlos a salir

adelante, de tomar decisiones frente a las propuestas que se hagan en asamblea. Ella siente esto no como un peso, sino como un regalo de vida que la reviste de un compromiso con sus padres de mirar todas las probabilidades para que los miembros de su comunidad tengan una calidad de vida mejor, así como cuando don Julio y doña Tulia la sacaron de la rancharía a los 11 años de edad para que se fuera a estudiar, oportunidad que según ella, la marcó para ser la persona que hoy es. Con esa claridad, esta líder guajira trabaja en tres frentes:



la transmisión de las técnicas de la tejeduría a las jóvenes wayuu; la preservación de la práctica de la pesca como tradición y medio de sustento económico, que trabaja junto con su hermano Fabio; y el acceso a la educación. En el viaje que iniciamos por invitación de Reconciliación Colombia, nos montamos en una camioneta y salimos a recorrer la

Alta Guajira. Durante cinco días y más de 700 kilómetros hice lo que Conchita quería: que viviera de cerca cómo son sus rancharías; que conversara con las wayuu, las viera tejer, hablara con sus maridos y escuchara cómo ellos mismos estaban conscientes de lo valioso del aporte de la mujer en la economía del hogar. Uno de ellos me

La educación integral de los niños es la mayor apuesta para el futuro de las familias wayuu



Residencia de tejedora del taller y su familia. Ranchería en Walirrajao, Bahía Honda-Uribia

“Tuve una infancia con oportunidad de estudiar. Eso me marcó para ser la persona que hoy soy”.

contó, con mucho orgullo, que él mismo sacaba a su mujer en la bicicleta para que pudiera vender sus mochilas y chinchorros.

Cierro los ojos y recuerdo lo inhóspito, duro, bello y emocionante de este viaje. Inhóspito, porque puedes estar cuatro horas viajando, dormir ese trayecto, despertar y ver el mismo árido, solitario y caluroso paisaje. Duro, porque las condiciones en las que viven estas comunidades en las rancherías te confrontan muchísimo: no tienen luz, para conseguir agua tienen que recorrer trayectos muy largos, se percibe el hambre, el abandono y, recientemente,

cuando se acaba el alimento que les ha dado la cosecha, están recurriendo a la práctica de poner a sus hijos a pedir limosna en la carretera.

Paradójicamente, este es un territorio muy bello que genera emoción cuando llegas a las dunas del desierto del Taroa, cuando ves el atardecer desde Punta Gallinas, o cuando en el Cabo de La Vela te llevan a conocer el lugar de descanso de todos los muertos, llamado Jepirra —otra dimensión desde donde, en nuestros sueños, podemos guiar a nuestros seres queridos—. En estos lugares el Estado colombiano tiene una inmensa posibilidad



Rosario Epieyú, tejedora en telar, recicla material para sus productos

de desarrollar el turismo y también una inmensa responsabilidad de ayudar a la Gran Nación Wayuu, proporcionando a sus niños educación, alimentación y preservación de su identidad.

Ellos no quieren perder su tradición, sus costumbres, sus recuerdos. Temen que la llegada de los alijunas, es decir los extranjeros, les debiliten sus arraigos; pero también saben que deben aprender lo mejor de nosotros, que deben ser capaces de equilibrar su pasado, su historia, con lo que la modernidad les brinda.

Conchita Iguarán entendió esto desde hace muchos años, por eso insiste en que “con los cambios que hemos vivido con

la llegada de los alijunas necesitamos conservar nuestra identidad: el respeto por los mayores, por la memoria, por la tradición, por los oficios de la cultura wayuu”.

Con este principio, empezó a trabajar en el SENA en 1976 como instructora de especies menores —en ese tiempo, creían que la explotación caprina le daría una economía sana a la región—, y fiel a esa idea, empieza a recorrer las rancherías para enseñar lo relacionado con la cría de ovejas. Pero algo sucedió en su mente. Ella me contó que mientras hacía esos recorridos, lo que vio una y otra vez, lo que vio que se repetía en todas y cada una de las rancherías, fue a las mujeres tejiendo.



Construcciones improvisadas por artesanos tejedores para ofrecer sus productos.
Cabo de la Vela, Uribia

Con esto en la cabeza, le presentó un proyecto al SENA para que diseñara talleres que perfeccionaran las técnicas de tejido en chinchorros y mochilas. La entidad le apostó a este sueño y, de ahí en adelante, Conchita Iguarán entendió que ese era su destino. Su gran apuesta iba a ser por todas las mujeres wayuu. Empoderarlas con su conocimiento ancestral del tejido para que se dieran cuenta de que, con el hacer de sus manos, podían llevar el sustento a sus familias y vivir mejor. Iba a trabajar

con todas las mujeres de su comunidad para que vieran la importancia de enviar a sus hijos a la escuela.

Hoy, Conchita tiene más sueños. Uno de ellos y en el que va a necesitar de la cooperación del Gobierno o de la empresa privada, es el de crear una comercializadora que le suministre a todas las tejedoras wayuu la materia prima, que las capacite, que les reciba todos los productos que llegan de las rancherías, les ponga un precio y se encargue de la venta. Lo viví muy

“La mujer wayuu ha entendido su nuevo rol. Ya no solo cocina, lava y atiende su hogar. Esto ha dado un giro, porque con su trabajo artesanal, son ellas las que están liderando procesos de cambio”.

de cerca esos días; cada mujer wayuu le pone un precio a su trabajo, precio que muchas veces es negociado para que los alijunas obtengan un menor costo. Al ver esto, con indignación, le pregunté a Conchita por qué negociaban su trabajo dedicado y honesto, a lo que me respondió: “porque tienen que llevar comida a su rancho”.

Otro de sus sueños es mejorar la calidad de vida en su ranchería, sueño que está haciendo realidad, trabajando literalmente con las uñas. La de ella se llama Kayushiwarralu, donde viven 122 personas entre niños y adultos, pertenecientes al mismo clan familiar de su madre.

Dormí en Los Cocos dos noches y pude ver el trabajo que

hacen Conchita y su hermana Edelmira con las niñas y niños de su clan. En una enramada, espacio rectangular con techo de paja, 28 niños llegan todas las mañanas sobre las 7:30 y se acomodan en las pequeñas sillas apostadas para ellos. Están allí hasta las 2:30 p.m., cuando regresan a sus ranchos.

En este tiempo, a los niños se les da desayuno y almuerzo, muchas veces —como me dijo Edelmira— de milagro; el que, además, sienten que sucede todos los días, pues logran comprar la comida para toda esta muchachada. Una hija de Edelmira es la profesora.

Una mañana Conchita reunió a sus estudiantes. Llegaron todos con la muda nueva que les regalaron en Navidad.



Conchita Iguarán en reunión con habitantes de la ranchería de Kayushiwarralu, de donde es autoridad tradicional

Cira Pushaina,
artesana
tejedora
de la ranchería
Kasiwoluinw



Los acompañaban sus mamás, cada una de ellas más hermosa que la otra, vestidas de mantas guajiras y con su pelo recogido. Me senté a un lado a oír a Conchita hablarles en su lengua. Alguien me iba traduciendo.

Escuché la forma en que les expresaba lo valiosos que son los wayuu y presencié cómo logra transmitirles el valor profundo de su esencia, cómo les habla del respeto de la palabra dada, que es sagrada para un wayuu; de la importancia de escuchar con atención a sus abuelas y a sus madres cuando éstas les cuentan quiénes son, de dónde vienen, en qué creen.

Los niños y las mamás tenían los ojos, las mentes y el corazón puestos en Conchita. Me dijo mucho la gran inocencia de estos pequeños. Uno de ellos me preguntó que si en la ciudad donde yo vivía había muchas vacas y ovejas en las calles.

Al otro día, tuvo lugar una jornada de salud que promovió ella



Mochilas elaboradas por las tejedoras del taller de Conchita Iguarán

misma. La hacen cada vez que pueden y los doctores que llegan son inmensamente buenos y dedicados: "examinan a cada niño", me dice. Ese día la comunidad celebró que no hubiese ningún menor con síntomas de desnutrición.

El trabajo que está haciendo Conchita en su territorio debería ser replicado, pues hay una diferencia abismal entre los niños de su escuela y los niños que te encuentras al borde de la carretera, pidiendo limosna. Esto es muestra de su fuerte creencia en que "las mujeres wayuu que estamos más cerca de lo urbano tenemos que enseñarles a las que viven más lejos a valorarse en su identidad, a reconocerse, a ser dignas", lo cual hace en cada conversación que sostiene.

Hoy me siento privilegiada de tener una amiga wayuu y de que ella se sienta la abuela de

Paloma, mi nieta mayor. Conchita Iguarán lleva en su corazón y en su destino la necesidad de servir a su comunidad, la necesidad de salir en defensa de su pueblo, la necesidad de contarnos la historia de los wayuu a través de las más de 400 niñas a quienes les ha enseñado las técnicas del tejido.

Conchita Iguarán y su 'gran nación' son parte de mi alma y sé que también de la de muchos colombianos que reivindican el valor de la identidad ancestral. Tantos años de conocerla me dan la certeza de que logrará lo que sueña y lo transmitirá a quienes vienen detrás de ella.

Nosotros, los alijunas, estamos llamados a respetar las tradiciones, la memoria de su territorio y a profundizar ese diálogo en el que cada cultura toma un poco de la otra para construir un mejor país, como lo dice esta valerosa mujer wayuu.

CAPÍTULO 4

Cultura

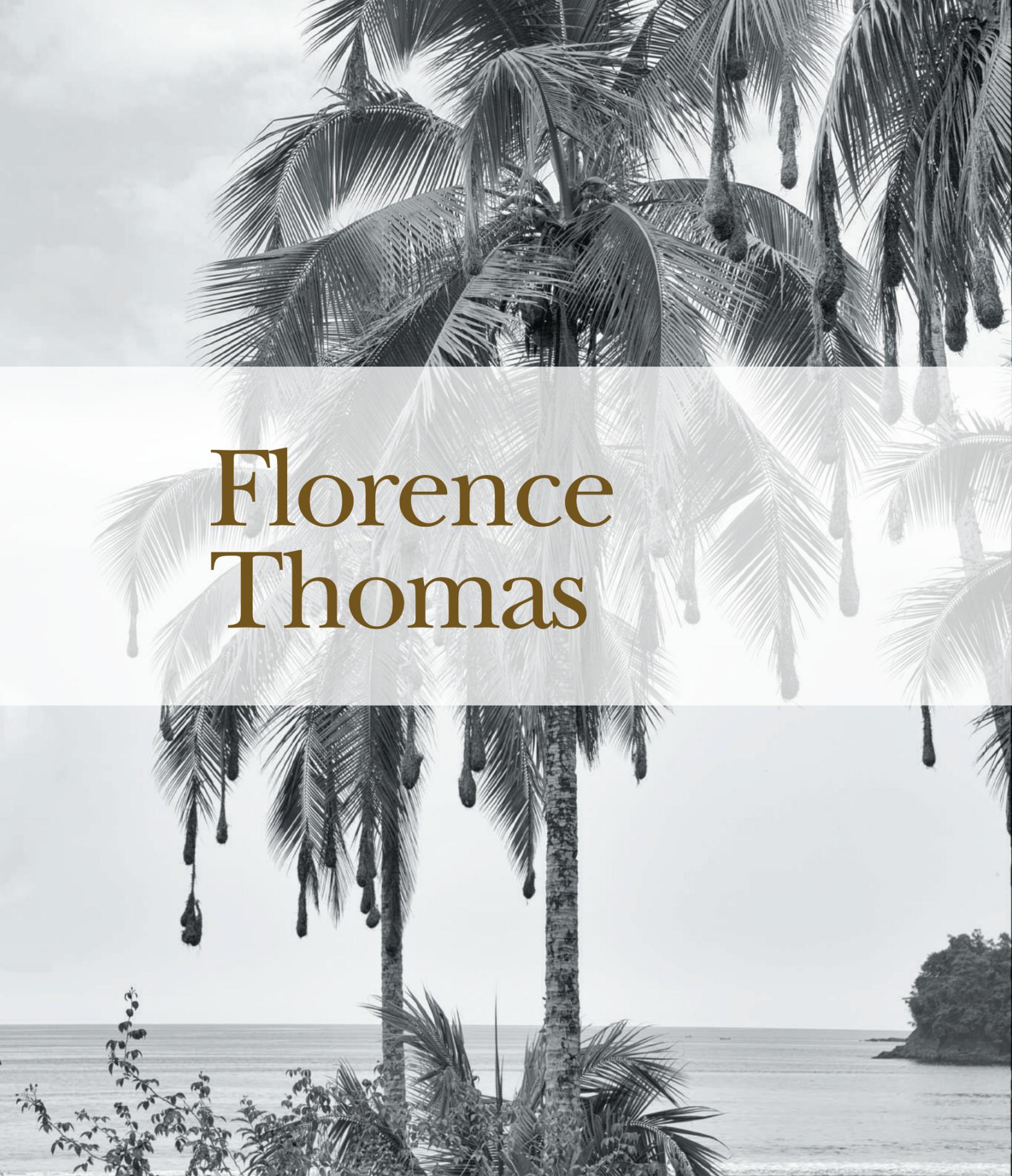
INTRODUCCIÓN
Florence Thomas
Columnista del periódico El Espectador

REPORTAJES
Josefina Klinger
Operadora turística
del Parque Nacional Natural de Utría
Por: María Elvira Arango

Alejandra Borrero
Actriz y fundadora de Casa Ensamble
Por: Melba Escobar

Mariana Pajón
Deportista y fundadora
de la Fundación Mariana Pajón
Por: Julia Alegre





Florence Thomas



Coordinadora del grupo Mujer y Sociedad

Con una lupa analítica frente a la sociedad, esta sicóloga francesa, nacionalizada colombiana, le ha dado un rostro diferente al feminismo académico.

Desde que llegó al país, el impacto de sus declaraciones contra el machismo y las formas de opresión a la mujer han dado de qué hablar. Cientos de mujeres que asistían a círculos de estudios feministas en las universidades colombianas se formaron con sus artículos sobre la mujer, los hijos, la participación, la sociedad patriarcal.

La sutileza no es parte de su discurso. Esta mujer empoderada habla sin pelos en la lengua, sin desviarse de la realidad, sin importar las críticas que le lluevan por su 'radicalismo'.

Pero es que esta mujer, profesora titular de la Universidad Nacional desde 1967 y que ahora es coordinadora del Grupo Mujer y Sociedad, es de esas que practica lo que predica. No odia a los hombres, dice, pues vive rodeada de ellos; no le declara la guerra a nadie, pues pretende sanar heridas; no es pro-aborto, pero contó esta experiencia de su vida y trabaja por la autonomía de las mujeres.

Florence es y será siempre esa feminista innata que busca restaurar a las mujeres su dignidad humana, su rol en la sociedad, su capacidad de soñar, de ser y construir, de decidir por sí mismas, de ser valoradas, de participar, de contar.

1950-2016: Una revolución aún en marcha para las mujeres

Esta mujer, referente obligado en Colombia cuando hablamos de feminismo, relata los logros conseguidos en derechos y ejercicio de la ciudadanía de la mujer en las últimas seis décadas, en una revolución que ella misma califica de inacabada.

Durante el siglo XX la sociedad colombiana experimentó grandes cambios en el campo de la demografía, la educación y la inserción del país en las dinámicas de la economía mundial, factores todos que van a tener un inmenso impacto en la vida de las mujeres, es decir, en su subjetividad, su identidad y su manera de habitar el mundo.

En efecto, y muy particularmente a partir de los años 30, las mujeres comienzan a construirse como sujetos históricos y políticos, gracias a sus luchas por los derechos de ciudadanía, por la subsistencia, por la democracia y contra la discriminación de género. Este siglo fue entonces el de la revolución de las mujeres, una revolución sui generis por su carácter silencioso, pacífico y de alguna manera inacabado, porque hoy podemos decir que es una revolución que aún sigue caminando.

En este corto texto nos proponemos mostrar en qué consistió esta revolución, centrándonos principalmente en un enfoque de derechos humanos e iniciando nuestro recorrido alrededor de los años 50 del siglo XX, sin dejar de mencionar algunos eventos anteriores que tienen impacto sobre la segunda mitad de este tiempo.

En los años de 1930 a 1950 las mujeres no podían representarse a sí mismas legalmente y estaban lejos de una igualdad jurídica con los hombres. Todas las mujeres casadas estaban bajo el yugo de la potestad marital, consignado en el Código Civil colombiano de 1887, el cual se definía como "el conjunto de derechos y obligaciones que las leyes conceden al marido sobre la persona y bienes de la mujer".

Estamos entonces ante mujeres con muy poca posibilidad de existir en el sentido moderno del concepto, pues sus palabras circulaban solamente en el patio de atrás, en la cocina con sus hermanas, su madre y las comadres, para comentar algunos eventos de la vida doméstica. Además, ninguna mujer todavía tenía acceso a la educación superior.

Sin embargo en estos albores del siglo XX, como en todos los siglos y nos parece importante resaltarlo, encontramos algunas mujeres excepcionales que rompieron todos los dictados de una cultura firmemente patriarcal y de una religión que seguía considerando a las féminas cultas como el mayor peligro, es decir como seres que había que reprimir frente a las posibles manifestaciones de la inteligencia y de un deseo propio.

Me refiero entonces a Soledad Acosta de Samper (1833-1913), a Ofelia Uribe (1900-1988), a "la Flor del Trabajo" María Cano (1887-1967) y a Betsabé Espinosa, una mujer obrera, poco nombrada en la historia a pesar de haber liderado en 1920 una huelga de 22 días en la Compañía de Tejidos Medellín, en Bello (Antioquia), que lograría un acuerdo relativo a mejores condiciones salariales y de trabajo para las obreras textiles.



Cocina
de Nuquí,
Chocó

A partir de los años 30, y gracias a un puñado de mujeres ilustradas, rebeldes, tercas, pero sobre todo soñadoras y ansiosas de volverse ciudadanas¹, las colombianas adquieren el derecho de administrar sus bienes y en 1933 de ingresar al bachillerato y a la educación superior. En el 36, a través de la Ley 45, se establece el derecho de la mujer a desempeñar cargos públicos pero sin derecho al voto, el cual obtendrían, finalmente, en 1954 mediante el Acto Legislativo No. 3, luego de 25 años de lucha² y gracias a una mujer excepcional llamada Esmeralda Arboleda.

Sin embargo, y a pesar de la conquista del derecho al sufragio que ejercerían por primera vez en 1957, a las mujeres les faltaba aún mucho trecho para que su voz y, de alguna manera, su autoridad, fueran reconocidas. Podían votar, pero no por esto su vida había cambiado sustancialmente. Muchas, las más tercas y vehementes, seguían sintiéndose incómodas en un mundo que, políticamente y por oportunismo coyuntural, les había otorgado una ciudadanía más formal que real.

Entonces la utopía logró, una vez más, hacerse realidad. Esta vez, con la conjunción de varios factores políticos, sociológicos y científicos. La era de la anticoncepción había llegado y por primera vez en la historia de la humanidad las mujeres podían separar sexualidad de reproducción, al

mismo tiempo que conquistaban el saber e ingresaban lentamente al mercado laboral, cosas inimaginables para una mujer nacida en 1910.

En efecto, a partir de los años 60, la revolución de las mujeres encontraría en la anticoncepción y la educación su piedra angular. En cuatro décadas —de los cincuenta al final de los noventa— Colombia experimentaría una impresionante disminución de la tasa de fecundidad o del número de nacimientos por mujer, que de una cifra de 7.4 hijos en 1950, pasó a un 2.4 en los albores del siglo XXI y hoy la tasa se reduce a 2.

Al mismo tiempo, las mujeres comienzan a conquistar el campo laboral. Hablo por supuesto de mujeres asalariadas, porque si nos referimos al trabajo no remunerado, las mujeres no han dejado un solo día de estar al frente de la dinámica cotidiana de la vida y de su mantenimiento, ocupándose de la limpieza del mundo, del hambre del mundo, de las enfermedades del mundo, de las costuras y remiendos del mundo, de los consuelos del mundo, de los dolores de estómago y de aquellos del alma del mundo entero, todas tareas estas que hacen parte hoy de lo llamado economía del cuidado³.

Cuando hablamos del campo laboral no nos referimos a ese trabajo para el cual hemos sido siempre distribuidoras de servicios gratuitos para nuestra familia, para el Estado y para la humanidad. No nos referimos entonces al trabajo doméstico sino al trabajo remunerado que significa, para la gran mayoría de las mujeres, una doble jornada de trabajo y particularmente para las mujeres pobres.

Sin embargo, ya en los años 70, ocurren dos eventos legislativos que vale la pena mencionar para la vida de las mujeres. Por un lado, la Organización de las Naciones Unidas decreta la Década Internacional de la Mujer entre 1975 y 1985⁴. Para los Estados Miembros de las Naciones Unidas, esta declaratoria reviste una enorme importancia simbólica, en



Playa en Moronico, costa atlántica

primer lugar, por recordar a un mundo aún tan masculino que las mujeres representan más de la mitad de la humanidad y que sus aportes al desarrollo, aun cuando invisibles en la mayoría de los índices y estadísticas oficiales, son invaluable.

La ONU recomienda y estimula entonces a los países integrar a las mujeres de manera formal al desarrollo, por medio de la educación, de la planificación familiar y de una mayor atención a sus condiciones de vulnerabilidad. En el mismo sentido, recomienda realizar diagnósticos sobre su condición, con el fin de visibilizar a las mujeres en tanto población específica con necesidades específicas.

En 1975, se reúne la Primera Conferencia Mundial sobre la mujer en México que aprueba un plan de acción para el mejoramiento de la condición de las mujeres y en 1979 la Asamblea General de las Naciones Unidas aprueba la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer, más conocida por su sigla inglesa, CEDAW. Esta convención define la discriminación contra la mujer como "toda distinción, exclusión o restricción basada en el sexo que tenga por objeto menoscabar o anular el reconocimiento, goce o ejercicio por la mujer, independientemente de su estado civil, sobre la base de la igualdad del hombre y la mujer, de los derechos humanos y las libertades fundamentales en las esferas política, económica, social, cultural o en cualquier otra esfera".

Por primera vez, los Estados Miembros reconocen explícitamente la discriminación contra la mujer como un problema social que requiere solución urgente y plantean una serie de medidas correctivas que deben ser tomadas para afrontar este problema. Es a partir de este momento que se acelera el ritmo de las cumbres y conferencias mundiales en las cuales un número cada vez más importante de mujeres del mundo

reivindican derechos y luchan por más autonomía, más libertades fundamentales, más ciudadanía y, por consiguiente, más democracia.

De todas estas cumbres y conferencias, destacaré la Conferencia de El Cairo (1994), ya que consagró por primera vez en su programa de acción Los Derechos Sexuales y Reproductivos en cuanto cuarta generación de los Derechos Humanos, que en grandes líneas se refieren al derecho de las mujeres a tener control y a decidir libre y responsablemente sobre los asuntos relativos a su sexualidad, incluidas la salud sexual y reproductiva en términos de autonomía en las decisiones de su vida íntima, libres de coerción, discriminación y violencias.

En 1991, la nueva Carta Constitucional incluyó en su texto, gracias a la participación activa de varias organizaciones de mujeres que más tarde conformarían la Red Nacional de Mujeres, siete artículos a favor de las féminas colombianas y dirigidos a incorporar el espíritu de la CEDAW en el país.

Finalmente y llegando al último periodo de nuestro recorrido (1996-2016), el balance relativo a la vida de las mujeres es agrídule. Son años difíciles por el recrudecimiento del conflicto armado, los desplazamientos forzosos, la crisis económica, las reformas laborales, la flexibilización del trabajo, las maquilas, los contratos de trabajos parciales, temporales y los costos de seguridad social a cargo del trabajador. Las consecuencias de este contexto se hacen sentir en muchos de los indicadores relativos a la vida de las colombianas.

La tasa de fecundidad, que había mostrado un descenso importante durante las décadas anteriores, comienza a presentar



Muelles del Ejército de Colombia, Nuquí

un retroceso significativo. Así mismo, aumentan los indicadores de violencias de género, la prevalencia de enfermedades de transmisión sexual como VIH/Sida y los embarazos no deseados.

En relación con la participación política de las mujeres, las cifras continúan siendo alarmantes, a pesar de una Ley de Cuotas del 30 % en los cargos del Estado⁵. Ya que esta ley no fue obligatoria para los partidos políticos, en la actualidad (2017) la participación de las mujeres en el Congreso de la República es solo del 20 %, siendo una de las más bajas de América Latina.

Sin embargo y para no terminar en un registro demasiado negativo, se deben resaltar algunos hechos positivos, tales como la multiplicación de organizaciones y grupos de mujeres en todo el país, muy activos en contra de la guerra y en contra de las violaciones de los derechos humanos y particularmente de los derechos sexuales y reproductivos.

En relación a esto, dos hechos merecen ser mencionados: la sentencia de la Corte Constitucional C-355 de 2006 que despenaliza el aborto para tres circunstancias⁶, y en el 2008, la Ley 1257 por la cual se dictan normas de sensibilización, prevención y sanción de formas de violencia y discriminación contra las mujeres, y que fue complementada por la Ley 1761 o Ley Rosa Elvira Cely de 2015, conocida también como Ley de Femicidio.

Además, es importante señalar que la primera década del siglo XXI se caracteriza por un gran acervo de publicaciones e investigaciones relacionadas con los estragos del conflicto armado sobre la vida de las mujeres colombianas y hoy, con la firma del Acuerdo de Paz el pasado 26 de septiembre de 2016, uno de los únicos acuerdos del mundo que incluye un enfoque de género, gracias al valor de las mujeres víctimas y su presencia en La Habana, sabemos que las mujeres tendrán un papel de enorme importancia en la construcción de una paz sostenible y duradera.



Si bien a lo largo del siglo XX y en los primeros años del siglo XXI desaparecen paulatinamente en Colombia las condiciones materiales de la subordinación de las mujeres, falta mucho trabajo relativo a las condiciones culturales que siguen resistiendo a cambios necesarios para la conquista de su plena autonomía. ¿Más independencia y emancipación que en los albores del siglo XX? Sí. ¿Más autonomía para decidir sobre su vida y su cuerpo? También. Sin embargo el camino es aún largo. No obstante, las mujeres colombianas han entendido que este camino hace parte del nuevo mapa de la humanidad y que probablemente eso es lo más emocionante de ser mujer hoy.

NOTAS

1. Ellas eran Ofelia Uribe, Esmeralda Arboleda, Georgina Flechter, Josefina Valencia y Aydée Anzola, entre otras.
2. Es necesario mencionar también que en el escenario internacional habían ocurrido dos hechos trascendentales para el futuro de las mujeres. En 1945 se crea la Organización de las Naciones Unidas y en 1948 se proclama la Declaración Universal de los Derechos Humanos.
3. Ley 1413 o Ley de Economía del Cuidado presentada por Cecilia López el 11 de noviembre de 2010 y firmada por el Presidente Santos. Es la primera ley de esta naturaleza en América latina. Con ella se marcó el inicio del proceso de identificación y medición de la economía del cuidado en Colombia. En ella se ordena al DANE la realización de una encuesta nacional cada tres años sobre el uso del tiempo de las mujeres en el país, con el fin de identificar aquellas actividades no reconocidas ni remuneradas que realizan las mujeres en una enorme proporción dentro del hogar, para atender y cuidar sus familias y lugares de habitación.
4. Durante este mismo período en Colombia se establecen, bajo el Decreto 1260, normas sobre filiación, paternidad responsable, no uso obligatorio del apellido del cónyuge, igualdad de sexos frente a la ley y se crea el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. Así mismo, en 1976, la Ley 1 establece el divorcio del matrimonio civil y la separación de cuerpos y bienes del matrimonio católico
5. La Ley de Cuotas (Ley Estatutaria 581 de 2000) ordena la presencia de mujeres en los cargos del Estado, estableciendo ya sea un porcentaje mínimo de mujeres (el 30 %), ya sea la presencia de mujeres en las ternas para elección.
6. Tres casos: 1. Cuando el embarazo es consecuencia de una violación. 2. Cuando el embarazo pone en riesgo la vida o la salud de la mujer. 3. Cuando exista malformación del feto incompatible con la vida.

Josefina Klinger

LA TIERRA PROMETIDA DE JOSEFINA

La avezada periodista María Elvira Arango hurga en la vida de esta poderosa mujer chocoana, para entender cómo esta lideresa, hecha a pulso, logró una hazaña jamás imaginada: crear un modelo ecoturístico en Nuquí, tierra habitada por gente maravillosa, pero dejada atrás por el desarrollo y la inversión. Con el inconfundible estilo de esta periodista, queda evidenciada la templanza de la raza y de la mujer negra.

Por: María Elvira Arango





Casco urbano de Nuquí

“Descuaderné mis propios miedos y desafíe los ajenos para buscar otra ruta donde el perdón y el amor son las fuerzas transformadoras”.

Se acuerda como si fuera ayer del momento en el que la vida se le partió en dos. Tenía cinco años y su mamá la montó en una lancha en Panamá, donde vivían, para emprender un viaje de más de seis horas a Nuquí, en el Chocó, donde iba a ubicarse con una nueva familia. Josefina Klinger gritaba y lloraba desconsolada, y su mamá, desde el muelle, se despedía y le decía adiós con la mano. Ese día, la sensación de abandono se le instaló en el corazón.

Llegó a vivir a la casa de su papá, un nariñense de ascendencia alemana, inteligente y mujeriego, que regó su semilla sin contemplaciones por toda la costa pacífica chocona. Tuvo 18 hijos. Nueve con la esposa oficial y otros nueve con cuatro mujeres distintas.

Aunque Josefina tiene cuatro hermanos de parte de su madre, por alguna extraña razón su mamá la mandó a ella solita. “Descuaderné mis propios miedos y desafíe los ajenos para buscar otra ruta donde el perdón y el amor son las fuerzas transformadoras”, recuerda de ese doloroso episodio de su vida.

Creció en Quibdó compartiendo la vida con su madrastra, que hizo lo que pudo con ella, pues tenía nueve hijos propios que levantar. Aunque fue una madre correcta que siempre les dio buen ejemplo y se mantuvo fiel —pese a los engaños de su papá—, Josefina no era sangre de su sangre. Ella intentaba hacerse querer, pero no había espacio pa’ tanta gente y, al fin y al cabo, era hija de la querida, no de la mujer oficial; y eso



Posada en Vientos de Yubarta, de Amelia Hurtado

siempre pesó, así fuera solo una niña. No es lo mismo criar los hijos de otra.

A los 17 años, mientras cursaba décimo grado en el colegio, quedó embarazada de Lucho, su primer hijo. Confundida, en plena adolescencia y sin mucho apoyo a su alrededor, se fue de la casa para Medellín a buscar fortuna. Fue su manera de dejar un hogar en el que nunca se sintió en familia. En la ciudad, buscar trabajo y criar al mismo tiempo era duro, más cuando había pocas opciones. Las

amigas y conocidas suyas a las que les iba bien, terminaban trabajando como empleadas del servicio en alguna casa de familia; y a las que les iba mal, se enfrentaban a la presión de los favores sexuales aquí y allá para ganarse unos pocos pesos. Josefina entendió muy pronto que algunos poderosos utilizaban el chantaje y el acoso para dar trabajo.

Ella siempre la tuvo clara. Como no cedía a las presiones, prefirió empacar sus chécheres y se



“Siempre me doy un paseíto por mi ser interior para encontrar las respuestas.

Así estoy alerta para desmontarme del papel de víctima, responsabilizarme de mis actos y valorar mis experiencias”.

fue a buscar futuro con el papá de su hijo, que trabajaba en Antioquia. Poco tiempo después nació Beto y ahí descubrió que el amor se había roto y que debía separarse.

Entonces, se enfrentó a la cruda realidad como madre cabeza de hogar, sola y pasándola mal, pero dispuesta a sacar a sus hijos adelante con dignidad. “Fue la época en la que decidí mandar la pobreza para el carajo y poner el dinero en su justa dimensión”, evoca.

Abrigada y lejos del sol del pacífico, con el frío pegado en la piel, empezó a conocer gente y a hablarle a todo el que la quería escuchar de un lugar mágico en Colombia, casi desconocido, que para ella y para sus recuerdos era como el paraíso: su tierra.

Es que esta mujer tiene la selva en la cabeza y en el resto del cuerpo. Es como si por sus venas corriera el agua de los 14 ríos que atraviesan

Nuquí. Porque como el Chocó, ella también es abundante, ¡y ese no es un adjetivo fácil para una mujer! Pero es perfecto para Josefina.

Es una negra grande, curvosa y sexy, con una sonrisa enorme, un carisma que desborda energía y, sobre todo, una convicción profunda de que el Chocó es tan único y tan especial que no había que ir a ninguna otra parte para encontrar la felicidad.

Después de un atardecer de esos que quitan el aliento, comprendió que ahí estaba el futuro. Pensó que ese territorio olvidado y abandonado podía convertirse en un paraíso turístico y que de la mano de los visitantes, nacionales y extranjeros, llegarían oportunidades y cambios que transformarían la vida de la comunidad completa.

Y no ha parado desde ese momento. Lleva 26 años sin pausa, hablando fuerte con ese acento



Utría, centro de visitantes Jaibaná



Puente en PNN de Utría

“La negrura, lo femenino y lo rural son mis valores agregados y diferenciadores para complementarme y construir con los otros”.

chocoano, haciendo sonar su voz, con el poder de una gran idea que tuvo después de pasar una larga convalecencia de una tuberculosis cerebral; una enfermedad tenebrosa que la postró por varios meses en una cama y de la que, según los médicos, salir con vida era casi imposible.

Otra vez Josefina, contra la corriente, manda al carajo sus dolencias. Y no sólo se recuperó. Recogió todos sus años de experiencia, sus pocos estudios de turismo, el amor por el lugar que la vio crecer y, sana y llena de energía, volvió a Nuquí. “Siempre me doy un paseíto por mí ser interior para encontrar las respuestas. Así estoy alerta para desmontarme del papel de víctima, responsabilizarme de mis actos y valorar mis experiencias”, dice.

Como tuvo la grandeza de no mirar muy lejos, con el sabor de la

sal y la arena del pacífico siempre pegadas a la piel, desarrolló un proyecto turístico que tiene imitadores en el mundo entero: Mano Cambiada.

Entendió que tenía que aprovechar lo que había. Nació rodeada de 45 mil kilómetros de playa entre la selva y 14 ríos, aguas termales, cascadas y manglares. Una tierra mágica y bella que de milagro estaba en el mapa, aunque tuviera serios complejos de inferioridad y el mal de la pobreza, pero con un potencial enorme que no iba a desaprovechar.

Hurgando en sus raíces, rescató de la sabiduría popular el trueque. Ese sistema ancestral que usaron sus antepasados y que quitaba de por medio al rey dinero para poner por encima la probabilidad de crecer sin una cheque- ra y una cuenta de banco. Tan sencillo y tan poderoso como “te doy una cosa o te presto un servicio y me das



algo a cambio”. Un sistema que no está determinado por el dinero.

¡Y funciona para todo! Desde lo material: una libra de sal por un kilo de plátano, o lo inmaterial: como un poco de mi tiempo por una mano con los niños... y así. Utilizar lo que hay, las habilidades,

el talento y el conocimiento y hacer que toda la comunidad se beneficie.

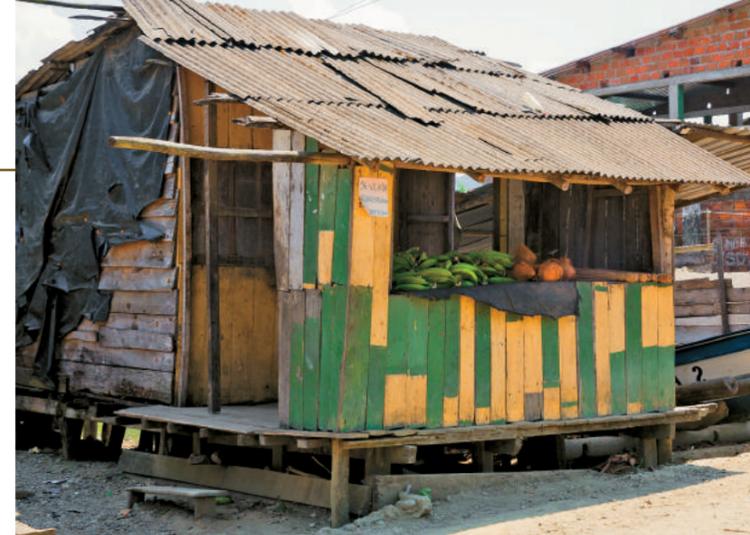
Y entonces Mano Cambiada es la ley del trueque en el ecoturismo. Por encima de cualquier consideración, se respetan las tradiciones gastronómicas. La sopa de queso con leche de coco es la



Comunidad indígena de Jagua, Pacífico colombiano



Techo en ecoaldea Kiparate, realizado por los indígenas embera de la comunidad de Jagua



“Crecí con un discurso que me asustaba y me limitaba. Un día me dije: en mi nuevo mundo no hay espacio para el miedo, la escasez y la pobreza”.

Casas en Jurubirá, Chocó

más rica del planeta. La frase “atendido por su propietario” resume bien la filosofía de la corporación.

Trabajan los locales, se apoyan entre ellos, se intercambian los turistas, los destinos, los planes y, sobretodo, ya no ceden sus tierras, ni su espacio para ‘extranjeros’ (entiéndase todas aquellas personas que no son de allá). Los locales operan la cadena turística y todos ¡tan contentos! “Administro mis egos para relacionarme desde el alma y verme como parte de un todo”, comenta Josefina. La comunidad juega un papel de anfitrión con todo el respaldo de una riqueza ambiental y cultural enorme.

Con ese modelo de turismo comunitario tan creativo, rompió el paradigma que perpetraba el círculo de victimización y de pobreza; eso de “cómo somos pobres y negros y no podemos”... y ahora envalentonó a muchos en la zona para que entendieran que quedarse en Nuquí y echar raíces allí no es un sacrificio. Con el ejemplo de Josefina, ahora vivir en esas playas maravillosas puede ser una gran oportunidad.

“Fue la esperanza la que permitió que en medio del dolor, las balas y la corrupción, nosotros gestemos un modelo de desarrollo humano sostenible, valorando nuestros activos y jugando

el papel de anfitriones en un territorio dotado generosamente por el universo”, reflexiona. Como dice una publicidad sobre Colombia que circula por ahí: ¡el riesgo es que se quieran quedar! Ese cambio de mentalidad es fundamental para los habitantes de este rincón del país. Si estudian, se preparan y luego regresan, en unos años, el Chocó no tendrá nada que envidiarle a las islas asiáticas de las Maldivas.

Desde hace 8 años Josefina, con la corporación Mano Cambiada, opera los servicios turísticos del Parque Nacional Natural de Utría con mucho éxito. La experiencia de los visitantes, como el agua con sal en la piel, se queda pegada en el alma. Un viaje cinco estrellas que se convierte en una aventura inolvidable y, de paso, uno logra entender cuál es el real significado de las palabras sabor, paraíso y magia.

En medio de la batalla, nació el tercero y el último de los hijos de Josefina, José Andrés. A todos los sacó adelante



Panorama desde el río Nuquí

“Decidí mandar la pobreza para el carajo y poner el dinero en su justa dimensión”.

con trabajo duro y con dedicación mientras luchaba en su gigantesco empeño de cambiar el mundo.

La rondaba la violencia, las amenazas por decir siempre lo que pensaba y por caminar fuerte pisando callos de los que han tenido las riendas y el poder en la zona. En el camino les plantó la cara a los políticos que la veían como un bicho raro. “Crecí con un discurso que me asustaba y me limitaba. Un día me dije: en mi nuevo mundo no hay espacio para el miedo, la escasez y la pobreza”, afirma.

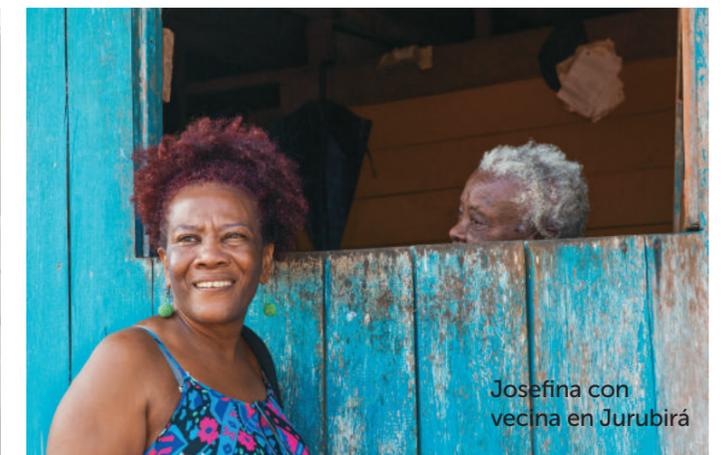
Es que romper paradigmas, pero sobretodo sacudirse sus propios

miedos y contagiar a toda una sociedad del poder que dan los sueños, no es fácil. Porque aun cuando es mujer Cafám 2015 y la conocen ya en todo el país, sigue lidiando y batallando con las alcaldías, líderes y docentes para que las cosas cambien, para reivindicar los derechos de los negros y de los campesinos y para que su territorio sea un lugar sano y productivo.

Está empeñada en reeducar a los colombianos para que todos, aquí y allá, entendamos que Nuquí es el mejor lugar del planeta, donde llegan las ballenas a parir, donde se confunde el verde de la selva con el azul del



Casco urbano de Jurubirá



Josefina con vecina en Jurubirá



mar, donde se come el mejor pescado fresco, donde hay agua por todas partes, donde viven los negros más bellos de Colombia, donde los valores culturales los hacen únicos en el mundo y donde vive una mujer como Josefina, quien lucha para que los niños crezcan con sensibilidad ambiental y amor por esa tierra que los parió.

A ella le duele que desde niña se escuche la retahíla esa de que el Chocó no tiene salida y que eso se repita de generación en generación. La pobreza para ella es espiritual y por eso trabaja para cambiarle el chip a los niños y jóvenes de esa región, para que entiendan que lo que está bajo sus pies, el territorio, es la riqueza más grande.

“Yo sueño con la Colombia que se reinventa desde lo rural, donde las decisiones de bien común sean una apuesta de todos, donde los niños crezcan felices y los jóvenes seguros para que innoven en un país diverso y único”, anhela.

Tres veces tuvo que salir de la zona por presiones y amenazas. Pero siempre volvía y regresaba cada vez



Mapa del Golfo de Tribugá

con más fuerza y con una certeza mayor de que si la acompañaban sombras oscuras, era que estaba caminando por el sendero correcto. Ella es un ejemplo para las mujeres de toda Colombia.

Josefina Klinger tiene una mezcla perfecta: una pizca de terquedad, mucho empeño y una inteligencia desbordada. Una mujer que logró empoderar a toda una comunidad para que sea sostenible y para que se haga responsable de sus decisiones y de su futuro.

Pero quizás el logro más grande es el orgullo de su raza

y la promesa de que nada es imposible. Fácil no, pero imposible tampoco. “La negrura, lo femenino y lo rural son mis valores agregados y diferenciadores para complementarme y construir con los otros”, comenta mientras sonríe.

Con los años, ya tiene 52 cumplidos, dos nietas, perdonó a su mamá, hizo las paces con los dolores de la niñez y del abandono y, vestida de colores, con su afro alborotado, está escribiendo, con buena letra, un futuro diferente para el Chocó.

Alejandra Borrero

Actriz colombiana de cine, teatro y televisión nacida en una tradicional familia de Popayán. Desde muy pequeña se fue a vivir a Cali. Estudió actuación en la Universidad del Valle y se dedicó de lleno a su profesión. Su principal papel protagónico lo hizo en 1991 para la telenovela Azúcar, papel que la hizo una celebridad en Colombia; pero sería Café con Aroma de mujer la que le daría fama internacional. En el 2008 fundó Casa Ensamble, una escuela de artes escénicas y musicales que también es galería de arte en Bogotá.

Por: Melba Escobar





“El primer ejercicio era escucharnos el corazón los unos a los otros”.

De la mano de la actriz Alejandra Borrero, el proyecto “Victus” es una obra de teatro realizada con excombatientes y víctimas del conflicto armado, que permite asomarse a la dureza y la resiliencia de algunos de los tantos rostros ocultos de la guerra. Más allá del montaje en escena, la biografía de cada uno de sus participantes, así como el día a día tras bambalinas de este asombroso proyecto conformado por quienes alguna vez fueron enemigos a muerte es, por encima de todo, un canto de esperanza a la vida.

Todos sabemos quién es Alejandra Borrero porque la hemos visto en televisión, cine y teatro. Difícil olvidar su papel de Caridad Solaz en la versión original de Azúcar, el de Antonia Palacio en El último matrimonio feliz o el de Adriana Pineda en Francisco el matemático.

Pero más allá de ser una actriz extraordinaria, proclive a interpretar mujeres de carácter poderoso y vivaz, Alejandra es la mujer que creó el proyecto Casa E, el primer múltiplex de teatro en Colombia, que además es un escenario interdisciplinar para la innovación y las artes.



Fotos: Merizalde/Rosas



Integrantes del proyecto Victus en actividad de reconocimiento

Dagoberto Mata, integrante de Victus

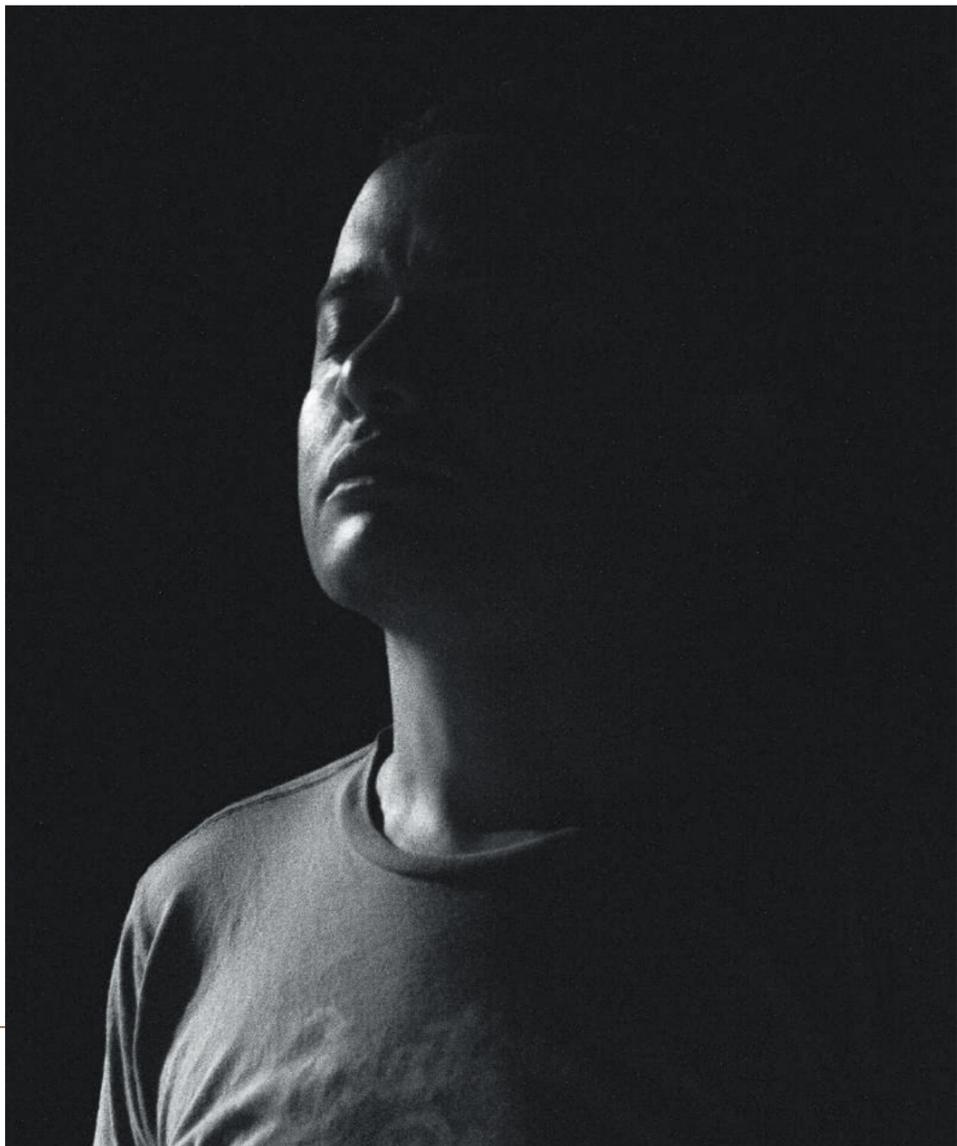


Foto: Merizalde/Rosas

“Ver unos hombres enormes reducidos para escuchar el corazón del otro, o de una mujer diminuta, era una imagen preciosa”.

“Aquí se encontraron dos chicas que se iban a matar en combate y que ahora son amigas. Las coincidencias que hemos encontrado entre estas casi 20 personas son increíbles, porque son 8 millones de víctimas y uno dudaría que entre ellas pueda haber dos que estuvieron en la misma confrontación. Y sin embargo aquí pasa”.

Como si fuera poco y con la desfachatez que la caracteriza, Alejandra se declaró lesbiana a finales de los noventa, creó la primera obra de teatro sobre abuso sexual infantil que haya visto el país, llamada “A la sombra del volcán”, y ha consagrado años a visibilizar la violencia contra las mujeres con su programa nacional “Ni con el pétalo de una rosa”.

Por todo lo anterior, así como por su carisma y capacidad innata de vibrar siempre en la nota más alta, Borrero fue la persona elegida para construir una obra de teatro en la que participan excombatientes de la guerrilla (FARC y ELN), miembros

de grupos paramilitares, como las AUC; el Ejército; así como víctimas de los diversos grupos armados.

El resultado se llama Victus y además de ser una puesta en escena sin duda interesante, es un laboratorio de reconciliación que ya empieza a arrojar asombrosos resultados de convivencia entre quienes, en otras circunstancias, fueran enemigos.

LA HACEDORA DE MILAGROS

Almorzamos a las carreras en el Oma de Casa E, ubicada en el del barrio La Soledad. Pidió el mismo plato que yo, el mismo jugo que yo; luego reímos porque



Fotos: Merizalde/Rosas



En ejercicio de meditación con los miembros de Victus

llevábamos puesta la misma chaqueta. Enseguida me resultó cálida, como si fuese una prima que no veía hace tiempo, pero que conocía desde siempre.

Le pregunté cómo llegó hasta Victus. Me contó que un miembro del Ejército la contactó para proponerle un trabajo con exmilitares porque, según él, “estamos listos para escuchar la verdad”. Fueron dos meses intensos de entrevistas durante los cuales hubo mucho llanto y revelaciones sobre la vida en la guerra.

Una vez tuvieron el equipo formado, vino el primer encuentro entre los miembros del grupo, conformado por antiguos miembros de grupos paramilitares, de las Fuerzas Armadas, de las guerrillas, así como víctimas de la sociedad civil. Fue un momento de mucha tensión.

Aunque ninguno de ellos sabía quién era el otro, a qué bando había pertenecido o de dónde venía, sí les habían dicho en la entrevista que trabajarían con personas procedentes de los distintos grupos armados o de víctimas. “El primer ejercicio era escucharnos el corazón

Antes de comenzar hicimos una cosa muy bella que fue entregarles la ciudad. Fuimos a la biblioteca Luis Ángel Arango y les dieron carné. Fuimos al jardín botánico para oírlos hablar de la naturaleza con una sabiduría increíble. Fuimos al planetario a ver el universo”.

los unos a los otros”, narra Alejandra. “Ver unos hombres enormes reducidos para escuchar el corazón del otro, o de una mujer diminuta, era una imagen preciosa”, recuerda.

Ella, que dirigía este escenario de encuentros, continúa con genuino asombro: “Aquí se encontraron dos chicas que se iban a matar en combate y que ahora son amigas. Las coincidencias que hemos encontrado entre estas casi 20 personas son increíbles, porque son 8 millones de víctimas y uno dudaría que entre ellas pueda haber dos que estuvieron en la misma confrontación. Y sin embargo aquí pasa”.

Después de esa experiencia, los actores nunca volvieron a ser

los mismos. Romper los estigmas que cada uno traía sobre el otro es uno de los mayores aciertos del proyecto. Se conocieron a través de una convivencia cotidiana; pero también de definirse desde un ejercicio de narración, en el que se contaron sus gustos, sus manías, sus aficiones y sus vínculos de familia. Cuando llegaron a saber qué papel había tenido cada uno en la guerra, no salían del asombro al ver que a quien habían tomado por guerrillero había sido paramilitar o a quien creían una víctima había sido un jefe de las AUC.

Por eso, quienes vemos la puesta en escena de Victus, no alcanzamos siquiera a intuir el

“No sabía que la Tierra era redonda. Imagínate ver el Universo en el planetario. No podía creerlo. Así que también hemos tenido un espacio para el asombro, para el descubrimiento y para el intercambio de saberes”.

proceso que se ha vivido tras escena: “Antes de comenzar hicimos una cosa muy bella que fue entregarles la ciudad. Fuimos a la biblioteca Luis Ángel Arango y les dieron carné. Fuimos al jardín botánico para oírlos hablar de la naturaleza con una sabiduría increíble. Fuimos al planetario a ver el Universo”, relata Borrero.

Las estrategias que emplearon para afianzar su equipo de actores les trajo sorpresas inesperadas. Por ejemplo, recuerda Alejandra que una de las mujeres que estaba en el grupo entró tan chiquita a la guerra que no sabía que había otros países además de Colombia. “No sabía que la Tierra era redonda. Imagínate ver el Universo en el planetario. No podía creerlo. Así que también hemos tenido un espacio para

el asombro, para el descubrimiento y para el intercambio de saberes”, añade.

Alejandra Borrero asegura no ser la misma persona después del proceso que ha liderado con Victus: “Esta ha sido una experiencia definitiva para entender la complejidad de la guerra con una voz, un nombre y un rostro propio”, asegura.

**FERLEY RUIZ,
UN EXPARAMILITAR EN
LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES**

“Vengo de un pueblo del Sur de Bolívar. Nosotros vivíamos en el casco urbano y la guerrilla, en una toma, nos mató a una hermana de diez años. Nos fuimos para la zona rural y cuando estábamos en esta finca, ya radicados trabajando, llegaron las AUC exigiendo una vacuna o un impuesto. Mi papá

les dijo que no tenía cómo pagarlo, entonces nos pedían aportar a la causa. Se querían llevar a mi hermana de 14 años. Yo tenía 13. Entonces me ofrecí en su lugar. Me fui con el Bloque Central de las Autodefensas Unidas de Colombia. Fueron casi cinco años en ese grupo armado”.

Esta es la voz de Ferley Ruiz. Hoy en día es un hombre hecho y derecho, con una biografía asombrosa. Tenía 17 años cuando escapó y se entregó a una patrulla. Desde entonces ha pasado diez años en un proceso de reintegración que, en su caso, ha dado muchos frutos:

“Comencé a estudiar, porque yo había hecho hasta cuarto de primaria, pero entonces me hice bachiller. Hice un técnico en

enfermería ya viviendo en Bogotá y con el técnico me independicé del programa, me fui a vivir solo, duré casi cinco años trabajando como auxiliar de enfermería. Gracias a ese trabajo y a un crédito con el Icetex hice una carrera profesional. Ahora soy administrador de empresas, tengo una familia, mi esposa y mi hija. Cuando llegó este proyecto a mi vida (Victus), me abrió puertas, me quitó de pronto el sesgo de las ideologías, porque yo venía con una doctrina radical de derecha y creí que solo era eso, pero aquí me di cuenta de lo engegucidos que estábamos con que unos somos malos, otros buenos. Entendí que todos somos iguales, como dice el coro de Victus”.

“Esta ha sido una experiencia definitiva para entender la complejidad de la guerra con una voz, un nombre y un rostro propio”.

Ferley Ruiz distribuye su tiempo entre los ensayos de la obra, su trabajo como promotor de paz en la Agencia Colombiana para la Reintegración y la maestría en Construcción de Paz que adelanta gracias a una beca en la Universidad de los Andes. Al día de hoy, considera a los miembros de Victus como su familia extendida. Nunca pensó que un grupo conformado por ex miembros de la guerrilla (tanto FARC como ELN), las AUC, los militares y víctimas de distintos grupos, pudiesen tener tanto en común. Y es ahí, precisamente en esa revelación, en donde encuentra que esta ha sido una experiencia transformadora.

JULISA MOSQUERA, LA VICTORIA DE RECONCILIARSE CON UNO MISMO

“Cuando supe quiénes eran realmente mis compañeros del grupo, yo ya tenía afectos creados por personas que habían hecho parte de los grupos que me habían maltratado. Pero entonces me di cuenta que mujeres de

las AUC habían sufrido exactamente lo mismo que yo. Habían sido abusadas, si tenían niños los mataban, cosas horribles que en mi imaginación yo pensé que no las vivían ellas porque hacían parte de ese grupo. Entonces lo que logré entender es que las mujeres, sin importar de qué lado estamos, hemos sido esos botines de guerra que los hombres han usado. El papel de la mujer ha sido muy fuerte dentro de la guerra. Entonces ya me pongo en ese nivel de mujer que ha sufrido lo mismo y ahí me desbaratan y me desarman la rabia”.

Julisa Mosquera viene de Quibdó, Chocó, donde fue víctima de abuso sexual por parte de las AUC durante cinco días, en los cuales su hija de nueve años estuvo siempre a su lado. En todo ese tiempo, Julisa mantuvo contacto visual con la niña. Por momentos le cantaba, a veces le pedía que la mirara a los ojos mientras le repetía “aquí estoy hija, aquí estoy”.

Mientras duraron los abusos, no le dieron de comer ni de beber. Cuando terminó la pesadilla, casi no podía moverse. Creyó que moriría. La

recuperación ha sido lenta. Hay momentos de mucho llanto y rabia. También hubo dos intentos de suicidio hasta que entendió que estaba destruyendo a su hija mayor, por quien se canjeó frente a los combatientes y quien ahora cargaba todo el peso de la culpa: “Estar aquí me llevó a reconciliarme conmigo misma”, reconoce.

Con el primer aporte que recibió de Victus, salió y se compró un espejo grandísimo, de cuerpo entero: “Ya me miro, me maquillo, me arreglo”, dice con una sonrisa. Continúa diciendo: “Aquí he aprendido a aprender y desaprender cosas, a entender a cada uno desde sus particularidades y su historia. Entonces estoy como en ese proceso de reaprender y aprender. Yo le doy muchas gracias primeramente a Dios [sic] y a mi organización y a Victus porque yo sí siento que he avanzado mucho en mi proceso psicosocial y como persona siento que ya estoy en un camino”. El proceso de cierre de su duelo fue

precisamente gracias al grupo de teatro. En un acto de apertura y confesión del cual todos hicieron parte, Julisa pudo liberar el dolor y escuchar cuál había sido el silencioso tormento de sus dos hijas, quienes estuvieron presentes. “La relación que hoy en día tengo con ellas es otra”, afirma. “Teníamos un guardado que nos hería por dentro y no habíamos conseguido sanar”.

VICTUS: VÍCTIMAS VICTORIOSAS

Al entrar en escena se definen unos a otros. Algunas frases pueden sonar más a discurso institucional que a verdad, como pasa con el aludido “todos somos iguales”. Pero más allá de alguna expresión que nos saca de la emotividad construida a base de fragmentos de verdad, la obra tiene momentos potentes.

Así sucede especialmente con el acto que recrea una toma, mientras suena un *rap* frenético y el muchacho que hace de



guerrillero es tan joven, tan delgado y su cuerpo tan nervudo, que sobra cualquier explicación, cualquier discurso, cualquier intento de definir, predicar, aleccionar.

Él está metido entre la gente moviéndose a una velocidad imposible. Su agilidad con el arma imaginaria que no para de disparar en el aire aturde a cualquiera. Baila mientras dispara y su cuerpo se sacude con la fuerza de las ráfagas. Da volteretas, disfruta el rap, se diría que disfruta la balacera, así como la adrenalina y la furia del instante, mientras los otros parecen verdaderamente aterrorizados, así como aterrorizada, agitada y perpleja me sentí en ese momento de la obra.

Bastó con verlo para poder adivinar que había llegado a la guerrilla siendo apenas un chico, que sus únicos juguetes fueron las armas, que es capaz de armar y desarmar cualquier fusil o pistola. Y

es ahí donde veo una verdad que congela los huesos en su complejidad, donde se funden el gozo y el dolor, donde las costumbres vacían el sentido de lo humano, donde el miedo hace parte de la vida de cientos, quizá millones de personas, y donde cualquier explicación resulta innecesaria, así como cualquier sentencia o frase de cajón.

La verdad que se logra en algunos fugaces instantes de la obra es reflejo de la gran verdad de unas vidas que se están rehaciendo en silencio, día a día, con un trabajo delicado y riguroso de un equipo de profesionales, así como de una familia que se ha constituido hermanada del dolor de la guerra y unida por una historia común, desde donde buscan una segunda oportunidad para que otros miles también puedan vivirla, tal como la están viviendo ellos ahora.

Mariana Pajón

LA VIDA SOBRE UNA BICICLETA

Por su determinación, esfuerzo y logros deportivos, Mariana Pajón se ha convertido en el rostro de una nueva generación de colombianos que busca poner el nombre del país en lo más alto del escalafón internacional, sin que la sombra del conflicto armado y la realidad del narcotráfico empañe la imagen de Colombia. Esta joven representa la voluntad de miles de niños y jóvenes de salir adelante a través del deporte.

Por : Julia Alegre Barrientos





Foto: Maximiliano Blanco

Pista 'Mariana Pajón', Medellín, 2016

La agenda de Mariana Pajón no da casi ni para respirar. Todo en su vida está atado a un cronograma: despertar, viajar, comer, ofrecer entrevistas, saludar a la muchedumbre, tomarse fotos con los fanáticos, sonreír, dar un discurso motivador, besar a los niños, hablar con las autoridades locales, entrenar. Tic, tac, tic, tac.

El ritmo diario de la reina del bicigrós es un ir y venir frenético. Quizá por eso estaba destinada a ser bicampeona olímpica de una disciplina deportiva en la que las carreras duran máximo 40 segundos. Ella solo necesitó 37,706 para coronarse con el oro en los Juegos de Londres 2012 y otros 34,479 para hacerlo en Río

2016. En total, 72 segundos y 185 centésimas para convertirse en una de las mujeres más respetadas y adoradas de su 'Colombia hermosa', como la llama.

Aterrizó en Tumaco en una avioneta privada de dos motores, procedente de Pasto, tres horas después de lo planeado. Eso es lo que tiene el tiempo. Puedes tratar de controlarlo como hace ella en cada competición y en su día a día, pero finalmente no respeta a nadie. Ni siquiera a esta paisa que con apenas 25 años ha logrado lo que pocos consiguen en toda su trayectoria deportiva: unir a un país entero en torno a un deporte.

—Cuando empecé la gente me preguntaba, ¿y tú qué deporte haces? Yo les

“Somos una gente guerrera, que la lucha, que aunque hemos pasado por mucho no nos dejamos caer. Somos tan fuertes que, sin importar el conflicto armado, aquí seguimos”.

respondía que BMX y entonces volvían y me decían: ¿qué es eso? Ahora saben qué es. Ya no tengo que explicarlo. Es de locos—, relata con satisfacción mientras sonríe y se le marcan los hoyuelos que tiene en cada mejilla.

En el aeropuerto de esta ciudad costera del departamento de Nariño la espera un grupo de no más de 10 personas. Son los pocos afortunados que se enteraron de que Mariana iba a pasar unas horas en la Perla del Pacífico —como se le conoce a Tumaco— para presenciar un evento de la fundación que lleva su nombre.

El reloj sigue su conteo infernal: tic, tac, tic, tac. La esperan en la Comuna 5 (una de las zonas más vulnerables del territorio, abandonada por el Estado y golpeada por el conflicto armado) para consolidar, junto a la Fundación Plan y otros agentes implicados, la construcción de un parque recreativo. Pero ella no duda

en detenerse unos minutos para hacerse una foto con un bachiller de no más de 20 años, negro como el carbón y al que se le va a desencajar la mandíbula de tanto sonreír. Luego con un niño blanco y rubio que parece nórdico y que antes de que ella llegara no dejó de moverse, impaciente, de un lado a otro de la terminal, dando brincos y preguntando con un acento bien tumaqueño cuándo iba a llegar Mariana.

Entre el tumulto que la busca para dejar constancia de su presencia en la ciudad, aparece Miguel Pajón. La agarra del brazo y se la lleva escoltada hasta la camioneta de cristales tintados que la espera para trasladarla a la comuna. A sus 28 años, el hermano mayor de la deportista gestiona desde 2011 su perfil público, compromisos publicitarios y su fundación, para que ella solo tenga que preocuparse por competir.

por los sueños de la niñez



“Era gol de Yepes”.

Cuenta que Mariana es muy familiar. Se acaba de comprar un lote en su Medellín natal donde va a construir dos casas: una para ella y su novio francés Vincent Pelluard, también campeón de BMX, y otra para que vivan sus padres, a menos de cinco metros de distancia.

—Mi hermana es mejor persona que deportista. Es tranquila, carismática. No le gusta que la miren como campeona, sino como alguien normal. Quiere demostrar que desde aquí, desde Colombia, con entrenadores colombianos, se puede estar en el top—, suelta sin titubear, como parte de un guión que ha tenido que repetir a lo largo de los años.

Dentro del vehículo hay tiempo para hablar con la joven: 20 minutos

contados, que es lo que dura el trayecto entre el aeropuerto y el lugar del evento. Está emocionada y con algo de recelo. El día anterior la tuvieron que sacar en volandas, huyendo de un gentío de cerca de 5000 personas que se dio cita en la pista de bicirós de la capital de Nariño solo para verla. La organización del evento no previó tal aglutinación. “Igual es cariño de la gente”, dice.

Mariana se subió a una bicicleta a los cuatro años. Quería imitar a su hermano mayor Miguel, bicrosista antes que ella y de quien lo heredó todo: su destreza, su amor por el deporte, su indumentaria, el casco y las bicicletas. Sus padres, ella profesora de jardín infantil y él propietario de una empresa de



Foto: Maximiliano Blanco

A pesar de su juventud, Mariana, apoyada por su familia, se volcó muy rápido hacia los temas sociales. Hoy es un referente para niños, niñas y jóvenes.

hidrocarburos, no tenían recursos suficientes para patrocinar el *hobby* de sus dos hijos (Mariana también tiene un hermano menor, Daniel); así que la niña recibió todo lo que a él le iba quedando pequeño.

Años más tarde, Miguel se rompió la mandíbula y varias costillas mientras competía y tuvo que retirarse del BMX. En cambio, Mariana continuó con el legado y logró lo impensable: doble medallista de oro olímpica y ganadora de varios campeonatos mundiales, nacionales, latinoamericanos, panamericanos y estadounidenses. Es la número uno en el escalafón mundial de la Unión de Ciclistas Internacionales (UCI) en el apartado femenino.

Se describe como una embajadora de Colombia sin pasaporte



Foto: Maximiliano Blanco

La bicrosista considera fundamental enfocar todos los esfuerzos en brindar oportunidades a los niños, el futuro de Colombia.



Su hermano (izquierda) es director de la Fundación Mariana Pajón. La acompaña siempre que puede.



Calle de Tumaco, Pacífico colombiano

diplomático y asegura que representar a su país es una responsabilidad muy grande. Para ella no hay nada comparable al momento en el que se sube al podio, suena el himno y sus compatriotas lo cantan al unísono. A veces algún despistado le pregunta de dónde es y, cuando responde, su interlocutor comienza a hacer mención de Pablo Escobar, las drogas y la violencia como características de su Colombia hermosa. Ella le corrige, pero no se pone brava, cuenta.

Entiende que los estereotipos están para romperlos y su forma de lograrlo es enfundándose con más compromiso, orgullo y determinación el uniforme de la selección colombiana de BMX que lidera desde 2013, y reafirmando el amor que siente cada vez que se sube al podio.

Demostró que era una colombiana más cuando, en una entrevista televisada que concedió tras ganar el Mundial de Bicicrós de 2014, no pudo contener la rabia y, dirigiéndose a la cámara, descargó un vehemente "Era gol de Yepes". Ese día puso en palabras lo que todo Colombia sentía: que el punto invalidado al minuto 65 de Mario Yepes en los cuartos de final del Mundial de ese año entre Brasil y Colombia sí había sido legal.

Mariana es como su país, una mujer de contrastes. En la pista es una guerrera, una luchadora, una apasionada que no se deja intimidar y es incapaz de hablar de sacrificios, sino de "retos grandes". Se quita el casco y vuelve a ser la 'niña de la casa', tímida, consentida y tranquila, a quien sus padres todavía 'le echan la cantaleta'. Pero nunca, jamás, deja de



La esperanza de muchos niños para alejarse del ocio es el deporte

Yo escogí un estilo de vida y ahora tengo mi vida sobre una bicicleta y no me arrepiento de nada”.

ser colombiana. Ella es de acá, vive en la capital de Antioquia y entrena con el mismo preparador desde los cuatro años, Jorge Wilson Jaramillo; y aunque le llueven ofertas para representar a otros Estados, responde "aquí me quedaré". Ella es la evidencia de que con talento nacional se puede ser campeona del mundo.

—Pertenezco a una generación que pensamos positivo, orgullosos de donde somos y que saben que van a salir adelante. Somos una gente guerrera, que la lucha, que aunque hemos pasado por mucho no nos dejamos caer. Somos tan fuertes que, sin importar el conflicto armado, aquí seguimos.

— ¿Cómo logra una persona salir adelante?— le pregunto.

—Con valores como la responsabilidad, la dedicación, la determinación, el querer hacer... Hay que tener un sueño claro, pero ese sueño no llega gratis. Mi mamá siempre me ha dicho que uno tiene que manejar cualquier situación de la mejor manera, así sea un reto muy grande en la vida. Cualquier cosa se puede superar si uno quiere, eso no depende de nadie más que de uno mismo. Todo el mundo puede soñar, puede creer, pero hay que luchar.

—Cuando era pequeña tenía la posibilidad de ir o a una piñata o a un entrenamiento. Sabía que tenía una carrera y que yo quería ganar. Ese es el precio de querer ser la mejor del mundo y valió la pena. Yo escogí un estilo de vida

“Mi hermana es mejor persona que deportista. Es tranquila, carismática. No le gusta que la miren como campeona, sino como alguien normal. Quiere demostrar que desde aquí, desde Colombia, con entrenadores colombianos, se puede estar en el top”. Miguel Pajón.

y ahora tengo mi vida sobre una bicicleta y no me arrepiento de nada.

La camioneta llega a su destino y el reloj vuelve a imponer sus tiempos. Los 20 minutos con Mariana llegaron a su fin. En la explanada de la Comuna 5, donde se construirá el parque recreativo con el que se espera beneficiar a 5000 menores de edad de tres instituciones públicas aledañas, se ha colocado un centenar de sillas en las que esperan, impacientes, niños, adolescentes y adultos.

Desde la tarima de autoridades una voz anuncia la llegada de la reina del bicicros. El público la sigue extasiado con la mirada mientras recorre la distancia hasta el escenario. El 90 % de las personas ahí reunidas son víctimas del conflicto armado que ha asolado a Colombia durante 52 años, hasta la aprobación del Acuerdo de Paz en noviembre de 2016 entre el Gobierno y las FARC. Esa es la realidad

de la Perla del Pacífico. La contienda se lo llevó todo: sueños y personas por igual.

—Le agradezco a Dios porque ustedes están aquí. Es una emoción porque, aún con el esfuerzo que hace uno, nunca hemos tenido una actividad como esta— explica entre sollozos Tania, una lideresa negra y robusta de más de 40 años del Barrio Esfuerzo 1, circunscrito a la comuna.

La Fundación Mariana Pajón trabaja por proyectos. Desde habilitar una pista de BMX en Tarazá, Antioquia, hasta llevar complejos deportivos y de ocio a las regiones más aisladas, como La Guajira o Tumaco. El costo del que quieren construir en esta última región se estima en 150 millones de pesos. Lo logra a través de la generación de alianzas con autoridades locales, diversas ONG, empresas del sector privado y aportando recursos que recaudan de la venta de camisetas



Murales que hacen parte de estrategias artísticas para la reescritura de la historia de Tumaco

oficiales de la deportista y de las conferencias motivacionales que ofrece la joven a las empresas. El dinero se destina íntegramente a estas iniciativas.

La misión de la fundación se centra en la inclusión social por medio del deporte. “Crear personas de bien y con valores, capaces de construir país”, explica Mariana. La entidad también gestiona una casa en Medellín donde vive una decena de niños en condición de vulnerabilidad, a los que acompañan en el día a día una orientadora, un fisioterapeuta, psicólogos y un entrenador de BMX.

Todos los menores están matriculados en el colegio. Su obligación principal es tener un buen desempeño académico y rendir con sus estudios si quieren competir a nivel profesional. También se les proporciona el equipamiento y las bicicletas.

Romper con el arraigo de muchas familias ha sido lo más complicado en este camino por apoyar a los nuevos talentos colombianos. Muchos padres sacan a los menores del hogar para ponerlos a trabajar en el campo y no contemplan que ese joven, algún día, podría llegar a la universidad y mejorar sus condiciones de vida.

El sueño de Mariana a largo plazo es hacer que la fundación crezca en número de niños e instalaciones; un reto al que le dedicará todo su esfuerzo cuando se retire. Se sabe afortunada y por eso quiere devolver a los jóvenes de Colombia las posibilidades que tuvo ella de soñar desde pequeña. Quiere cambiar armas por bicicletas y lograrlo desde ya, porque el tiempo no espera a nadie y su Colombia hermosa ya esperó demasiado.

CAPÍTULO 5

De la guerra a la paz

INTRODUCCIÓN Vera Grabe

Doctora en Paz, Conflicto y Democracia
Excomandante del M-19

REPORTAJES Leonor Esguerra

Religiosa y exmilitante del ELN
Por: María Jimena Duzán

1955, día de los votos perpetuos de novicias de la Orden Religiosa del Sagrado Corazón de María en Bogotá



Vera Grabe Loewenherz

Retén
improvisado
en carretera
de Arauca



**Antropóloga y política colombiana
Exdirigente del M-19**

Vera es una luchadora incansable, convencida y coherente con lo que hace. Estudiosa y dedicada, es hija de migrantes alemanes. Esta bogotana ha hecho historia en el país.

Siendo estudiante de antropología en la Universidad de los Andes se incorporó a la guerrilla del M-19, realizando tareas de inteligencia, entre otras, para el evento que lanzaría este movimiento revolucionario del que fue cofundadora: el robo de la espada de Bolívar. A partir de allí vivió los ajetreos de la guerra: estuvo un año en prisión, luego en el monte y en la clandestinidad, fue comandante, sufrió la pérdida de sus compañeros, se desmovilizó, fue senadora y representante a la cámara, consejera para los derechos humanos en la embajada de Colombia en España y hasta fue candidata a la vicepresidencia.

Posteriormente, con su carácter decidido y analítico, ingresó al Observatorio de la Paz y se dedicó a la academia. Con sus títulos en historia, ciencias políticas y resolución de conflictos, complementados con un doctorado en paz, conflicto y democracia, se ha dedicado al tema de la Pacicultura. Sus aportes en construcción de paz la han convertido en una de las opiniones más consultadas por medios y entidades que elaboran proyectos en torno al fin del conflicto armado en Colombia. Es una de las mujeres que ostenta la bandera de construir paz desde la cotidianidad.

MUJERES QUE RECONCILIAN

La paz de las mujeres

Un análisis histórico sobre hombres y mujeres alrededor de la paz. Mujeres constructoras de paz, pero que también han contribuido a la guerra acompañando a los militares, como en las guerras de la Independencia o más adelante durante la Revolución Mexicana. Historia de una exguerrillera poco ortodoxa que participó en el proceso de paz del M-19, desarrollando nuevos esquemas de participación que hoy, más que nunca, son necesarios para alcanzar una paz verdadera.

Toda historia de paz es personal, como todo compromiso de paz. Mi propia historia ha sido una travesía por muchas paces. Desde la guerra y desde la paz como justicia social, como diálogo, como negociación, como firma de un acuerdo, como transformación política. Hoy la paz como cultura y educación. Cada una con sus alcances y posibilidades.

Me parece importante un enfoque histórico para valorar lo que hemos avanzado, caminado, logrado; porque fuera de contexto siempre hay una mirada desde la carencia en función del logro total, pero no lectura del proceso de transformaciones que han tomado lugar.

¿MUJER = PAZ?

Existe el imaginario de que las mujeres somos dadoras de vida y por eso estamos más cerca de la paz. La mujer es el 'alma bella' y el hombre el 'guerrero justo'. Es cierto que la mayoría de las acciones violentas las cometen los hombres y que las mujeres han tenido y tienen un lugar importante en la construcción de la paz, pero la historia misma contradice esta visión esencialista que generaliza y otorga unas cualidades por 'naturaleza' tanto a mujeres como a hombres.

La madre dadora y cuidadora de vida, históricamente, no se opone a la mujer que comparte rasgos de una violencia cultural que también reproduce y legitima la violencia. Podemos ser actores o reproductores de violencias, e igualmente ser constructores de paz. La historia está llena de ejemplos de mujeres protagonistas de acciones y movimientos por la paz. Pero también de las mujeres en la guerra.

Por amor o por convicción, las mujeres acompañaron los ejércitos libertadores en tareas de logística, pero también debatían y defendían las ideas que inspiraban las luchas por la Independencia o la revolución. Mujeres ilustres y heroínas reconocidas, pero también mujeres del pueblo, indígenas, negras y mestizas.

Entregaron sus hijos a morir por la patria, rezaron por el triunfo de su bando, fueron el descanso del guerrero. Fueron combatientes, espías y mediadoras, recolectaron joyas para financiar guerras; confeccionaron uniformes y vendajes; bordaron banderas y estandartes; decoraron las calles con arcos de triunfo y flores para los soldados que regresaban victoriosos. Las mujeres también trabajaron en las fábricas de munición durante las guerras mundiales,

seguramente tan obligadas como los soldados que iban al campo de batalla. Al igual, las madres de los sicarios animaron a sus hijos a ser valientes.

Nunca tuve especial amor ni afición a la guerra ni a las armas, nunca ejercieron el encanto que vi en muchos de mis compañeros guerrilleros cuando hablaban del tema. A pesar de tener el grado de 'comandante', poco sentí el rango militar. Era más bien un honor revolucionario. Pero creí en la lucha armada como camino de transformaciones políticas y sociales, como muchos de mi generación. Y fui parte del M-19, una guerrilla poco ortodoxa en el contexto colombiano, donde las mujeres ocupábamos un lugar algo distinto a las guerrillas tradicionales.

MUJER EN LA PAZ COMO NEGOCIACIÓN

En el M-19 la paz se dio temprano. En nuestros procesos de paz no hubo la Resolución 1325 ni hubo comisión de género. Aun así estuvimos siempre presentes en el proceso de terminar la guerra.

Hubo mujeres que se convirtieron en símbolos de lucha y paz, como Carmenza Londoño 'La Chiqui'. Durante la toma de la Embajada de República Dominicana en 1980, una pequeña y beligerante mujer que fue la negociadora por parte del M-19 con el Gobierno, para pelear por la libertad de los presos políticos y denunciar la situación de derechos humanos.

En las 'guerras por la paz' entre 1979 y 1982, fueron especialmente importantes las mujeres madres, esposas, novias, cuñadas, hermanas, familiares y amigas de los miembros del M-19 detenidos en las diferentes cárceles del país. El lema era: "Mujer, sin ti nada es posible". Las familiares de los presos y de los desaparecidos denunciaron las torturas y violaciones de derechos humanos y promovieron la amnistía para sus seres queridos, el conjunto de detenidos políticos.

En 1984, durante el primer proceso de paz entre el gobierno de Belisario Betancur y el M-19 (Movimiento 19 de Abril), el EPL (Ejército Popular de



Foto: Cortesía Leonor Esguerra

Leonor Esguerra en celebración de los 25 años de la Orden, 1965

Liberación) y el ADO (Movimiento Autodefensa Obrera), en el cual se acordó una tregua para realizar un gran diálogo nacional. Un grupo de militantes del M-19 fue destinado como Comando de Diálogo, para tomar contacto con el Gobierno, explicar el proceso y organizar el Diálogo Nacional. En ese equipo estábamos mujeres y hombres.

Durante las negociaciones que condujeron a la dejación de armas del M-19 en 1990, la comandancia escogió a trece voceros para las mesas de trabajo que recogerían propuestas de sectores sociales y políticos como contenido del pacto de paz. Entre doce hombres, Adriana, una combatiente joven, asumió la nada fácil tarea del diálogo con los militares y generó enorme simpatía e interés en los medios de comunicación.

Hubo otros intentos de buscar una nueva política y protagonismo para las mujeres. En el campamento de Santo Domingo, Carlos Pizarro propuso una lista de mujeres para las elecciones porque: "En el caso del Eme, decía, éramos más estudiosas, las únicas que habíamos culminado nuestras carreras y que —haciendo cuentas— había por lo menos veinte mujeres con título universitario" (Grabe, 2000, pág. 250).

Con el proceso de paz descubrimos el sentido del trabajo específico como mujeres y con mujeres. Hasta entonces, apenas había sido

una intuición cuando nos reuníamos las mujeres a exigirnos y a exigir, cuando nos enfrentábamos al machismo, al de los hombres y al propio. Parecido a lo que otras mujeres ya estaban haciendo. En el campamento de los acuerdos de paz en Santo Domingo, Cauca, un grupo de militantes generamos un espacio llamado 'Mujeres de Abril', para pensar nuestro lugar en la paz y de poder innovar en nuevos esquemas de participación y acción política. (Mujeres de Abril, 1989). Estaba por verse cómo se daría posteriormente la presencia femenina en el movimiento político que surgió de los acuerdos de paz.

Al inscribir las primeras listas para el Congreso de la República fui cabeza de lista en dos ocasiones: para la elección a los dos días de la dejación de armas en marzo de 1990, donde fui elegida como solitaria representante a la Cámara por parte del nuevo movimiento político; y luego, posterior a la Constituyente, en el Senado durante el periodo entre 1991 y 1994. Fuimos dos mujeres entre 22 parlamentarios. Nunca más hubo la misma cantidad de mujeres en la dirección política de la AD-M-19 como hubo en la guerrilla del M-19.

La paz, junto al trabajo en el Congreso, significó encontrarnos con espacios diversos de mujeres: feministas, madres comunitarias y cabeza de familia, madres solteras, mujeres víctimas. Entonces no existían secretarías ni instancias gubernamentales dedicadas al tema mujer y género. Sin embargo, el tema de los derechos relacionados (maternidad, derechos reproductivos, etc.) comenzaron a cobrar importancia. Con el trabajo y el enorme despliegue del movimiento de mujeres durante la Asamblea Nacional Constituyente, estos derechos quedaron incorporados en la nueva Carta Política. Fuimos pioneras en crear un área especializada dedicada a la mujer en el Senado, cuando el tema aún era marginal para las demás parlamentarias. En los programas de reinserción, la mujer y su liderazgo en los cargos de dirección fueron asuntos cada vez más visibles para los excombatientes.

Desde esa época hasta la fecha ha habido enormes avances en el mundo, producto de la acción de las mujeres en torno a la paz y su lucha para que esa labor se vea reflejada en los espacios en que se toman las decisiones. El logro histórico de la Resolución 1325 del año 2000 comienza a hacer justicia al lugar que ocupan las mujeres en la paz, para demandar nuestra mayor participación en la toma de decisiones y la inclusión de una perspectiva de género en la política pública y programas en torno a la paz y el posconflicto. Con el respaldo de la comunidad internacional que implica esta medida, las mujeres y la paz cuentan con un inmenso espaldarazo y posibilidad de nuevos desarrollos.

Y así ha sido. En las negociaciones de paz entre el Gobierno y las FARC, ha habido un enorme avance en este sentido; no solo por la presencia de las víctimas, sobre todo mujeres, como tema y parte, sino por la configuración y el trabajo de la Subcomisión de Género. La creación de esta en 2014 fue en sí un hecho inédito en los procesos de paz en el mundo y producto del esfuerzo de mujeres de diferentes sectores y procedencias que hicieron oír su voz frente a una mesa de negociadores sin miembros femeninos. Fue un logro que a su vez potenció, con apoyo internacional, al movimiento de mujeres y de víctimas por la paz.

Esta subcomisión incorporó el enfoque de género en todos los puntos de la agenda y los acuerdos de La Habana para las mujeres en condiciones de igualdad en temas de víctimas, reforma rural, participación política y solución al problema de drogas y cultivos de uso ilícito. Tal vez esta comisión de género fue, inicialmente, poco protagónica. Muchas veces aún era invisible. Tanto, que por lo general los periodistas no veían y por ende no nombraban a María Paulina Riveros, negociadora plenipotenciaria para asuntos de género, cuando aparecía en las fotos junto a los negociadores hombres.



Foto: Cortesía Leonor Esguerra

Leonor Esguerra, junio de 1991, Ciudad de México

El trabajo no sólo fue inmenso, sino que el tema se volvió protagonista cuando el término 'género' despertó reacción en algunas iglesias y sectores opuestos a los acuerdos. Nos duelen los resultados negativos del plebiscito y podemos alarmarnos por las posturas retardatarias, pero también podemos decir que el tema se mueve y que, aún por la vía de la polarización, se ha generado mayor conciencia.

DESCUBRIR EL GÉNERO

El género es afín a la paz. Porque es un lente, una perspectiva, como debe ser también la paz; también porque es tal vez un ámbito que nos permite cuestionar a fondo y de manera tangible la violencia cultural. En el género están anidadas todas las posibilidades de desarticular la violencia en creencias, imaginarios, relaciones, lógicas de poder y relacionamiento.

Paz tiene que ver con acuerdos, pero también con cultura, con derechos, con equidad; por tanto, tiene que ver con género. Sin embargo, antes de los diálogos no conocíamos este último término, esa palabra la descubrimos con la paz y la reinserción. Aún al inicio de los tiempos de paz el tema no era relevante para muchas excombatientes, ya que se consideraba

prioritaria la causa política y hablar de género era casi una distracción. Así que el 'género como perspectiva' fue un descubrimiento tardío para nosotras. Este concepto comienza a popularizarse en el país a lo largo de la década de los 90, sobre todo después de la Constituyente de 1991.

Pero el debate emergió en la vida clandestina y guerrillera de acuerdo a cómo las mujeres vivimos y percibimos particularmente nuestra participación en una organización política y armada. En el M-19 las mujeres cumplíamos las mismas tareas que los hombres. Encontramos espacio al interior de la organización, no sólo como guerrilleras de base sino también en los puestos de dirección y en actividades más allá de la milicia. En las direcciones de todos los niveles siempre hubo mujeres. Direcciones regionales como la de Bogotá estuvieron durante largos años de clandestinidad conformadas solo por miembros femeninos. No hubo féminas entre los cinco de la comandancia, pero hubo dos en el Comando Superior: una de ellas murió en el accidente aéreo con el comandante Jaime Bateman, la otra fui yo.

El M-19 fue una guerrilla donde las mujeres ocupamos un lugar relevante desde el inicio, pero eso no quiere decir que no hubiese una cultura patriarcal. Toda estructura militar y de guerra tiene mucho de patriarcalismo. Es jerárquica y autoritaria por definición. La guerra misma es parte de esa cultura. Sus símbolos, prácticas e imaginarios son machistas y marcan la dinámica interna de la organización, define conductas, las relaciones en el colectivo, así como las individuales entre hombres y mujeres.

Tampoco allí, ni en la guerra ni en la paz, nada se nos regala. Todo tenemos que lucharlo, empezando por tener confianza en nosotras mismas y la fortaleza para ocupar nuestro espacio. Las guerrilleras reaccionábamos contra expresiones de una cultura machista y reclamábamos nuestro lugar en la política y en la milicia; pero sobre todo nos reuníamos bajo la mirada

curiosa e inquieta de nuestros compañeros para pensar sobre nuestra presencia, para exigirnos ser mejores y ubicarnos más allá del reclamo. Teníamos que vencer timideces para hablar, porque los hombres eran mejores para echar discursos.

La obediencia que requiere una estructura militar, obviamente entra en tensión con el sentido de rebeldía, autonomía y el respeto a la diferencia. Pero con la paz la lógica cambia y reaparece el individuo... y con él su libertad y poder sobre sí mismo. Un debate vigente es si, en aras de la coherencia de un proceso de paz y el manejo de la reintegración de los excombatientes y su acción política, es necesario mantener las mismas estructuras jerárquicas y disciplinas propias de la guerra, ya que allí son una medida de protección y de eficacia tanto militar como operativa. Surge la pregunta: ¿Esas mismas jerarquías y estructuras valen para la paz? ¿Qué implica para las organizaciones en proceso de paz hablar de democracia hacia su interior?

Existen muchas experiencias en el mundo donde las estructuras jerárquicas, convertidas en partidarias y políticas, se mantienen. En el caso del M-19, donde tanto individuo como colectivo siempre fueron fuertes, si bien se generó una estructura política y una institucionalidad para atender las condiciones de reinserción de los y las combatientes, la paz significó también recuperar la individualidad. Para tristeza de unos y para alegría de otros, la tribu dejó de existir y con ella la protección que da el colectivo y la existencia de jefes que cuidan a su gente. Ya no tienes que pedir permiso para moverte porque ya no hay milicia que proteger y ya no arriesgas al grupo. Ser individuo implica ser ciudadano, significa ser tú misma, te obliga a darte un lugar.

Tanto en la guerra como en la paz la batalla más grande, a veces, tenemos que darla con nosotras mismas para atrevernos a hablar, a decir, a exigir. Tanto en la vida pública, donde hay que dejar la timidez y aprender a echar discursos, como en la organización: pararnos y ser, enfrentarnos a los jefes y varones para

defender lo que consideramos es importante para nosotras, así los hombres no lo entiendan o no le den el mismo valor que le damos las mujeres, que ponemos otros temas en la agenda, como los relacionados con la vida cotidiana, no son menos importantes que los grandes debates estructurales, pero no siempre son valorados del mismo modo por los géneros existentes.

En el actual proceso de paz con las FARC es de suponer que, por su concepción política, la opción va a ser por unas estructuras que buscan mantener las jerarquías y colectivos para la implementación de los acuerdos. Pero también allí, la civilidad va a implicar que emerja el individuo y la consecuente pregunta por el lugar que ocuparán las mujeres.

El acuerdo de paz con las FARC tiene enormes logros en el tema de género, pero tal vez va a requerir que las exguerrilleras den la batalla interna por su autonomía y libertad. No podemos predicar en el mundo lo que no asumimos y defendemos para nosotras mismas. Si quieren generar algo nuevo, las excombatientes tendrán que abrir rutas innovadoras en cuanto a participación y paz, para sí mismas y para el movimiento que seguramente pretenden construir. El género tendrá que llenarse de prácticas y contenidos en el ejercicio político y el retorno a la vida civil.

MUJERES EN MOVIMIENTO DE PAZ COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL

Ser mujer no siempre es igual a paz. Sin embargo, junto con los niños y niñas, las mujeres son tomadas como símbolo natural de paz y de todo aquello que se debe proteger. Esto se puede explicar por la histórica exclusión del poder y por la experiencia de la maternidad que asocia a la mujer con dar y cuidar la vida.

Asignar características por naturaleza a mujeres y hombres genera estereotipos y visiones bipolares sobre lo que se considera masculino o

En COLOMBIANO, diciembre 19, 1996



Foto Juan Antonio Sánchez

Las mujeres se capacitan

En fecha reciente, la Secretaría de Bienestar Social del Municipio de Medellín promovió un taller para mujeres cabeza de familia, con el objetivo de brindarles capacitación sobre los conceptos básicos de la administración y elementos de una empresa. La señora Rocío Ocampo Londoño, una de las 30 graduandas, recibe su diploma durante el acto celebrado en la Unidad No. 4 de Belén.

Foto: Cortesía Leonor Esguerra

Leonor entrega diploma a graduanda Medellín, 1996

femenino; de ahí nace el binomio mujer pacífica/hombre violento. La legitimación cultural tiene una inmensa fuerza en la reproducción de valores, símbolos, asociaciones y, por tanto, reproducción de roles en la paz como en la guerra, en el poder y en la sociedad. Así, podemos decir que para la mujer, ser excluida del uso del poder incluye la exclusión del uso de las armas. De tal suerte, podríamos decir que participar en la guerra ha sido también una manera de romper con la asignación de roles tradicionales, al igual que lo es asumir la paz como cultura, buscando desarticular todas las violencias. Pero ese es otro tema.

Sin embargo, comprender que las mujeres no son ajenas a la guerra y a la violencia no implica desconocer que la paz moviliza a las mujeres y que ellas han sido actrices fundamentales en su construcción, sobre todo a lo

largo del siglo XX. Los ejemplos de organizaciones femeninas movilizándose por la paz son varios. Muchas veces el pacifismo y el feminismo se han encontrado, pero en otros momentos hay movimientos de mujeres que optan por la guerra cuando consideran que no solo es justa sino necesaria, como fue el caso de las féminas que en la segunda guerra mundial se vincularon a la resistencia contra el régimen nazi.

En Colombia, el movimiento de mujeres por la paz también ha sido y es diverso —de acuerdo a cada momento— y tiene presencia en muchas regiones del país. Se ha movido por el fin de la guerra y la solución negociada del conflicto armado y sobre todo por hacer visibles las violencias que viven las mujeres como efecto del conflicto armado. Esta unidad femenina logra generar plataformas y espacios de encuentro desde la diversidad para actuar articuladamente, lo que obviamente no es una tarea fácil, ya que en nuestro contexto, como en cualquier otro, la unión, muchas veces, es más un deseo que una disposición real.

Las mujeres, al ser las principales afectadas por el conflicto armado, ocupan un lugar protagónico en dar visibilidad al problema de las víctimas y han trascendido su condición de vulnerabilidad para convertirse en actrices de paz. Han sido un motor de la agenda y del logro del acuerdo entre el Gobierno y las FARC, con posturas de perdón y reconciliación, para contribuir a superar los escollos que se han presentado en la firma del acuerdo.

Hoy se afirma que la violencia de género y contra la mujer aumenta con el posconflicto. Diría que, más que aumentar, tal vez se hace más visible, porque una parte de los ruidos de la guerra desaparece y permite emerger las otras violencias latentes y activas en nuestra sociedad. Desde antes de la firma de los acuerdos el Movimiento de Mujeres por la Paz en Colombia ha integrado a su agenda la necesidad de abordar la



Foto: Cortesía Leonor Esguerra

Campo de reinsertados en Guatemala, Nicaragua, a un año de la firma de la paz

violencia de género en el ámbito doméstico. Con mayor razón, hoy el trabajo en la desarticulación de violencias en la vida cotidiana y el fortalecimiento de prácticas de convivencia no violenta son tal vez uno de los retos mayores para una paz sostenible. Es un reto posible de asumir si se comienza a valorar el aporte y el impacto que tiene la paz como pedagogía en la vida diaria.

El Observatorio para la Paz, organización que desde hace ya casi dos décadas hace de la paz una posibilidad de transformación cultural en toda Colombia, ha creado y está implementando experiencias de reconciliación entre mujeres víctimas, excombatientes y de comunidad receptora, mediante procesos pedagógicos para el fortalecimiento de capacidades y habilidades de paz. Son personas que, desde diferentes orillas de la guerra, a través de un intenso proceso pedagógico, se encuentran desde la experiencia de ser mujeres y el propósito común de ser gestoras de paz, desde sus vivencias compartidas, desde todo aquello que las une y las acerca. Mujeres que no olvidan su pasado pero trascienden amorosamente sus historias.

En una sociedad que vive una polarización e inequidad social

como la colombiana, la reconciliación implica re-construir las relaciones y la confianza, con estrategias pedagógicas para la convivencia dirigidas a excombatientes, a las víctimas, pero sobre todo a las comunidades, para transformar esas actitudes que reproducen la mutua segregación.

La experiencia demuestra la importancia de la paz como posibilidad de transformación cultural y del enfoque comunitario en las políticas de reintegración y reconciliación y, en ella, las mujeres seguirán siendo protagonistas y el principal motor, gracias a su capacidad de dar valor a la cotidianidad como espacio vital de vencer resistencias, de saltar sus propias sombras, por su disposición y necesidad de mirarse para generar cambios a partir de sí mismas en su entorno familiar y social.

REFERENCIAS

- Grabe, V. (2000). Razones de Vida. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial
- Magallon, C. (s.f.). Las mujeres como sujeto colectivo de construcción de paz. Obtenido de Seipaz: http://www.seipaz.org/articulo/cm_musujcol.html
- Mujeres de Abril. (Septiembre de 1989) "Mujeres de Abril". (V. Grabe, Recopiladora)
- Observatorio para la Paz. Irene, mujer, paz y reconciliación. 2015



Leonor Esguerra

UNA MUJER ADELANTADA A SU TIEMPO

Esta monja que dejó los hábitos hace parte de ese grupo de mujeres que han dado su vida por cambiar la forma patriarcal en que está estructurada la sociedad colombiana. A la par, es ejemplo de aquellas que han tenido la valentía de dejar la violencia sin abandonar sus convicciones. Esta historia refleja los pasos que seguirán cientos de mujeres de las guerrillas que tomaron la decisión de dejar sus fusiles con los recientes acuerdos de paz.

Por: María Jimena Duzán



Leonor con colega de la Asociación Femenina de Mujeres de Medellín



“Esos años, hasta el 70, fueron los años en que casi se salva la humanidad”.

A Leonor Esguerra la conocí hace seis años, cuando decidió publicar su historia de vida en un revelador libro llamado *La búsqueda*, que ya me había devorado cuando llegué hasta su apartamento, una tarde lluviosa de noviembre del 2011, situado, para esa época, en el norte de Bogotá. Mi propósito era entrevistarla para la revista *Semana*.

Han transcurrido desde entonces siete años y aunque el paso ineludible del tiempo nos llega inevitablemente con la vejez, a esta mujer no le han podido quitar su fuerza arrolladora. A sus 86, con la indignación a flor de piel y la misma

convicción de rebelarse contra la injusticia y la desigualdad, sigue en la lucha. Hoy vive en Medellín, bajo el amparo de su comunidad religiosa y rodeada de amigos que la miran. Me confiesa que no ha vuelto a Bogotá, porque ya “está muy vieja”.

Su pelo brillante y blanco, combinado con su recatada forma de vestir, la hacen ver como una venerable abuela. Sin embargo, esta mujer es todo, menos una mujer convencional. Su historia de vida es como de película.

Fue criada y educada para ser una ‘señorita’, pero desde el principio se dio cuenta de que lo suyo no iba a ser ni la presentación en sociedad, ni

“Mayo del 68 en París, Tlatelolco en México, la lucha por los derechos civiles en los Estados Unidos... fueron unos años maravillosos. Si el mundo hubiera cogido por esa vía, hoy no estaríamos en manos de alguien como Trump”.

el casamiento, ni los hijos. Sus padres la metieron interna al selecto colegio de monjas norteamericanas Marymount, donde estudiaba la crema y nata de la sociedad colombiana, sin saber que con el tiempo esa comunidad, imbuida por los vientos del Concilio Vaticano II, iba a abrirla a su hija un mundo que la Bogotá pacata y pueblerina de entonces no ofrecía —la noción de que existía un cristianismo comprometido con la justicia social, que se conectaba con lo que estaba pasando en el mundo—.

Corría 1948 y ya Leonor había sido testigo del Bogotazo, en ese inolvidable 9 de abril. Como interna, desde el colegio, vio cómo el pueblo se levantó enardecido por la muerte de Jorge Eliécer Gaitán.

Esa indignación fue la señal que estaba esperando para tomar una decisión que venía cavilando: quería convertirse en novicia. Leonor quería ser como las monjas del Marymount, abiertas y conectadas con las tristezas y las desigualdades que había en el mundo.

Junto a su amiga, Margot Gómez, empacó maletas y se fue a hacer el noviciado a Tarrytown, Estados Unidos, en el colegio Marymount fundado en 1936 por las religiosas del Sagrado Corazón de María.

A los dos años, en 1950, Leonor vuelve a Bogotá como profesora en el mismo colegio donde se había educado y allí permaneció por casi 20 años, hasta el día en que las religiosas decidieron

La infancia de Leonor transcurrió en el tradicional barrio Chapinero, Bogotá, 1935



Terrytown, NY con Margot Gómez en el noviciado



Fotos: Cortesía Leonor Esguerra

En 1966 con su mamá en el patio de su casa. Bogotá



En el Gimnasio Femenino de Bogotá, 1945

De izquierda a derecha: Leonor, su mamá, su hermana Constanza y su hermano Jorge



Foto: Cortesía Leonor Esguerra

“Como no he vivido malas experiencias que me hayan hecho querer colgar a los hombres de los faroles, **no soy de esas feministas que odian a los hombres**”.

“No me arrepiento de nada. Incluso lo que hoy veo como errores, en ese momento no eran tales: yo estaba tan convencida de lo que estaba haciendo que no cargo ninguna culpa”.

cerrar el colegio de manera estrepitosa, tras un escándalo que la involucraba a ella. En ese periodo estuvo en Barranquilla, adelantando tareas de docencia; luego partió a Medellín para dirigir el colegio Marymount de la capital antioqueña.

En este lugar, su pensamiento y acción fueron rechazados, llevando a los escandalizados padres de familia a retirarla del cargo por los supuestos pecados que había cometido, entre los que contaban el tener una entrañable amiga que se había separado para casarse con el hermano de su mejor amiga y, como si esto fuera poco... ¡había dejado que una niña protestante coronara a la virgen en la ceremonia de mayo!

Con el propósito de que bajara la temperatura del alboroto, la madre superiora la envió de

vuelta a Tarrytown, en momentos en los que estallaba la lucha por los derechos civiles y se acrecentaban las protestas contra la guerra en Vietnam, que ya llenaban las calles de los Estados Unidos.

“Esos años, hasta el 70, fueron los años en que casi se salva la humanidad”, me dice. Y agrega: “Mayo del 68 en París, Tlatelolco en México, la lucha por los derechos civiles en los Estados Unidos... fueron unos años maravillosos. Si el mundo hubiera cogido por esa vía, hoy no estaríamos en manos de alguien como Trump”.

En 1965 volvió a Bogotá como profesora y dos años después como directora del Marymount. Posteriormente fue nombrada superiora regional de todos los colegios de esta comunidad en Colombia. Convencida de lo que hacía, se

Foto: Cortesía Leonor Esguerra



Religiosas en crucero de Roma a Nueva York 1977

“En la guerrilla, me notifican, ese tema (del feminismo) era considerado un asunto de la burguesía”.

dedicó a educar a sus alumnas para que tuvieran conciencia social, como lo mandaba el Concilio Vaticano II, sin saber que el movimiento establecimiento bogotano ya la estaba poniendo bajo la lupa.

Esta monja emprendió un bachillerato para niñas de bajos recursos en el barrio Galán y, apoyada por la metodología que tenían para enseñar varios profesores de la Universidad Nacional, encabezados por Germán Zabala, un matemático y marxista colombiano que acababa de llegar de París, inició una serie de clases *ad honorem* de las que se

beneficiaron sus estudiantes. A la junta de padres no le gustó que la directora del colegio contara con el apoyo de sectores marxistas. Y para colmo de males, Leonor también le había dado un vuelco a las clases de religión, el cual tampoco había caído bien. En lugar del catecismo, decidió que iba a enseñar cómo era ser cristiano.

En una de esas clases de religión, la profesora trajo la revista Playboy para que las jóvenes la analizaran. Este hecho causó indignación en los padres. Pero la gota que rebose la copa fue cuando estos se dieron cuenta de que

Baile de graduación con padres del Colegio Marymount, 1965



Foto: Cortesía Leonor Esguerra

el tradicional concurso musical, que se hacía todos los años, era una protesta contra la sociedad y la Iglesia.

A las pocas semanas salió publicado en *El Tiempo* un artículo escrito por Arturo Abella, un recalcitrante periodista conservador, que llevaba este título: *Infiltración marxista en el Marymount*. En el texto se decía que las monjas del colegio, en cabeza de Leonor Esguerra, eran unas religiosas marxistas que querían lavarle el cerebro a las señoritas de Bogotá.

“Nada sirve ahora: ni los partidos, ni los presidentes”.

MUJERES QUE RECONCILIAN

“El artículo fue infame porque ninguna de nosotras era marxista”, me dice Leonor, quien acepta que llegó al marxismo mucho después.

La publicación tuvo una resonancia inesperada, ya que en ese momento se encontraba el Papa Pablo VI en Bogotá. El escándalo fue registrado por el *New York Times* y el *Corriere della Sera*. La magnitud fue tal, que el hecho resultó opacando el discurso del Papa.

Desde entonces, Leonor Esguerra no tiene visa para entrar a los Estados Unidos y las monjas estadounidenses, ante la perspectiva de que ya ninguna religiosa quería enseñar en los Marymount de Colombia y convencidas de que la incidencia de los padres de familia no era la adecuada para el colegio, decidieron cerrarlo.

Después de ese episodio, Leonor se sintió injustamente condenada por los medios y la sociedad. La única

periodista que le permitió dar su versión fue Gloria Valencia de Castaño, quien la entrevistó para televisión, a razón de que su hija Pilar estudiaba en el colegio. Esa amarga experiencia la fue convenciendo de que la vía para que ella pudiese incidir en que las cosas cambiaran era la lucha armada.

Para entonces, esta religiosa ya frecuentaba las reuniones que se hacían en el grupo de curas rebeldes Golconda, donde Domingo Laín, Manuel “el cura” Pérez, René García, influenciados por el ejemplo de Camilo Torres, muerto en combate en las filas del ELN el 15 de febrero de 1966, eran pioneros —hacia adentro y hacia afuera de la Iglesia Católica— de lo que después se llamó la Teología de la Liberación.

Estos sacerdotes fueron objeto de una intensa persecución por parte de los organismos de seguridad del Estado, lo que motivó a que muchos de ellos se radicalizaran y entraran a engrosar

las filas guerrilleras, principalmente las del ELN. A pesar de eso, el trabajo intelectual no cesó y la Teología de la Liberación se hizo pública como corriente de pensamiento en los años 70.

Lo que les sucedía a sus amigos en Colombia no fue lo único que influyó en su decisión de irse para la guerrilla. Por su parte, ella había tenido una reunión en Francia con los curas que lucharon al lado de los palestinos en la Guerra de los Seis Días y esa experiencia también la había impactado. Sintió que abrazar la lucha armada desde el cristianismo era lo que tenía que hacer.

Es así como esta mujer de baja estatura, pero de contextura firme, entra al Ejército de Liberación Nacional —ELN— a finales de los sesenta. Lo primero que descubre es que la rígida disciplina que impone la guerrilla a sus tropas se asemeja a la de las comunidades religiosas. Su nombre de guerra era Maira. Y aunque esta

MUJERES QUE RECONCILIAN



Religiosas del Marymount de Estados Unidos en hotel de Tunja, 1966

Foto: Cortesía Leonor Esquerre

se situaba en un cerro, a la espera de que dieran la orden para su ejecución.

Mientras estaba en Capilla supo que su gran amor, el comandante en jefe Fabio Vásquez Castaño, uno de los fundadores de esta guerrilla, finalmente había tomado la decisión. Se resignó a su suerte y se sentó a esperar la parca, como suele decirse. Sin embargo, al cabo de unos días, uno de sus compañeros le abrió la puerta y la dejó ir. Leonor no lo podía creer.

Luego conoció la razón de su increíble suerte: tras la operación Anorí, una de las más fuertes desarrolladas por el Ejército colombiano contra esta guerrilla y que prácticamente acabó con la estructura militar del ELN en 1973, Vásquez había sido relevado del mando y todas las ejecuciones ordenadas por él fueron desactivadas.

Fue allá, en el monte y en la clandestinidad, donde Leonor se enamoró del jefe máximo del ELN, Fabio Vásquez Castaño, a sabiendas de que no iba a ser la compañera de su vida, pues se notaba a leguas que

monja resultó ser un 'cuadro' juicioso dentro de esa estructura, nunca encajó totalmente en la guerrilla.

Cuando ya llevaba tres años en el ELN, un armamento y varios milicianos cayeron en poder del Ejército colombiano, en operaciones de las que ella era responsable. Fue notificada de que ese error tenía que pagarlo con su vida. Ella, que estaba dispuesta a morir por la causa, no se fue para ningún lado: se quedó. La enviaron acuartelada a Medellín, en compañía de otra guerrillera, a una casa helada que

“¿Sabes qué le pasa a las mujeres que se atreven a confesar que son marxistas y que fueron guerrilleras? Que las llevan al cadalso”.

este guerrillero era mujeriego. En su libro, Leonor confiesa que aunque al principio fue muy duro ver cómo este la abandonaba por otra guerrillera, acaso más joven, sentía que los sentimientos que la invadían eran indignos de una revolucionaria. ¿Cómo era posible que ella estuviera odiando a otra mujer porque Fabio la había preferido?

Entonces Leonor se propuso trabajar en sus sentimientos, hasta que se volvió amiga de su rival. Gestos como estos comenzaron a hacerla diferente. También se caracterizó por animar ideas que hasta ese momento no tenían cabida en el mundo revolucionario y por abanderar el tema de género en una guerrilla machista y patriarcal, hecho que saltaba a la vista por la forma como estaba conformado su nivel de mando. Sin pelos en la lengua, Leonor tiene

el mérito de haber sido la primera en atreverse a quitar el velo que cubre la dinámica de las relaciones de pareja en la guerrilla y de exponer en su libro, sin ambages, lo poco revolucionarios que eran los guerrilleros a la hora de enfrentarse con el poder y el sexo.

En la guerrilla Leonor se dio cuenta de que el tema de la igualdad con las mujeres se despachaba de esta manera: se les decía que cuando triunfara el socialismo todos iban a ser iguales y que las mujeres no tendrían que pelear más. Trayendo los brazos a su torso, en ademán de que no traga entero, me dice: “¡Mira: mangos!” Leonor viaja a Nicaragua en momentos en que la revolución sandinista había llegado al poder y cuando el ELN queda prácticamente desmantelado, tras la operación Anorí. Desde Centroamérica se

las ingenias para enviar libros para la guerrilla que se recuperaba del golpe y que logra reactivarse en los ochenta. Sus compañeros recibían esos libros en la selva y sabían que se los enviaba Maira, la icónica monja guerrillera.

Luego, cuando se conforma la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, se crea un equipo de trabajo internacional en el que ella quedó nombrada como representante del ELN en México, donde permaneció hasta 1994, cuando decidió comunicar a los jefes del esta estructura que, luego de 7 años, había llegado a la conclusión de que a pesar de proclamar que luchaba por el pueblo colombiano, los resultados del trabajo le demostraban que esto no era tan así y quizá hasta ella misma se estaba engañando.

Por ende decidió regresar a Colombia, como una mujer común y corriente, vivir de su trabajo y continuar su quehacer desde allí. Fue así como conoció el feminismo, cuando ya había abandonado las filas del ELN, en el trabajo directo con

la comunidad. En 1996 se radica en Medellín y, tras un año de laborar en la burocracia, decide entrar a una organización no gubernamental que abordaba el tema de la mujer.

Es aquí donde encuentra el trabajo en el feminismo que venía descubriendo y logra meterse de lleno en él sin tener que dar explicaciones. "En la guerrilla, me notifican, ese tema era considerado un asunto de la burguesía", dice. "Como no he vivido malas experiencias que me hayan hecho querer colgar a los hombres de los faroles, no soy de esas feministas que odian a los hombres", me aclara.

Le pregunto por qué duró tantos años para decidir contar al mundo su tan azarosa vida y ella me responde con ese humor bogotano que la caracteriza: "¿Sabes qué le pasa a las mujeres que se atreven a confesar que son marxistas y que fueron guerrilleras?, que las llevan al cadalso". Y es que a Leonor Esguerra le costó 25 años armar su libro y





Fotos: Cortesía Leonor Esguerra



En el 2000, la Corporación para la Vida de Medellín celebró los 70 años de Leonor. Para sectores feministas colombianos ella ha representado durante décadas la lucha por los derechos de las mujeres.

publicarlo. El primer obstáculo fue encontrar una escritora. Pese a que ella había sido de todo, no era escritora. Un día, de tanto oírle sus historias, su amiga del alma Inés Claux, una popular arquitecta peruana que Leonor había conocido tiempo atrás porque era la compañera de René García en el grupo Golconda, le propuso escribirlo.

Comenzaron a trabajar en el proyecto cuando estaban en Nicaragua, pero de manera intermitente, pues Inés tenía que ir hasta sitios muy alejados a construir casas para la revolución sandinista. Las sesiones eran intensas, porque Leonor grababa e Inés desgrababa y reescribía el texto. A lo largo de los años se encontraron en México y hasta en Cali. Cuando Leonor llegó a vivir a Medellín, el libro estaba casi terminado.

Vino entonces el segundo obstáculo: no había interés por parte de ninguna editorial en el manuscrito. En el 2010 consiguió publicarlo en una edición privada de mil

ejemplares, que se hizo gracias a la generosidad de sus amigos. Uno de los textos llegó a manos de Marianne Ponsford, quien en ese momento era directora de la revista Arcadia. Ella leyó el texto y le gustó tanto que le dio la portada de la revista. A los dos días, Leonor tenía cinco propuestas editoriales.

Desde su casa en Medellín ha visto con esperanza el inicio de las negociaciones con el ELN. Sabe que estos diálogos no van a ser fáciles porque, a diferencia de las FARC, la guerrilla de la que hizo parte es una federación. Esguerra está convencida de que todos ellos miran con mucho interés el farragoso proceso de implementación de lo pactado con las FARC-EP.

Leonor nunca pidió que la exoneraran de sus votos, por lo que frente a la ley canónica sigue siendo una monja. Sin embargo, ella confiesa que ya dejó de serlo y que su religiosidad se le fue "cayendo como la piel de la culebra". Se declara

entonces una mujer espiritual, una que cree en la vida y en la vida después de la muerte. Lo que sí sigue siendo es una intelectual marxista. Según ella, lo que está sucediendo en los Estados Unidos con el arribo de Trump a la presidencia no es producto de una crisis del sistema democrático, sino de un "cambio de modo de producción que ha sido ocasionado por la tecnología de punta". Nada sirve ahora, me insiste: ni los partidos, ni los presidentes.

Con esa risa de niña traviesa que todavía la acompaña a sus 86 años, pronuncia su sentencia: "tenemos que organizarnos en otra forma y tengo la convicción de que a este mundo tan atrofiado, solo lo pueden salvar las mujeres".

No me despedí de Leonor Esguerra porque espero encontrármela en la otra vida, después de la muerte. Y casi me atrevería a vaticinar que hasta allá, en esa otra vida, ella va a ser una mujer muy avanzada para su tiempo.



Foto de su primer pasaporte, cuando se fue al noviciado estadounidense en junio de 1948

Fotos: Cortesía Leonor Esguerra



Foto al finalizar su noviciado

Con esa risa de niña traviesa que todavía la acompaña a sus 86 años, pronuncia su sentencia:



En su casa en Medellín, Leonor goza de paz y tranquilidad

“tenemos que organizarnos en otra forma y tengo la convicción de que a este mundo tan atrofiado, **solo lo pueden salvar las mujeres**”.

CONCLUSIÓN

Marie Andersson de Frutos



Embajadora de Suecia

¡No hay desarrollo sin la inclusión de las mujeres y no hay paz sin las mujeres! Así manifiesta nuestra Canciller Margot Wallström lo que está expresado en la Política Exterior Feminista de Suecia, el primer Gobierno en el mundo en declararse bajo esta corriente. Pero esto tiene que traducirse también en acciones concretas que muestren la diferencia entre ser o no ser feminista.

Pienso que, en Colombia, la Cooperación Sueca para el Desarrollo ha tenido esta visión a través de los años. El enfoque en las mujeres ha sido una de nuestras banderas. Estamos firmemente convencidos que sin su participación no habrá una paz sostenible.

Cuando iniciamos nuestra cooperación con Colombia, hace varias décadas, apoyando la búsqueda de una solución negociada al conflicto interno

armado, éramos ya conscientes de las diferentes afectaciones de este en la vida de las colombianas. Una de nuestras primeras tareas fue visibilizar estas consecuencias en sus vidas y en la sociedad. Por eso apoyamos a las organizaciones de mujeres para fortalecer su capacidad de liderazgo, su rol como constructoras de paz y su empoderamiento económico para una paz y un desarrollo sostenibles.

Durante el proceso entre el Gobierno y las FARC apoyamos su participación activa en todas las etapas del proceso, con unos logros muy importantes que se reflejaron en el Acuerdo Final de Paz. Ahora las partes han dado a Suecia una gran responsabilidad: el acompañamiento para la implementación del enfoque de género en el acuerdo emanado de La Habana.

En este tiempo hemos sido testigos de la capacidad política de las mujeres colombianas, su fortaleza organizacional, sus valiosas propuestas y su habilidad para concertar y trabajar por un objetivo común. Es un ejemplo de cómo se puede transitar un camino hacia propósitos colectivos para hacer posible el cambio. Las historias recopiladas en este libro son testimonio de ello.

Las colombianas han sido gestoras de una verdadera transformación, no solo al interior de sus organizaciones y movimientos, sino que también han posicionado los derechos de las mujeres y su rol en la paz, con unos resultados que todos tenemos que destacar.

Ahora, en esta nueva etapa, es importante promover y garantizar su participación en todos los espacios de toma de decisiones en los diferentes sectores. Esto será clave para avanzar hacia la reconciliación, el fortalecimiento de la democracia, la paz y el desarrollo sostenible.





Mujeres que relatan



Patricia Lara

**Periodista, escritora
y creadora de medios**

Su nombre es conocido en el mundo del periodismo, tanto en medios nacionales como internacionales de toda índole. Su trabajo investigativo constante le mereció, en 1994, el Premio Nacional de Periodismo.

Además de su producción, es reconocida por su contribución en la creación de medios. Fue cofundadora del semanario Nueva Frontera, medio del que luego fue corresponsal en Europa y Estados Unidos; trabajó en el diario El Espectador y la revista Alternativa. También participó en la fundación de la revista Cambio16.

Es autora de los libros de periodismo literario *Siembra vientos y recogerás tempestades* (1982) y *Las mujeres en la guerra* (2000), por el cual recibió el Premio Planeta.



Jineth Bedoya

**Abanderada de la lucha contra
la violencia a la mujer**

Su fuerza para hacer público el dolor tras el secuestro y tortura sexual de los que fue objeto ha sido el motor para que muchas otras sacaran los suyos y denunciaran esa violencia de género que se vive día a día, en la cotidianidad y en la guerra, donde la mujer ha sido tomada como botín.

Gracias a su incansable tarea de buscar la verdad y de su lucha por hacerle frente a la revictimización de las mujeres que han sufrido la violencia sexual, esta periodista fue una de las promotoras para que el 25 de mayo fuera decretado el Día Nacional por la Dignidad de Víctimas de Violencia Sexual.

Sin duda, la hoy subeditora del diario El Tiempo, es una mujer con gran coraje.



Bibiana Mercado

Periodista y abogada con énfasis en construcción de paz

Se desenvuelve con naturalidad en la radio, la televisión, la prensa y los nuevos medios. Inició su oficio como subeditora política y coordinadora de la Unidad de Paz de El Tiempo. El reconocimiento de su trabajo la posicionó como coordinadora de equipos, entre los que se cuentan el Sistema Informativo de Canal Capital, de donde fue su directora, y las áreas de Desarrollo Humano y de Paz del PNUD.

Esta periodista y abogada imprime su energía en todo lo que hace, defiende y dice. Su carácter conciliatorio y de respeto por el otro se evidencia en su destreza para sortear las dinámicas propias del periodismo, de congestión y presión diarias.

Durante los últimos tres años se desempeñó como especialista editorial en Reconciliación Colombia.



Claudia Palacios

Periodista de talla internacional y con gran trayectoria en TV

Esta caleña, de apariencia delicada y sutil, es una de las presentadoras de noticias más reconocidas en la televisión nacional e internacional, en canales como Caracol, CM& y CNN en español.

También ha dedicado tiempo a la escritura, de lo cual ya ha publicado libros, y a la presentación radial de noticias, haciendo parte de W Radio. En 2016, fue nombrada directora de noticias en el canal público de televisión de Bogotá, Canal Capital.

Entre sus galardones están Mejor Presentadora de Noticias, Cinco Mujeres Colombianas de 2004, Mejor periodista de América Latina en 2009, 'Mejor dama de compañía' por sus reportajes en TV, Premio Simón Bolívar en 2014 y el *Nominated Emmy Awards* desde 2013 hasta el 2015.



Marta Ruiz

Periodista con gran profundidad y elocuencia narrativa

Esta premiada periodista de la Universidad de Antioquia ha sido una de las voces más firmes de los medios en Colombia.

Con su experiencia y seriedad, se ha ganado el reconocimiento nacional e internacional por sus cubrimientos de la parapolítica y los métodos de barbarie usados en la guerra en Colombia. Sus columnas e investigaciones impactan profundamente en la esfera de opinión pública colombiana.

Vocera de los crímenes contra los periodistas que cubren el conflicto, hace parte de la Fundación para la Libertad de Prensa; ha escrito varios libros, entre ellos, *Bajo todos los fuegos*; editora en temas de seguridad y justicia de Semana, es ahora su consejera editorial.



Alicia Mejía Escobar

Fundadora de Colombiamoda, Inexmoda y Colombiatex

La paisa a la que todos le dicen sí, arrolladora y persuasiva como nadie, es una de las empresarias más importantes de la moda y la industria textil en Colombia. Con su empuje y talante, llegó a ser la directora de mercadeo de Inexmoda y, bajo este cargo, fundadora y organizadora de Colombiatex y Colombiamoda, eventos que lideró con dinamismo y calidez humana.

Su experiencia le aseguró un lugar en el comité asesor de la estrategia de competitividad nacional 'Colombia es pasión'. En los últimos tiempos, cuando ya se había retirado de sus proyectos de la industria de la moda, la inquietud de esta mujer multifacética la ubicó en la dirección del proyecto 'La Memoria', de Expoartesano.



María Elvira Arango

Directora de uno de los programas más exitosos de TV

Esta periodista y presentadora bogotana, madre y directora del programa los informantes, es una mujer que refleja que puede lograr todo lo que se propone. Habiendo sido pupila de los mejores periodistas del país, es ahora un referente para las nuevas generaciones que se aventuran en el periodismo de investigación.

Su disciplina y dedicación ha dejado una impronta en todas sus producciones, que abarcan todos los formatos de los medios más grandes del país, como El Tiempo, RCN, Telemundo, CM& y Caracol.

Su creatividad y pasión por el periodismo han quedado impresos en la prensa, la radio y la televisión colombiana, ganándole reconocimiento en el campo de la comunicación.



Melba Escobar

Literata emergente del periodismo colombiano

Avanzada, interdisciplinaria, moderna y creativa. Así es esta mujer, una de las figuras emergentes de la literatura colombiana, que ha abordado desde el periodismo literario hasta la novela de ficción. En su constante proceso de aprendizaje, inició una maestría en Guión para Cine y Televisión de la Universidad Autónoma de Barcelona. Esta literata caleña ha publicado varios libros con reconocimiento nacional e internacional y fue distinguida con una Beca Nacional de Creación del Ministerio de Cultura, con otra del Departamento de Estado para asuntos culturales de Estados Unidos y con una residencia de escritura en Santa Fe University of Art and Design, Nuevo México.



Julia Alegre

Periodista con gran versatilidad en los nuevos medios

Esta joven y carismática madrileña es una periodista de la nueva era. Tras sus estudios en la Universidad Complutense de Madrid, cursó una maestría en Cooperación Internacional y Derechos Humanos. Posteriormente, viajó a Colombia para realizar el curso de la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI). Radicada en el país, esta española experta en creación de contenido impreso y digital, manejo de redes sociales y reportería gráfica, se convirtió en editora de Semana Educación.

Vivaz y analítica, se mantiene al tanto de la movida política y social del país. Su presencia en redes es constante y posee la intrigante capacidad de generar opinión.



María Jimena Duzán

Columnista, destacada por su visión crítica

La franqueza y convicción en el periodismo son cualidades que se reflejan en el rostro de esta politóloga y periodista, cuya voz se ha escuchado desde los 16 años, cuando publicó su primera columna en el diario El Espectador. En aquella ocasión, homenajeaba a su padre Lucio Duzán, editorialista de este medio, para ese momento recién fallecido.

Fue galardonada con el Premio al Coraje que entrega la Fundación Internacional de Mujeres y Prensa (IWMF), por su labor adelantada en medio de amenazas y el asesinato de sus amigos y seres queridos, incluyendo el de su hermana, también periodista, Silvia. Actualmente es directora del programa Semana En Vivo, de Cable Noticias.

AGRADECIMIENTOS FOTOS ADICIONALES

Alejandra Borrero, CASA E - Victus: Liliana Merizalde y Sebastián Rosas

Alejandra Borrero, Cámara de Comercio de Bogotá

Mariana Pajón, cortesía Fundación Mariana Pajón: Maximiliano Blanco

Belkis Izquierdo, cortesía archivo personal

Leonor Esguerra, cortesía archivo personal

Daniela Konietzko, Fundación WWB Colombia

Paola Lago, Fundación WWB Colombia

María Emma Wills, Centro Nacional de Memoria Histórica:

Jesús Abad Colorado

María Emma Wills, Centro Nacional de Memoria Histórica: Laura Giraldo

PORTADA

Actores de la Obra Victus en acto de reconciliación

Teatro Casa E, marzo de 2017, Bogotá, Colombia

FOTOGRAFÍAS

Las fotografías contenidas en esta publicación fueron tomadas por Patricia Castellanos-Buren con excepción de:

Maximiliano Blanco

Páginas: 216, 219

CNMH/Laura Giraldo

Páginas: 135

CNMH/Jesús Abad Colorado

Páginas: 132

Fundación WWB Colombia

Páginas: 103, 104, 108, 109, 110

Cortesía Leonor Esguerra

Páginas: 225, 231, 234, 238, 240, 241, 247, 249, 250, 252, 256, 258

Liliana Merizalde y Sebastián Rosas

Páginas: 203, 204, 2016

MUJERES que reconcilian



RECONCILIACIÓN COLOMBIA
MÁS DIÁLOGO, MÁS REGIÓN, MÁS ACCIÓN





